



# Leoncio Martínez

MIS OTROS FANTOCHES

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

**Leoncio Martínez, Leo** Humorista, dramaturgo, poeta, narrador, publicista, periodista y caricaturista nacido en Caracas en 1888. Fue el principal promotor de la creación del Círculo de Bellas Artes (1912). Redactor de *El Cojo Ilustrado*, *La Voz del Pueblo*, *El Nuevo Diario*, *Pitorreos* y *La Linterna Mágica*. Junto a Francisco Pimentel (Job Pim) funda, en 1923, el semanario *Fantoches* del que fuera director y figura principal hasta su muerte. Decorador de obras de teatro, también escribió sainetes y zarzuelas, entre la que sobresale *Alma llanera*. Asimismo, fue compositor de canciones populares, como *Dama antañona*. En varias oportunidades, estuvo prisionero durante los gobiernos de Juan Vicente Gómez y Eleazar López Contreras. Murió en Caracas en 1941. Entre sus obras destacan *El salto atrás* (1925); *Fantoches pascuales: almanaque humorístico y literario* (1934); *Poetas* (1943), y *Los dibujos de Leo* (1959).

« *El antiguo vendedor de café y rosquitas*, estampa desaparecida.

Dibujo de Leo



**114**

**Mis otros fantoches**

LEONCIO MARTÍNEZ



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

**LA COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra de los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz**

**Freddy Nájnez Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla Pérez**





# Mis otros fantoches

LEONCIO MARTÍNEZ





## Índice

- 15 Nota Editorial
- 17 A manera de prólogo
- 35 La mayor de las Gracián
- 47 Negro, blanco y rojo
- 53 El penitente
- 61 Eclipse de sol
- 69 El atronado
- 77 Aire de mar
- 85 El matador de palomas
- 89 Marcucho, el modelo
- 95 Los pierrots negros
- 101 Obsesión
- 111 La Gitana
- 119 La cajita de pinturas
- 127 La declaración
- 133 Las últimas palabras
- 143 Un sombrero de paja de Italia
- 151 El hombre de los ojos de gato



*Mi primer libro —un libro de madurez— para ti, Carmen Adela, como te di mi amor sazonado en pulpa de fruta “jecha”.*

*Y, al igual de mi amor para ti, este libro acendra la savia de mi vida.*

**LEO**

Caracas, 1952.



## Nota Editorial

Ya cercano a su muerte, a los cincuenta y tres años, Leoncio Martínez escucha que le van a dar un vaso con *brandy*, y otra voz recomienda que le agreguen un poquito de agua, entonces —según los presentes— este se levantó de su desmayo y exclamó: “¡Ya me van a echar a perder el último palito!” Si es cierta esta anécdota, habla mucho de su espíritu, de su vialidad, del estoicismo con el cual vivió persecuciones, censuras, clausuras y presidio por parte de Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez y Eleazar López Contreras, sin que eso significara el extravío de su humor. Humor que le da un sabor menos ácido a la crítica del mundo social de su época que se expresa en los cuentos aquí reunidos.

El Leo cuentista refleja un espíritu creativo cultivado y muy maduro. Sin adornos, de un modo más directo, pero sin perder por ello su calidad literaria, estos relatos hablan del disimulo, de las dobles caras, de la intriga, de la violencia de género, de las asimetrías en las relaciones, de amores y desencantos. La escritura tiende a un estilo realista, que no elude el uso de metáforas y ciertos giros poéticos para crear ambientes, atmósferas y comunicar los estados anímicos de los personajes.

La obra de Leoncio Martínez —según señala Aquiles Nazoa—, para el año de 1972, se encuentra dispersa en las publicaciones periódicas y revista de la época, y no solo se deben rastrear los escritos de su talento precoz durante sus colaboraciones en *La Linterna Mágica*, sino también el extenso abanico de seudónimos que utilizó para poder ganarse la vida cuando ya, proscrito, le negaban hasta el saludo.

*Mis otros fantoches* fue publicado por primera vez en 1932. Es, como señala su dedicatoria, un libro de madurez. Para este momento, Leo —como era conocido popularmente— es un personaje público y notorio. Ese año, *Fantoches* ha sido clausurado cuando pasaba por su menor momento, es entonces cuando Leoncio Martínez se incorpora a *La Esfera*, en donde sacará una caricatura diaria llamada “Postigos de la calle”.

La segunda edición de *Mis otros fantoches* fue publicada en 1981 por Publicaciones Seleven. De esta edición es la base de la que ahora presentamos. Hemos corregido las erratas advertidas y actualizado la ortografía según las normas de la RAE.

LOS EDITORES



## A manera de prólogo\*

---

Cargando un aviso gigantesco, seguido por un muchacho de pantalones cortos quien llevaba una escalera, un tipo flaco, con el hombro inclinado y las piernas semi arqueadas iba por la Plaza Miranda. Los limpiabotas lo miraban con curiosidad hasta que el sujeto, barbudo y sin corbata quitó la escalera al muchacho, la arrimó a la pared y se preparó para instalar el aviso. Los transeúntes le sonreían y él los saludaba como si los conociera a todos. Abriendo las dos piernas y moviendo el cuello de un lado a otro dio unos pasos y se inclinó a meter unos pinceles en una perolita de pintura. Leo, con 30 años a cuesta y tres meses fuera de La Rotunda se preparaba ahora, en 1920, a ganarse la vida “como un cristiano vulgar”, según sus palabras.

El hombre tierno de “La Cajita de Pintura”, o gracioso como en su otro cuento, “La Declaración”, agotado físicamente por su permanencia de un año en el calabozo 24 se retiraba ahora del periodismo y para ganarse la vida había fundado las “Propagandas Artísticas Leo”, en donde dibujaba y montaba avisos con caricaturas de personajes populares. El que había puesto a descansar en la acera y se disponía a instalar tenía la grotesca figura del célebre “Garrapatero” recomendando fumar un “Fama de Cuba”.

Otra vez el Quijote había rodado por tierra con lanza y armadura. “Escribir, luchar, sufrir carcelazos, para terminar con esto”, pensaba

---

[\*]\_ Fragmentos de *La vida íntima de Leo*, por Oscar Yanes. Editorial Universitaria. Servicio de Divulgación de la Escuela de Periodismo. Caracas, Venezuela, 1948.

mientras mojaba los pinceles. Escupía con desprecio y bebía. Se rodeaba para su negocio de muchachos a quienes enseñaba a dibujar. El Gobierno se hacía el que no le interesaba: “en pocas palabras no me lo van a agradecer”, comentaba agriamente cuando algún amigo de confianza le recomendaba hacer tal o cual cartón sobre un tema de actualidad.

—¿Cómo van las cosas?

—Bien, por lo conforme —ni en un rutinario saludo la gente se atrevía a decir algo por temor a la dictadura y la vida se convirtió en una espantosa rutina.

—¡Medio de goma!!

—¡No tengo! —replicaba el pulpero y de mala gana.

—Él lo que quiere es goma blanca —intervenía una señora, tímidamente.

—¡Ah! esa es otra cosa, pero no te confundas muchacho. —Tampoco se podía decir nada que diera motivos para pensar en un presunto chiste con el apellido del hombre que estaba en el poder. Mientras esto ocurría en 1923, Leo, quien amargado y agotado había seguido fuera de las letras, resolvió volver a la palestra:

—Ten cuidado, vale... —se atrevían a decirle los amigos.

—No, hombre, esto se lleva en la sangre. —Y un 18 de abril se paseaba intranquilo por un taller, metía las manos en los bolsillos, después se rascaba la cabeza y se acercaba a ver el título:

—“Fantoques”, “Fantoques” —repetía— está bien, es sonoro.

—Pero, todavía no se ha completado el cupo de propaganda, ¿vamos a salir mañana?

—¡Claro, soldado que tiene miedo no va a la guerra! —Al día siguiente comenzó a circular el nuevo semanario.

—Ya llegó el periódico de Leo—, decía en las primeras horas el Prefecto, en su casa.

—Sí, aquí está —contestó una muchacha y se lo entregó.

—Ah!! —El hombre se quedó viendo fijamente la caricatura de primera plana un sujeto con la nariz larga, el cuerpo inclinado y las dos piernas abiertas, como el director, raspando una caja de fósforos. “Apártese que voy a encender una cerilla!”, decía al pie y el funcionario sonrió despreciativamente. —Yo no le veo mucha gracia a eso, pero debe ser algo malo, este como que va a volver a tomar el mal camino.

Un mes después en un botiquín caraqueño cinco hombres reían y levantaban copas ante una mesa.

—¡Porque “Fantoques” siga saliendo! —dijo uno.

—¡Por los títeres y el payaso! —habló Leo, parándose.

—Por este poeta que pierde el tiempo —agregó un tercero y todos lo miraron sorprendidos.

—¿Por qué pierde el tiempo, mi hermano? —preguntó Leoncio, volviéndose a sentar, dispuesto a escuchar.

—Porque el payaso que maneja los títeres, en cuanto estos comienzan a trabajar, deja de ser hombre para convertirse en muñeco. Fíjate que ellos son los que viven, saltan, hacen reír y llorar y él pasa a ser un verdadero muñeco, olvidado detrás del bastidor, moviendo los hilos. La prueba la tienes en los niños: aplauden y gritan ante las maniobras de los muñecos de madera, pero no así ante el titiritero solo.

—Bueno, por los que perdemos el tiempo —brindó sonriendo Leoncio. Bien sabía, a los 33 años, que era un fantoche, pero movido por los hilos de chistes y cuentos que solo el pueblo comunica.

A veces, mientras apura un trago en la sucia playa del Mercado de Caracas, ha pensado que con su talento y su ingenio puede llevar una vida mejor. “Yo no necesito nada de esto. ¿Por qué no dedicarme al dibujo serio, al cultivo de la prosa delicada, a la crítica literaria y terminar

como un intelectual de respeto? Mas comprende que es imposible, que es tarde en 1923. Va por las calles y hasta los muchachos lo miran con curiosidad para ver si carga lápiz y cartulina, como han escuchado decir en sus casas que anda Leo; entra a un botiquín y no puede sentarse tranquilo porque todos los presentes lo asaltan y cada uno quiere llevarlo a su mesa; de cada circunstancia, de cada cosa, todo el mundo espera un chiste y la frase graciosa de Leo se extiende por la ciudad, cruza botiquines, burdeles, casas de familia y termina en la alta sociedad, en donde una dama encopetada, ruborizándose y sacando rápido las agujas de tejer, exclama:

—¡Dios mío, ese hombre es el diablo!

—¡Ahí va Leo! ¡Ese es Leo! —Mujeres y hombres se detienen en plena calle a ver al tipo, en camisa y con un lápiz en la oreja, que salió de unas oficinas, de San Francisco a Pajaritos, para meterse en un botiquín cercano. Es igual a como se pinta él mismo en su periódico y ningún caraqueño desde 1923 quiere privarse de ese espectáculo.

Con las dos piernas juntas y el cuerpo hacia adelante, acostumbra dibujar; los anteojos parece que se le van a caer y tiene el privilegio de trabajar bajo todas las condiciones: no lo molesta el ruido, la falta de mesa o buen papel, ni que conversen. Solo le incomoda que le pasen por delante mientras está entregado a su labor. “Fantoches” ha sido un éxito y cree que ya tiene asegurado el pan para el resto de sus días. El nuevo semanario recibe colaboraciones de intelectuales que se inician y desde el segundo número están apareciendo trabajos de aficionados al dibujo, a quienes antes nadie ayudó.

Las oficinas son estrechas y está entregado a una caricatura. Se perfila en la cartulina un cura gordo, con una botella en la mano, acompañado por una beata. Abajo le está poniendo la leyenda:

—¡Padre, por la Virgen Santísima! ¿Otra vez en ese estado?

—¿Qué quieres, hija? Por más esfuerzos que hago no puedo quitarme el hábito”.

Sonríe y después de guardarla en la gaveta se dispone a salir; pero ha entrado alguien a la oficina, un perro pequeño, con el rabo mocho. El caricaturista no hace caso y se pone el paltó, pero el animal lo sigue a poca distancia.

Media hora después llega a su casa y con gran sorpresa se da cuenta de que el perro le había seguido. Vuelve a salir por la tarde y lo encuentra en el zaguán. Desesperado lo agarra y se encamina al periódico

—¿Este perro es suyo? —preguntó a un italiano, propietario de una zapatería, situada a pocos metros del taller.

—Sí, señor, pero por más que lo amarro siempre se suelta y se va con usted.

—¿Por cuánto me lo vende?

—Diez bolívares, porque es un animal muy inteligente.

—Está bien—. Y pocos segundos después seguía la marcha llevando al perro atado a un humilde guaral.

—¡No! ¡Imposible! —argumentaban voces incrédulas, una semana después, en los corrillos literarios.

—Claro, si el perro se llama “Musolini” y mientras él dibuja o escribe lo espera sentado. También lo acompaña a los botiquines y si va a una fiesta lo espera en la puerta. Figúrate, que hasta lo despierta por la mañana y Leo dice que va a ser uno de los motivos centrales de una tira cómica que está preparando. También acostumbra el perrito todos los días a las doce montar una guardia de cinco minutos frente a la estatua en la Plaza Bolívar.

En efecto, a los pocos días aparece una nueva página en “Fantoques”: “Vida y Aventuras de Pinocho o hazañas de un muñeco de madera”.

—Este muñeco va a ser como yo mismo: pícaro, atrevido, pero en el fondo quizá un poco tonto —comenta el artista y se tira hacia atrás para ver el recién dibujado “Pinocho”, después ve a “Musolini”, que posa tranquilo, y cuya silueta ya comienza a perfilarse en el cartón, pero con el nombre de “Peti puás”, compañero inseparable del héroe de la historia. La labor del caricaturista la completa el poeta y las leyendas van en verso.

—¡Pobrecito! —exclaman las mujeres ante los sinsabores del chico de madera que se lanza siempre a enderezar entuertos, a solidarizarse con cualquier buena acción, para quedar burlado, y toda Caracas comienza desde entonces a vivir la vida de “Pinocho”.

—¡Eso es verdad! ¡Así les hacen a los muchachos pobres! —asientan con rabia los viejos cuando ven cómo el protagonista es rechazado de la escuela y sirve de burla a los alumnos por su traje estrecho y raído.

—¡Es formidable! Las pierde todas y sigue adelante —dicen los jóvenes, porque el curioso personaje se levanta ante las caídas, diciendo a sus lectores que no importa la derrota temporal mientras existe el espíritu de lucha, ¿acaso no es lo mismo que ha ocurrido a través de toda la vida del autor?

“Pinocho”, cree también que la gente es buena y en su primer aprieto acude al vecino en solicitud de auxilio, y este le recomienda que espere, para vaciarle luego un poco de agua fría. También le ocurrió lo mismo al otro fantoche, al de carne y hueso que ágilmente mueve el creyón, cuando salió ante la primera injusticia lanza en ristre y lo mandaron a la cárcel; él había pensado entonces que los demás eran soñadores y esperó para recibir como “Pinocho” la más ingrata de las sorpresas. Sin embargo, allí está, comunicando una lección de fe y optimismo entre las sombras de la dictadura.

En La Pastora, en una casa pequeña, pero bien arreglada, se va a celebrar un bautizo. Las paredes están adornadas con tiras de papeles de colores diversos. En el dormitorio se ha improvisado el botiquín y los

caballeros, de chalecos, y con bigotes muy perfilados, toman las primeras copitas, en espera de los que vienen de la iglesia. Los platos de “cabello de ángel” y torta con gelatina están circulando ya por el patio, acompañados del clásico “si gusta esta fineza”. La familia Bueno, dueña de la casa, se deshace en elogios para los invitados, y las hijas, primas y amigas miran constantemente el reloj en espera de la llegada de los padrinos.

—¿Quién es ese señor? Atiéndelo, Carmen Adela —Ante las instrucciones de la señora, todas las muchachas volvieron los ojos hacia la puerta por la cual en aquellos momentos entraba un caballero de chaleco blanco, zapatos de patente, pajilla y anteojos al aire. Se veía muy bien afeitado y esperó con el sombrero en la mano, como diciendo: “aquí estoy yo, ¿dónde se metieron”?

—¡Chico, tú por aquí! —saltó uno de los invitados—, ¡pero mira quién está aquí! —continuó con sorpresa, llevándolo hacia el botiquín. Le hicieron un círculo, hubo risas entre todos, mientras el recién llegado explicaba algo; Leoncio Martínez, siguiendo a un compadre, que iba a la fiesta de un amigo, se metió en otra casa, adonde no estaba invitado.

Las conversaciones cesaron cuando llegó la muchacha y comenzaron las presentaciones de rigor. A la joven Carmen Adela le llamó la atención aquel tipo que contaba chistes, hablaba de poesía, tomaba un lápiz y en menos de dos segundos hacia una caricatura.

Leo, por su parte, salió de la fiesta diferente, pensando que quizá era necesario enmendar la vida, dejar las salidas en coche hasta las tres de la mañana, y recordó que muchas veces había dicho que el periodista luchador no puede tener hogar; sintió terror cuando se imaginó en una casa, en pijama, con las pantuflas puestas, leyendo muy serio el periódico y un chico agarrándole los pantalones y gritando: ¡papá! “Eso no tiene nada de romántico, pero ¿qué más puedo hacer yo?” —se respondió. Continuó visitando la casa de la joven de La Pastora y de noche

desafiaba el frío pegado a una ventana, sosteniendo en la diestra un papelito azul, con versos escritos en perfilada letra:

—Fíjate, mi amor —decía en voz muy baja—, a mí no me ha pasado como a la abeja que... y recitaba nerviosamente:

“Al fin halló la rosa preferida  
y para siempre se quedó dormida  
ebria de miel al borde de tu boca”.

Completa transformación ha sufrido el caricaturista picante, el político de combate y el escritor criollista. Leo vive solo en las páginas del semanario, porque quien sube todas las noches por “Dos Pilitas” es Leoncio Martínez, el bien peinado y de zapatos de punta inglesa, quien hacía críticas literarias en “El Cojo Ilustrado” y se mostraba reverente ante el más insignificante apunte impresionista de Julio Ruelas.

Pero algo viene a turbar el paréntesis: una sorprendente noticia que, en julio del mismo año 23, corre como un reguero de pólvora por la ciudad.

El Gobernador amaneció en un charco de sangre, en su propia cama. Las casas de las cuadras vecinas a Miraflores parecen solitarias, nadie se asoma ni a las ventanas.

El hermano, el propio Gral. Gómez, contempló el cadáver de Don Juancho y no le salió ni una lágrima:

—¡Que nadie salga! —ordenó, según rumoreaba la gente del pueblo.

A Villa Zoila llegan los detenidos. Se habla de torturas, de terribles suplicios que igualan a los de la Inquisición.

Leoncio Martínez se ha vestido mejor que nunca ese domingo, y silbando llega a la esquina de Las Monjas, dispuesto a seguir hacia San Francisco a esperar a la novia a la salida de misa de 7.

—¡Epa!, ¡ven acá! —El llamado lo sorprende y se encamina nervioso hacia la Comandancia.



—Lo estábamos esperando, amigo, pase. —Quien hablaba, uno de la secreta, lo tomó por el brazo y lo pasó hacia la Sala de Banderas

—¿Tú aquí? —preguntó extrañado al ver a Job Pim, sentado tranquilamente.

—Me agarraron primero, hermano, quizás porque soy el más feo de la familia.

—¿Dónde queda la Quinta Mercedes? ¿Quiénes son los anarquistas?  
—Las preguntas se acumulaban sobre los detenidos.

—¿Ustedes y que tenían unos documentos?

—¿Dónde están?

—¿Ah, no contestan? ¡Eso significa que es verdad!

—Los espías repetían los interrogatorios mañana, tarde y medianoche. Siempre salía a relucir el nombre de la Quinta Mercedes, los documentos y unos anarquistas. El calor era sofocante en aquella sala de La Rotunda. Los que interrogaban estaban en camiseta y para los detenidos ni un cigarro. La prisión fue de unos cuantos días, pero había hecho el mismo efecto: resucitar al viejo Leo, de caminar un poco inclinado y sonrisa burlona. De allí se dirigió a “Fantoches” a continuar “La Vida y Aventuras de Pinocho”.

Seis meses después se casó sin invitar a nadie y a la semana dio una fiesta.

—“Antes no había dicho nada, porque quería evitarles las molestias del regalo”.

### **Cuando cortaron las cuerdas**

En una sala pequeña un hombre se pasea impaciente, mira al piano que está en un rincón y sonrío. Como recordando algo se lleva la mano a un bolsillo de la camisa y toca ligeramente. De pronto se para y saca el reloj.

—¡Las siete; ya el periódico debe estar en prensa!

—La casa de Leoncio Martínez es modesta, sin lujo, no porque no le guste, sino porque no puede. Ahora, tres años después de casado, está en espera del Maestro Aguirrez, viejo músico venezolano, que recuerda con nostalgia aquellas serenatas que se daban a principios del mil novecientos. Leo y él llevan algún tiempo trabajando juntos y ya han sacado varias composiciones que han sido recibidas con éxito. Leo, en ratos como éste, cuando no tiene nada que hacer, echa a vagar la mente y le gusta pensar en él mismo. “Fantoques”, sigue como siempre, con sátiras que rozan la epidermis de la gente del Gobierno, pero ya este Leo no hace caso; antes tenía algo que perder, era joven, pero ahora ¿para qué? Las advertencias de la iglesia tampoco le interesan; siempre siguen saliendo de su lápiz cuadros atrevidos. En las noches libres, como esta, se va a su casa y después de cenar espera al Maestro para componer valeses, pasodobles y joropos. La llegada de Aguirrez lo hizo salir de sus pensamientos.

—¡Vamos a empezar, mi “leva”! —Abre el piano, saca el papel del bolsillo y comienzan a repetirse sonidos y versos que Leo va cantando. En un mecedor la esposa escucha y sonrío. Todas estas piezas son pedazos de esa Caracas que comienza a morir, o al menos se presiente va a morir; de aquella Santiago de León con mujeres, de crinolinas y encajes, dispuestas a ruborizarse ante cada mirada.

De la reunión de Leoncio y Aguirrez salió entonces “Dama Antañona”, “Carmen Adela”, “Claveles de Galipán”, “Irma” y otras joyas de la música popular venezolana, que vienen a ser como el adiós de los caraqueños, amantes de los paseos por el Anauco, de los álbumes rosa con calcomanías y de las charadas, a la ciudad que está cediendo ante nuevas inquietudes: la vitrola con discos de otros ritmos, el cinematógrafo y los trajes de baño.

Contando chistes en los botiquines, con sus títeres que semanalmente hacen estremecer a Caracas, escribiendo canciones y teatro, está

sirviendo de Maestro a casi toda una generación que a su lado colabora. Sus sentimientos criollistas, en el dibujo o en la literatura, son reflejados por los jóvenes que trabajan en “Fantoches” y de un semanario simplemente cómico el periódico de Leo va, sin que él mismo se dé cuenta, convirtiéndose en una institución.

Caracas, aparentemente aletargada ante la dictadura, vuelve a estremercarse. Resuenan las descargas en San Carlos y La Pastora, la famosa parroquia con sus célebres cuestras, que ocupa una vez más sitio predilecto en los planes de los conspiradores.

El golpe de 1928 sorprendió a Leo enfermo. Sin embargo, la policía fue a buscarle.

—¡Detengan a Leoncio Martínez, quien tiene que estar metido en esto! ¡Eso de la enfermedad es para despistar! —habían dicho en la Gobernación; no concebían cómo una enfermedad iba a privarlo de meterse en cualquier ataque contra la dictadura.

Se repitió la misma ruta ya conocida: la Comandancia, breve espera en la Sala de Banderas y La Rotunda.

—¡Usted por aquí! —dijo en tono zalamero el Segundo alcalde, cuando hizo su entrada en la cárcel.

—¡Figúrese que le habíamos compuesto la casa para que la encontrara bonita, pero como hace tiempo no viene y las goteras son una varilla! —tomándole del brazo le mostró el techo roto del calabozo— ¡Se fija! A nosotros nos gusta portarnos bien con los amigos.

—¡Hicieron preso a Leo!

—¡Leo está en la cárcel!

En las ruedas de botiquines y en las casas, hombres y mujeres comentaban la nueva prisión del hombre que a su antojo se había burlado de la dictadura.

Al mes y medio fue puesto en libertad, con la advertencia de un “mucho cuidado con lo que hace”, pero a la semana la gente se secreteaba al ver uno de sus muñecos: un Diógenes con una linterna y decía: “busco a un hombre”. Las llamadas del Gobierno aumentaron:

—Si va a hacer una caricatura sobre tal cosa, ¡mándela primero por aquí! —Los lápices azules de los censores caían despiadadamente sobre el material.

—¡Este no conviene! ¡Es muy vulgar! —También desde el frente moral era acosado:

—Recuerde que hay familias. —Y los lápices rojos caían una y otra vez; las cuerdas de los títeres se resienten y se aflojan.

—El arzobispo ha protestado porque... —Y de nuevo una advertencia. La vida transcurría entre el periódico y la Gobernación, pero hizo un alto en la agotadora jornada y recopiló todos sus cuentos. Entre la corrección de pruebas, la revisión de material y la búsqueda de propaganda, fabricaba algún rato libre para “Mis otros Fantoques”.

Se iba a comenzar la impresión de la obra cuando Leoncio llegó con gran prisa al taller.

—¡Una máquina, por favor! Se ha olvidado algo. —A los pocos minutos entregó un papel al impositor.

—Muchachos, fíjense —dijo el jefe de taller, sin poder contener la risa, y leyó: “Se terminó de imprimir este libro en los talleres de la Lit. y Tip. Vargas, de Caracas, el 31 de agosto de 1932, día de San Ramón Nonato, Cardenal y Abogado de los partos difíciles”.

Dos meses después un funcionario estampaba una firma gruesa al pie de un oficio.

—Esto es lo mejor —comentó, y volvió a arrellanarse en su butaca. El Gobierno suspendía “Fantoques”; las cuerdas del títere habían sido cortadas.

Sentado en una vieja silla, con las dos manos puestas sobre la cara, Leoncio Martínez, el eterno luchador, otra vez maltrecho escupía con desprecio en aquel año del 33. Se quedó viendo al último cobrador que salía llevando en el maletín lo que quedaba. Un aire frío corrió por la calle y sintió deseos de tomarse un palo.

### **La última fantochada**

Con el cuerpo medio inclinado y los lentes en la punta de la nariz, bajó las escaleras del diario. “Nosotros te avisamos”, la frase del director le había molestado, ahora comprendía lo inútil que había sido aquella larga batalla empeñada desde los 19 años. Cuando llegó a la calle, unos amigos le saludaron y contestó con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Qué estás haciendo, Leo?

—Buscando trabajo.

—Bueno, para ti eso no es problema. ¿No sabes adónde vas a ir todavía?

—En donde paguen mejor —contestó, y sonrió ante la ingenuidad del amigo.

La gente se imagina que, para un periodista, o escritor nombrado, no es problema conseguir trabajo; lo ven despreocupado y dispuesto siempre a renunciar, porque debido a su pluma, editores y directores lo acosarán para contratar sus servicios. Para mantener esa ilusión, Leo respondía: “en donde paguen mejor”, cuando, en realidad, lo que tenía ganas de decir es “en donde me den un puesto”.

Los directores, en su mayoría, eran hombres cuidadosos, y aunque muchos deseaban tener un Leo a su servicio, también pensaban lo que significaba para un diario, que se dice adicto y defensor del régimen, amparar a un tipo semejante.

Leoncio Martínez vive la tragedia de un leproso: todos le compadecen y hasta lo defienden, pero ninguno se atreve a tenderle la mano.

—Yo puedo hacer crónicas, caricaturas y reportajes. No me meto en política. —El director pensó y la proposición fue aceptada. Comenzó a escribir en “La Esfera”, a fines del treinta y dos, sus famosos “Postigos a la Calle”.

Eran crónicas breves, en un estilo correcto, sin afectación y con gran sentido del humor. “Los Animales que hablan”, “Los Muertos Vestidos” y otros temas desfilaron en una forma tan interesante y curiosa, que en poco tiempo los “Postigos” eran devorados por una considerable masa de lectores. El autor siempre encontraba en la corta noticia del cable o en el incidente callejero motivo para una cuartilla elegante y graciosa; también hacía crónicas deportivas, principalmente hípcas; se lanzaba a la calle en busca de reportajes y de noche se convertía en redactor de mesa, para dar forma debida a esos centenares de notas que diariamente llegan a los periódicos.

Al terminar el trabajo de redacción, hace el muñeco para “La Vida en Caricaturas”, recordada sección, excelentemente dibujada, por donde desfilaron, durante dos años, los cuadros y escenas más cómicos de Caracas.

Compartiendo con el trabajo la fiebre de la pelota y de los caballos, este periodista, poeta y escritor, que con igual facilidad escribe unas páginas graciosas, un artículo sesudo, o inicia el tecleo en la maquinilla para sacar un reportaje ágil, o se levanta y traza el muñeco; si en el fotograbado hay un inconveniente, también sabe bajar, quitarse la corbata de lazo, ponerse un delantal y comenzar a grabar el zinc, y tiene tiempo todavía para entrar por dos o tres horas al botiquín e irse de farra con los toreros. Para el pueblo dejó de ser un intelectual y es algo querido y estimado, viejos y muchachos se jactan de que conocen a Leo, que lo saludaron y él les contestó, o que lo vieron ebrio, recitando en la esquina ante todo un público.

De este tipo extraño se cuentan cosas curiosísimas: tiró la pajilla en la corrida, improvisó todo un poema ante el paso de una dama o lo vieron,

aplaudido por los vendedores de fruta del mercado, retratándose, abrazado y cantando “Al Royal Criollo”, con el “Diablo” Escalona.

Sin embargo, en el periódico no dejan de salir todos los días sus secciones, pese a que la víspera, según aseguró alguien, pasó las veinticuatro horas en una fiesta. La imaginación popular sigue creando: dicen que borracho escribe y dibuja como nadie; cuando lo ven ebrio, todos piensan en lo que dirá mañana, y al siguiente día, en efecto, el acuerdo general es que lo mejor está bautizado con la firma de Leo.

El pueblo de Venezuela, antigobiernista por naturaleza, mientras esta brillante figura se ve obligada a permanecer privada de reflejar su pensamiento político, va en su auxilio y así como secretos de botiquín van circulando cuentos y episodios contra la dictadura que todo el mundo atribuye al intelectual bohemio. Algunos son agudos, perfectos, como aquella caricatura imaginaria: un muchacho devorando los platos de un restaurant y el patrón, un italiano, le decía: ¿Hasta cuándo Gómez?

La familia está reunida en pleno en la cocina; la conferencia se formó por sí sola, cuando llegó el padre y fue a participar en voz baja lo que había escuchado en la calle. Ante los murmullos y las bajas exclamaciones de sorpresa, rematadas por un “¡shi!”, acudió también la hija y los hermanos. Hasta la sirvienta, fingiendo fregar, no podía contener la emoción: el general sigue grave y... nadie se atreve a terminar, porque las “paredes tienen oídos”.

En la calle, todo el mundo se mantiene alerta. En los cuarteles hay completo silencio; algunos oficiales conversan en voz muy baja y comentan la improvisada salida del coronel. Las viejas chismosas dicen que han pasado muchos carros con gente de rostro muy grave ¿Qué ocurre? Nada, todo está normal; Caracas, como siempre, aguarda algo; hay aparente orden, pero los corazones están latiendo a prisa y las dueñas de casa disponiéndose a estudiar el presupuesto a ver si se compra

todo de una vez en la pulpería. En este martes 17 de diciembre de 1935, hay secretos hasta en las redacciones de periódicos y, por fin, en la noche, un boletín oficial de la radio lleva la noticia:

—Ha muerto el general Gómez.

—¡Con la muerte del Benemérito general Gómez!

—Corren en la mañanita los pregoneros con los diarios que llevan gruesos titulares. Se hacen conjeturas, circulan torrentes de rumores, se habla de guerra civil; los primeros grupos se congregan en la Plaza Bolívar y el lápiz de Leoncio Martínez, lanza una gran caricatura llamando al civismo.

El eterno soñador ha vuelto a montar en el caballo para entrar en batalla. ¿Contra quién? El mismo no lo sabe todavía, porque el enemigo no se ha perfilado.

Comienzan los primeros saqueos. El pueblo está en la calle y “La Esfera” va a ser atacada. Es sábado; Leo escucha los gritos y el ruido de vidrios rotos. Se levanta de su escritorio, deja el lápiz y en camisa se asoma a los balcones, habla a la multitud.

—¡Es Leo! ¡Viva Leo! —Los murmullos crecen y lo aplauden, el pueblo ha reconocido a su ídolo y nadie se atreve a atacar un recinto en donde él se encuentra, ni en aquellos momentos de exaltación

Al siguiente día aparece su retrato en primera página: lo han nombrado jefe de Redacción, pero a la semana está en la calle, otra vez sin trabajo, haciendo gestiones para publicar su “Fantoques”.

El semanario reaparece, los títeres están en el tablado; estamos ya comenzado el año 36. “Pinocho”, saluda a su pueblo con estas palabras: “¡Qué sueño tan largo! ¿Será verdad o estaré soñando todavía?”

La gente vuelve a gozar con los cartones del humorista genial; de nuevo pidiéndole colaboración; hasta publicaciones extranjeras le reclaman artículos, caricaturas o versos. No puede caminar por las calles céntricas



porque todos le saludan, y le llevan a la redacción las cartas encontradas en los escaparates gomecistas, para que las publique. Trabajadores de alpargata, empleados de oficinas y hasta funcionarios del propio Gobierno, prefieren dejar de comer que privarse de la lectura de “Fantoches”.

Vuelve a atacar a la iglesia como nunca y esta responde severamente; pero Leoncio no hace caso; el muñeco de madera comprende que es tarde para enmendarse, y ahora sólo quiere vengarse y burlarse de todos los que lo insultaron. Aunque le acusan de estar instigando a los saqueos, siguen apareciendo las caricaturas incitando a hacer justicia por propia mano.

Muchachitos de pantalones cortos colaboran con él, y Leo les corrige y publica luego los trabajos. Como en el 23, sus páginas están a la orden de dibujantes y autores nuevos, y el espíritu criollista, en la literatura y en el dibujo, recibe nuevo impulso.

—¡Agua! ¡Un poquito de agua! —Tratando de incorporarse sobre las almohadas, en el cuarto semi oscuro, Leoncio Martínez y Martínez levantó el brazo en un vano intento de alcanzar el vaso. Los familiares se mueven intranquilos y silenciosos entre la cama y la mesita de los remedios. Como un nuevo Alonso Quijano, el periodista, escritor y poeta, quien despreció una brillante posición social por defender los derechos del pueblo, se agita ahora en octubre de 1942, mostrando a través del saco medio desabotonado del pijama una piel amarilla y unos surcos profundos junto al cuello. Todavía vive, como nació, en la oposición, pero sus últimas escaramuzas las libró en el 36 y el 37 con prisiones breves que pasaron en total de diez y con multas que fueron pagadas por contribución popular.

Así como en las últimas batallas sonrió por la ingenuidad de sus enemigos, que esperaban callarlo con carcelazos y agresiones, hoy, ante la última hora, sobre la barba crecida, los labios también se pliegan burlescamente. El soñador espera vencer a la muerte, porque sabe que, a través de sus

53 años, ha sido sólo el muñeco de madera manejado por las manos del pueblo y los defectos, chistes e ideas de un pueblo no pueden morir.

Dura ocho meses su grave enfermedad; la ciencia ha hecho todo lo posible y la casa del director de “Fantoques” está llena de elementos de todas las clases sociales. En el corredor, fumando impacientes, los visitantes viven los angustiosos momentos de la espera.

—¡Yo nunca he pedido nada a Dios, pero confieso que mis deseos eran celebrar mis Bodas de Plata! —dice el moribundo, y se dispone a seguir hablando; pero hay un ligero murmullo a la entrada; todo el mundo mira hacia la puerta. La expectativa y la curiosidad aumentan ante la llegada del sacerdote. ¿Qué va a hacer el hombre que tanto se burló y pintó curas gordos con botellas en la diestra?

—Mis pecados son públicos, Padre —manifiesta lentamente Leo, cuando el visitante se sienta a su lado—. Yo no he matado a nadie con mis manos, ahora no sé si con mi pluma... —Deja de hablar, considera aquello como suficiente confesión y es inútil la insistencia del levita.

El enfermo sigue cada vez más grave, y el día catorce pierde el conocimiento a cada momento; los médicos han dicho que no llega a la noche, y amigos y familiares se agitan en torno a la cama; él los mira y sigue sonriendo.

—¡Brandy! ¡Denle brandy, por favor! —exclama con voz ahogada por la emoción, un señor, mientras Leo mueve la cara lívida, de un lado a otro y lentamente baja los párpados.

—¡Pónganle un poquito de agua! —interviene una dama, indicando la conveniencia de mezclar la bebida, para hacerlo reaccionar al desmayo.

—¡Ya me van a echar a perder mi último palito!, fue la protesta aguda que como un dardo rompió la solemnidad impuesta por la cercana presencia de la muerte, como antes había burlado el dominio de la dictadura.

## La mayor de las Gracián

La complicidad del corset con una negra “práctica” de la hacienda dejó inédito aquel delito de amor; el corset puso el disimulo hasta cuando la naturaleza irrefrenable se resistió a la opresión; y la negra Macaria, traída de urgencia y con todo sigilo, prestó la pericia de sus manos obstétricas y el juramento de su fidelidad a la familia, a la cual su espíritu de colona irredenta le ataba por ancestrales ligaduras.

No hubo escándalo, ni debía haberlo; el nombre de los Lizcarri, por muchos títulos honorables de seis generaciones atrás, ni su prestigio social, abonados con el saneo de un buen patrimonio y con una vida orgullosa y aparente, de etiqueta y de saraos, podía rodar de la noche a la mañana, con el deshonor de la hija, de boca en boca, entre las hablillas crueles de las amistades y las puyas sardónicas del vulgo envidioso y lenguaraz.

Todo se hizo como entre gente discreta que sabe hacerlo. Desde aquella noche de tormenta y de lágrimas en que Margarita confesó su falta, la puerta señorial de los Lizcarri se cerró a sus relaciones, sin ruido, majestuosamente, reservadamente, tras la última sonrisa, como los amos de la casa acostumbraban sonreír a la despedida de un baile, y bajo un pretexto cualquiera que justificase el temporal retraimiento.

Un crimen, no. La vieja Macaria, entre cuyas manos terronosas y huesudas se alzaba la recién nacida como una albísima batata de nardos, no hubiese consentido en el infanticidio; hechas aquellas manos a trajinar con la vida naciente, con el retoño y con el ternerillo, con el pichón y

el capullo, primero se rebelaran contra los amos que engarbarse asesinas al cuello de la criatura.

La madre lloraba en el lecho, pidiendo el doloroso fruto de sus entrañas, y junto a ella, de pie, severos, pero sin poder despojarse de su ternura, los señores de Lizcarri aducían razones de índole mundana, conveniencias de familia, lustre del apellido y, por sobre todo, la necesidad imperiosa de una separación, borrar toda huella, ocultar la existencia de aquel candor espurio, más inocente mientras más deshonroso.

—¡Que no trascienda! ... ¡Que no trascienda!, rugía el anciano Lizcarri, paseándose a trancos por la alcoba y torturándose las manos cruzadas bajo los faldones del palto-levita.

Y no trascendió.

\*\*\*

El Dios que cuelga los nidos en los árboles, alimenta los pozos en las llanuras eriales y enciende las oraciones en el pecho de los desesperados, ha puesto también en el corazón de las ciudades pecadoras los asilos para los niños sin padres.

Entre el gris de una madrugada se deslizó una sombra furtiva junto al viejo muro pío y dejó sobre el quicio de piedra, envuelta en las únicas batistas de su cuna, una pequeñuela blanca y trémula, a quien se rogaba le pusieran por nombre Flora Herminia, esperanza de remoto desagravio, boleta de rescate servida al azar de un consuelo para el maternal instinto que se enardece.

Porque la gente decente sabe evolucionar muy bien en la conservación del rango, —de algo deben valer generaciones sucesivas de educación social— y si por respeto a sí mismo no se atreve a matar, abandona.

Cuando, al toque de seis, abrióse el pasado portón del hospicio, esa mañana se ocupó una cuna más, tendida con los blancos linos que tras el portal del cielo lava la Virgen María.

Y alguna Hermanita, de rostro oval y lindo, tuvo un estremecimiento recóndito, al apretar contra su seno intacto la criatura y darle el primer biberón.

\*\*\*

Sin embargo, Julio Gracián no podía olvidar el amor de Margarita Lizcarri. Después de aquello “su canallada”, de su fuga cobarde, escribió, pidió perdón, ofreció reparaciones a los padres ofendidos y volvió para casarse con la mujer en quien dejara incrustado lo más puro de su alma, la pasión más fuerte de su existencia, ser de su ser, y cuyas cariciosas ternuras no podría borrar jamás... Aparte de que, entre la precipitación del viaje y el temor al escándalo, había dejado sus negocios en mal arreglo y peligraban sus intereses, a punto de diseñarle en el horizonte la amenaza de verse un día en el extranjero y sin recursos.

Pocos meses después, la boda Gracián Lizcarri congregó, zalameras y aduladoras, las amistades de la casa señorial en una fiesta espléndida. Nadie dijo nada, nadie sabía nada. Los azahares de la frente de la novia parecían frescos e indemnes.

Pero, en el asilo de huérfanos estaba Flor Herminia.

\*\*\*

Y allí se crio y allí debía vivir, pues el destino le señalaba aquella como su casa. Cuando a sus padres, ya repuesto el decoro y en una renovación de idilio, se les deslizó la ternura hacia la hija, fueron a reclamarla y tropezaron con un inconveniente; la Madre Superiora se los hizo saber:

—Sólo en los casos de una advertencia previa y de una señal dejada al depositar el niño, las reglas del establecimiento permitían que se le retirara; de otra manera, terminantemente, no; podían visitar a Flora Herminia, los domingos, regalarle, cuidarla, pero llevársela, nunca, mientras no cumpliera diez y ocho años y eso, si ella quería, para lo

cual no estaba demás, desde pequeña, irle advirtiendo quienes eran sus progenitores.

—¡No! ¡Que no lo sepa! ¡Guárdenos el secreto!, gimió Margarita.

Y los señores Gracián-Lizcarri salieron del asilo, silenciosos, protegiéndose uno contra otro, opresas las almas, y se alejaron en su carruaje.

Luego, al principio, las visitas dominicales y las dádivas magnificentes que hacían sonreír la cara de manzana de la Superiora; y, al correr de los días, asiduidades y larguezas se fueron espaciando y amenguándose hasta perder importancia. Margarita estaba en estado de un nuevo hijo.

Reglamentada por el rebato de una campana, Flora Herminia despertó en mujer. La campana sonaba casi con el alba para levantarse; la campana anunciábale la hora de las comidas sobrias y mendigas, los largos refunfuños místicos de los rosarios en el oratorio, los reposos nostálgicos de su infancia reclusa y sin alegría, las clases, el trabajo... Con la campana aprendió a deletrear, bajo el índice de las incluseras mayores; con la campana empezó a soñar en lo desconocido, viendo los naranjos que, al soplo de la brisa, cabeceaban en un cielo color de malva y se despojaban de sus hojas secas sobre el enlajado del patio.

Por los claustros de los corredores dio sus primeros pasos, colgada en cruz a las manos de unas dulces mujeres de negro sayal y toca blanca, que ejercitaban en ella las intenciones de una maternidad infusa. En el solar del hospicio corrió, muy pocas veces, los sábados, si venían algunas niñas de fuera, que se vestían distinto a ellas, y desató sus ímpetus pueriles en juegos que la llenaban de encanto.

Sabía de unos señores que se interesaban por ella y si en alguna Pascua tuvo una muñeca y otra vez zapatos nuevos, fue porque vinieron de aquellos señores ignorados, misteriosos y buenos, como los Reyes Magos, y que se apiadaban de los niños sin padres. Así perdíase en cavilaciones de una vida desconocida, a través de los muros de su encierro de penitenciaria de nacimiento.

—¿Quiénes? ... Tal vez...

Era Flora Herminia melancólica y mientras más melancólica más bella. La flor del asilo, decíales la madre Superiora, por dócil, por aplicada, por buena; cordial con las de su edad, amorosa con las chiquitinas, parecía una madrecita cuando le tocaba impartirles el aseo o darles de comer. Por la flor de su nombre, por la flor de su espíritu, por su cara de flor, la querían todos, la querían mucho... Ya la adolescencia reventaba en signos óptimos bajo el trajecito azul de asilada, que dejaba escapar a boca de mangas las manos perfectas y los pies menudos bajo el ruedo simple.

Ya Flora Herminia parecía presentir y con los ojos bajos y una angustia indecible, había escuchado, al salir en rebaño de la misa parroquial o de las Flores de María, el piropo que a su hermosura le disparara al paso algún mozalbete, joven tenorio de esquina.

\*\*\*

Fue un grave alerta en el honorable hogar de los esposos Gracián-Lizcarrri semejante llamada y, a la casualidad, en un día santo, cuando la casa estaba llena de gente. Ya Flora Herminia había cumplido la fecha de salir del asilo. Y ahora...

—¿Cómo decirles a las otras niñas que aquella que venía era su hermana mayor?

—¿Cómo presentarla en sociedad sin delatar, después de toda una vida de estimación pública, un delito que nos degrada?

—¿Y ella? ¿Qué pensará ella? ¿Podrá querernos, perdonarnos siquiera?

—Pero, es nuestra hija, nuestra primera hija, clamaba la madre con los ojos húmedos. No podemos abandonarla por más tiempo; seríamos responsables...

Y el miedo, el pavor a esa cosa intangible y absurda que se llama el ridículo, la falta de energía para enfrentársele a pragmáticas sociales por

cuya culpa son débiles, injustas y malas todas las gentes acostumbradas a vivir rabiadas a la opinión ajena, dominaba a aquellos esposos; y otra vez, como en la casa de los señores Lizcarrí —a quienes Dios conservaba en su gloria o el Diablo en sus calderas— el crimen del silencio extendió sus alas, para proteger el buen nombre de la familia.

—Vendrá, —resolvió Julio Gracián, tras largo debatir—, vendrá, pero no le diremos nada a ella ni a nuestros otros hijos, ni nuestras amistades tampoco han de saberlo... El tiempo resolverá en el momento oportuno, será una más en nuestra casa... Una... una recogida.

La presentación de Flora Herminia en la casa de sus padres y de sus hermanos tuvo la sequedad de una borrasca sorda. A un extremo del fastuoso corredor, embaldosado de mosaicos, amueblado con mimbres y exornado de palmas, estaba la muchacha, a quien acababan de apear de un automóvil, vestida aún con el uniforme del asilo y llevando en las manos un paquetico de ropas.

—Nelly... Lilita... Oscar, aquí tienen ustedes a esta señorita, a quien circunstancias especiales y deberes ineludibles, que no es del caso revelar, me obligan a traer a mi casa. Ella es muy buena, yo sé que es tan buena como desafortunada; espero que a nuestro lado ha de ser feliz y quiero y pido que ustedes, mis hijos, la traten como a una... amiga... mucho más, como si fuera una hermana. Y tú, Margarita, que la veas y la cuides... ¡como si fueras su madre!

Nelly y Lilita contemplaban la turbación de la muchacha con un impertinente movimiento de cabeza. Oscar, el niño mayor de la casa, irguiéndose en el pedestal de su adolescencia, la examinaba de la frente a los pies, mientras se esforzaba, alargando el pescuezo, en que el humo de su cigarrillo egipcio llegara hasta las narices de la linda huésped.

Flora Herminia, entre tanto, paseaba sus ojos absortos por las paredes, por los cuadros, por los muebles, por los trajes de muselina



de aquellas nenas aporcelanadas y remilgosas, que parecían no saber decir sino:

—Sí papá... sí, papá...

Una frase que a ella no le habían enseñado y que sus labios no aprenderían a pronunciar nunca.

Le asignaron un cuarto, después del comedor, cerca del servicio, hasta donde la acompañó misia Margarita, para que se lavase y se cambiara de ropa. Y mientras Julio Gracián, en su habitación, lloraba sin lágrimas su claudicante hipocresía, Nelly y Lilita comentaban en la antesala:

—Mirá: está mal vestida, pero es más bonita que tú.

—Y más bonita que tú, zoqueta y no se pinta.

—¡Quién mandaría a papá a meter aquí esa intrusa!

Oscar paseaba por el comedor, haciendo sonar con bulla la cristalería, a pretexto de una sed inaudita y carraspeando.

\*\*\*

Cuando Flora Herminia se vio sola en aquel cuartito arreglado con coquetería, corrió al aguamanil, olió el jabón, destapó el frasco de colonia, examinó los bibelotes arrojados en el tocador, palpó la muelle colchoneta de la camita de soltera y, en júbilo emocionado, elevó los ojos al techo raso y dio gracias al Señor y a los señores que le abrían las puertas de una nueva existencia...

\*\*\*

Mas, al desplegarse las ficticias cortinas de púrpura y encaje, artera suerte disponíale sendero de zarzas en jardín de martirio...

Pronto comprendió que estaba de más en aquella casa. ¿Quién era ella? Una infeliz sin nombre y sin parentela, a quien la piedad ostentosa de unos señores se debe el lujo de proteger. Verdaderamente, debía

gratitud al señor Gracián y a misia Margarita que se antojaron de darle a conocer una posición insospechada en el mundo. Pero, Nelly y Lilita la humillaban, con insolencia de superioridad a todas horas. ¿Quién soy yo? ¿Para qué preguntárselo? “¿Quién eres tú?”, le habían soltado a boca de jarro, cuando querían rehuirla. La llamaban “Paula Expósita”, en son de burla y, sin parar mientes en la presencia de personas extrañas, la recriminaban: “Esto no se come así, Paula Expósita”; “esto no se sirve así, Paula Expósita”; “Paula Expósita, así no se sienta la gente”. Cuando no le enrostraban faltas de cultura, la acusaban de lo que no había hecho y llegaron hasta maltratarla y sacudirla, a pretexto de que le coqueteaba a los mozos —¡no tenía derecho! — a los mozos que cortejaban a las niñas de la casa, ella, que se sentaba en el rincón más oculto y si alguno le ofrecía el brazo no se atrevía a aceptarlo sin mirar a todos como pidiéndoles permiso.

Así, de peldaño en peldaño, de renunciación en renunciación, fue rodando a los más bajos menesteres de la casa que cumplía alegre con el servicio, sin extrañarlos porque ya los hiciera en el asilo; sin pasar casi a las habitaciones principales, lavaba y aplanchaba y fregaba platos; era una forma, al menos, de que no se la molestara. En los días de fiestas, nunca había puesto en la mesa para ella; atendía a los invitados y comía después. Además, su deber la mandaba obediencia a los señores de Gracián, que siempre le daban la razón a Nelly, a Lilita y a Oscar y no querían exponerse a que don Julio le repitiera otra vez lo que le había advertido en varias trifulcas:

—Tú eres muy callada, muy mosquita muerta, pero en el fondo tienes mala índole...

\*\*\*

Aquella noche, concluido el baile, Flora Herminia recogía la vajilla y encaramada en un taburete la iba colocando en el aparador. Había sido

una fiesta desbordante en obsequios: whisky, brandy, champaña... Oscar había bebido excesivamente, instalado en el bufet con un grupo de jóvenes; no era de explicarse cómo el niño no perdiera la cabeza...

En un momento en que Flora Herminia volvióse para buscar más cristalería, sus ojos tropezaron con Oscar, que, desde abajo, aún con la camisa de smocking y con los brazos cruzados, la miraba de una manera desvariada; él le tendió la mano para ayudarla a bajar del taburete y luego la apretó con fuerza diciéndole:

—Oye... tengo que decirte una cosa... estás buenísima.

—Y tú estás rascado —le interrumpió ella apartándole. —Vete a dormir.

—No... si te sentí y vine, porque tú tienes que darme un beso.

—Quítate, quítate, mascullaba ella y lo empujaba.

—Un beso, no más... ¿Tú no me quieres? ¿Verdad que tú me quieres?

— ¡No! ¡No! ¡Déjame!

Ella retrocedía hacia su cuarto, siempre en lucha. La mano epiléptica del joven desgarraba en rechazados tanteos el corpiño; él logró sujetarle la otra mano y casi unidos entraron en la habitación; la niña trasudaba y resistía, el mozo bufaba como una bestia enardecida. La acorraló contra el ángulo del aguamanil y logró besarla en la boca, pero, en tambaleo de borracho, vaciló sobre sus pies y las manos ágiles y negadas lograron zafarse. Oscar se apoyó en el copete de la cama para no caer y Flora Herminia en un instante, erguida como una amazona y valerosa como una heroína, asió la jarra de porcelana, la alzo contra el agresor y de un golpe se la partió en la frente. El muchacho, pasándose la mano por la cabeza, examinó luego a la luz los hilillos de sangre que le corrían por entre los dedos. Dando un traspiés se retiraba en derrota, pero, al llegar a la puerta se detuvo a escupirle la postrera injuria:

—Eres una imbécil... ¡Paula Expósita!

Al amanecer, cuando la sirvienta fue a llamarla, no encontró a Flora Herminia en su cuarto.

En el locutorio del asilo, entre santos de palo y retratos de benefactores, hablaban don Julio y doña Margarita, con la Madre Superiora:

—Llámela usted, hágala llamar, insinuó el esposo, ella debe dar una explicación, un por qué...

Pocos momentos después entraba Flora Herminia a la sala en compañía de una sor. Al ver a los señores de Gracián, comprendió que venían a buscarla y protegiéndose en la religiosa exclamó:

—No, hermana Mercedes, no me deje llevar, no me den otra vez . . .

—Debes irte, hija mía.

—No, no quiero que me maltraten más, no quiero que me burlen y me pateen.

—Hija, debes obedecer a los señores de Gracián.

—¿Qué les importo yo a los señores de Gracián?... Las niñas de ellos me aborrecen y su hijo... ¡su hijo es un canalla!

La Madre Superiora cruzó una mirada de inteligencia con los esposos que permanecían de pie, anonadados; y poniendo la mano sobre la cabeza de la muchacha, la conminó con ternura:

—No sabes lo que dices, hijita, no sabes. Los señores de Gracián son tus padres...

Flora Herminia alzó lo ojos atónitos, desmesurados:

—¿Mis padres?, interrogó con espanto.

—Sí, y esos que tú dices que te odian, tus hermanos... aquella es tu casa.

—Mi papá... mi mamá... Y al pronunciar estas palabras jamás por ella pronunciadas, corrieron por sus mejillas dos lágrimas como las que resbalaban paralelas en la faz de la Mater Dolorosa y, sacudiendo nervios y cabellera, gritó en un gesto de altivo: ¡no, mentira! Si yo nunca he tenido padres, ni hermanos; no conozco otra madre que usted, reverenda, ni más hermanos que los que están allá dentro y tampoco tuvieron padres en el mundo, ni otra casa sino este asilo, ¡y de aquí no me voy!... Madre, yo quiero profesar, ¡yo quiero vestirme el hábito y en el mundo del Señor me llamaré la Hermana Paula Expósito...!

\*\*\*

Yo que os relato esta historia, verídica y doliente, os exhorto a que si encontráis algún día por la calle a la Hermana Paula Expósito, con su cesta mendicante, le deis en vuestro nombre y en el mío una limosna para los niños que no han tenido padres.



## Negro, blanco y rojo

Aún, a través de tantos años transcurridos, cierro los párpados y miro surgir con perfecta precisión, sobre la placa borrosa de mis recuerdos, aquella violenta y trágica sinfonía en negro, blanco y rojo que impresionó mis aterrorizadas e inocentes pupilas.

Tal vez por ser la primera ocasión en que mis ojos de niño vieron sangre y sorprendieron el paño verdusco de la muerte glisando livideces sobre un rostro inmóvil en suprema contracción de angustia; bien porque en mi ánimo pequeño pudieran influir los aspavientos de los curiosos que se apiñaban, empinándose en torno, para comentar el cuadro, o quizás, porque así, desesperada, retorcida, convulsa, toda dolor y lágrimas, la belleza de aquella mujer, que tantas veces había contemplado en el balcón, frente a mi casa solariega, entre tiestos de geranios y claveles, se realzara, en el momento de tragedia, en hermosura sugestiva y palpitante, lo cierto es que no podré olvidar jamás el lienzo vivo, de una estupenda armonía, donde los undívagos cabellos negros desataban torrentes de sombras sobre la albura leve del peinador, teñido desde el pecho en chorros de púrpura por la sangre del suicida.

Negro, blanco y rojo, resumidos también, como síntesis de pavor y de tortura, en el rostro bello de madona renacentista, por la lobreguez de las pupilas acoliradas en llanto, la nítida porcelana de las mejillas, tan pálidas que no pudiera precisarse si estaban hechas con la epidermis de las azucenas o con la carne insensible de las estatuas, y la boca —¡oh, la boca pulposa y deformada en sollozos! —semejante a la herida

inestancable de donde brotara, escapando a borbotones, la fuente escarlata de la vida.

Negro, blanco, rojo... Por eso, quizás también, por asociación de ideas inmarcesibles, siempre que veo cierta bandera imperial, viene a mi mente la imagen de una bella mujer ondulante y trágica.

\*\*\*

Yo estaba a la puerta de casa, jugando, cuando sonó el disparo. Del tope de un pino, que se erigía tras de larga pared caliza y corralera, volaron en fuga dos pechoamarillos, asustados. El boticario de la esquina salió al dintel, con una probeta en la mano y mirando hacia el cielo; luego pasaron por la bocacalle gentes apresuradas, borrosas de inquietud; todas convergían hacia aquel punto, como lascas de metal atraídas a un centro de imán; venía de allí un ronco abejo de cosa grave y me dejé arrastrar, sin darme cuenta, en el cauce de una angustia ignorada.

Ya para llegar a la esquina, oí la voz de mi abuela que me llamaba desde la romanilla, pero no hice caso y me colé entre los grupos fomentados por la curiosidad.

Era a la puerta de la casa grande de dos pisos que angulaba la calle, una casa abajo habilitada para comercio y en cuyo alto vivía ella, la hermosa que, en los balcones del costado, fronteros al solarón de mis abuelos, mis ojos de niño vieron siempre en magnífica aparición, tan imposible y lejana como las hadas de las leyendas, como una reina floral, entre los altivos pompones de los geranios y la reverencia cortesana de los claveles.

Ella misma, la que, en el último peldaño de la escalera, en desorden los rizos, implorantes las pupilas y torcida la bella boca plañidera, sostenía sobre las piernas la cabeza desgozada de aquel hombre, tinto en su propia sangre y de cuya diestra la crispatura final aún apretaba el revólver.



La escalera subía a perderse, cruzando, en el interior del alto y en el descansillo del cruce se apeñuscaban otras siluetas de mujeres temerosas, mientras ella —Lola Enriqueta, nombre para mí de encanto y de misterio, nombre para mí fraterno con el de Morgana y Scherezada— parecía no darle ninguna importancia al anillo ávido de la turba que se estrechaba en torno suyo, ni al eco de las viejas que eslabonaban entre los comentarios un paulatino y gangoso “¡Ave María Purísima!, ¡Ave María Purísima!”.

Cuando se abrieron paso entre la muchedumbre unos señores muy serios, de los cuales yo no supe definir quiénes eran los hermanos y quiénes los magistrados, la arrancaron de aquella actitud; la cabeza del muerto sonó con golpe hueco sobre el pavimento y a Lola Enriqueta se la llevaron entre dos... Mientras ascendían, ella rompió en una carcajada continua, hipeante, retorcida entre sollozos, desesperada y vibrátil, que parecía alongarse escaleras arriba en una espiral armoniosa y quebrarse en el alto, bajo una cúpula de cristal y de lágrimas.

\*\*\*

Ya al atardecer, en tanto empezaban a encenderse en los largos corredores los fanales de gas, oí contar el trance. Lo relataba a mis tías una viejuca rechoncha y ataviada de negro, que había ido “a acompañar a las de enfrente en su pena” y, de paso, entraba a saludarlas, para aprovechar, también de paso, los goces del cabildeo y las hincadas del comentario sobre la fruta fresca, el suceso del día y que ¡no era nada lo que había impresionado a la sociedad, puesto que se trataba de gente de pro!

Él, nada menos que Agregado a la Legación de su país, un joven italiano, fogoso, que tenía unos bellos ojos románticos y montaba a caballo con flor en el ojal. Y ella, bueno, ella, una de las más lindas y aristocráticas mujeres de Caracas.

—Lola Enriqueta es coquetísima —afirmó la señora del traje negro, rebullendo en la butaca— y, yo lo sé, había dejado a Jiménez Prieto por el italiano... El italiano la celaba muchísimo, ¡uf!... Y hace quince días estaban rotos... por los celos de él, bueno, y por las coqueterías de ella...

Hoy acababa Lola Enriqueta de bañarse y estaba más hermosa que nunca, con una peinadora blanca y suelto ese cabello tan negro y tan bonito que tiene... Cuando vinieron a llamarla: te buscan.

El italiano aguardaba en el descansillo de la escalera.

—¡Ah! ¿Eres tú? —dijo ella con un mohín y un tonito un poco áspero— ¿Qué quieres?

—¡Quiero hablar contigo!

—Sube y entra si quieres hablar conmigo; este no es sitio.

—No subo si no me prometes formalmente una cosa...

—¿Qué?

—Quiero que hagamos las paces... que nos contentemos...

—Pues, chico, has perdido el viaje... ¿contentarme contigo? ¡Nunca!

—¡Lola Enriqueta!

—¡Nunca! Tú eres muy celoso, muy violento; y yo no estoy dispuesta a sacrificarme a la tiranía de tus aprensiones.

—Yo seré bueno. Lola Enriqueta, no me digas que no: yo quiero reconciliarme contigo...

—No.

—¿Definitivamente no?

—No.

—Pues, si no te reconcilias conmigo, me mato.

—¿Tú? ¡Qué va!

Y la niña torció los labios con un gesto de desprecio. Entonces él, sacando una pistola, se la mostró desde abajo y repitió con firmeza:

—¡Mira Lola, que me mato!

Y ella —¡qué muchacha! — extremando el predominio que tenía sobre aquel hombre enamorado, le replicó:

—¡Qué vas a matarte tú! ... Y le soltó en la cara una risotada burlesca, una sonora carcajada que no vino a frenarse sino al retumbo de una detonación.

El infeliz italiano cayó de cabeza, dando botes, como un ave herida, de peldaño en peldaño, hasta quedar cuan largo era, tendido a la entrada del zaguán. Allí lo recogió ella y puso la cabeza del muerto sobre sus piernas. Ahora está casi loca: no hace sino llorar y reírse.

—Qué imprudencia de niña, acentuó la mayor de mis tías, con un movimiento afirmativo.

Y mi otra tía concluyó suspirando:

—¿No saben las mujeres que con el amor de los hombres no se juega?

Yo cerré los ojos y vi a Lola Enriqueta llorando...

\*\*\*

Aquella noche, al acostarme, febril de imaginación, en la vasta galería de la casona, miré desde mi cuna de barandas, junto al baldaquino de damasco de la gran cama y a la media luz de una lamparilla de santos, la copia que del busto de la Magdalena de Guido Reni, —la que había amado mucho—, hiciera mi abuelo, viejo pintor aficionado, en sus viajes por los museos de Europa; y poseído de sugestión, adivinando entre la penumbra el desborde espléndido de los cabellos sueltos, los ojos preñados de lágrimas y los labios en un esguince de angustia voluptuosa parecíame que se tornaban en las crenchas, los ojos y los labios de Lola Enriqueta; y que, ya fuera del marco, al ras de los hombros redondos y

desnudos, se prolongaban en el vacío unos brazos serpenteantes de desesperación, cuyas manos engarfiaban una cabeza lívida y sanguinolenta: y aquella cabeza era la mía...

## El penitente

Por tercera vez, en plazo de cortos años, volvía de temporada a aquel pueblecito donde se goza de reposo y de silencio, no obstante que desde la pequeña estación del ferrocarril se ven, limitando el valle, las manchas oscuras de la capital y de la colina de El Calvario.

Zanjado por la carretera, el pueblo se divide en dos macizos de casas; y visto desde los collados vecinos, da una pintoresca armonía en verde, blanco y rojo. Los plantíos y las huertas rezuman paz, un lenitivo para el alma y un tónico para el cuerpo; de ahí algunos viejos, a quienes el olor de monte y de boñiga les abre el apetito, han inventado que las aguas del río próximo son excelentes para la dispepsia.

En ciertas épocas las quintas y las mejores casas del poblado son ocupadas por temporadistas que no hallan qué hacer para divertirse, y el padre Regoyo les ayuda en su afán, preparándoles fiestas patronales, misas de aguinaldos o procesiones nocturnas, según la estación religiosa.

Como párroco allí, el padre Regoyo había celebrado bodas de plata y el pueblo —lo podía decir sin jactancia— era obra suya; lo encontró pequeñito, pobre de fuerzas y ahora le sonreía con las fachadas de sus casas nuevas, con las cintas grises de sus aceras de cemento. La antigua maltrecha capilla no se reconocía en la nueva iglesia cuya tercera nave mostraba aún los ladrillos de la reciente fábrica. La plaza tenía fuente, la casa parroquial arboleda y los ranchos de palma de los contornos desaparecieron para dar lugar a construcciones de mampostería. Por sus influencias, “haciendo política”, según expresión suya, el padre Regoyo

encauzaba el progreso hacia el villorrio, transformándolo. Edificó, sembró, atrajo. Enseñó a persignarse a los adultos y enseñaba a leer a los pequeños. Era —o es, porque todavía sostiene el curato— un hombre de voluntad y de bien, mas si alguno le encomia, repone: “una hormiguita del Señor, nada más”

A mi arribo lo encontré en la plaza dirigiendo el trazado de unos cuadros de jardinería.

—¿Qué tal, padre, qué nos reserva para esta temporada?

—¡Una porción de cosas, hijito! Por aquí, ya ves— dijo señalándome el jardín y la iglesia— y por la otra parte, la Patrona, la Virgen, tiene manto nuevo que le sienta a maravilla con su corona; el delegado regaló un cáliz, y tenemos ministro en el pueblo; lástima que sea el Ministro de Guerra, que si fuera el de Obras Públicas ya se arreglaría lo del acueducto... ja, ja!

Tras una pausa risueña prosiguió con el rostro iluminado:

—Y algo más: tengo un penitente.

—¿Un penitente?

—Sí, hijo, nada vale edificar en la tierra si no echamos cimientos de fe en los corazones, sobre todo cuando en ellos Satán ha sembrado sus zarzas y anidado sus búhos... Y qué malezas, hijo, la que tuve que desbrozar: ¡ñagarato puro!

—¿Sigue empeñado en catequizar al jefe civil?

—No; ese todavía se las echa de ateo, porque no le ha dado un dolor de barriga... Mi conquista es más importante: un curita español que se presentó con sus papeles mal arreglados, suspendido por la autoridad eclesiástica de Colombia, y lo tengo encerradito en la sacristía, haciendo penitencia, mientras llegan respuestas a las cartas que escribí a España, a Roma, a Bogotá... ¡qué sé yo!

Y apretándome el brazo con ruda mano de labrador, agregó:

—Cuando lo veas te vas a conmovir. Es una criatura. ¡Y buenmozo el muchacho! Rezando siempre, de noche lo oigo sollozar desde mi cuarto. Creo que hasta se flagela... Para mí el milagro se debe a nuestra santa Virgen, pues el penitente se pasa horas enteras ante el altar de la Patrona... Vamos a la sacristía.

Cuando entramos al locutorio el penitente estaba allí y no dio muestras de habernos advertido. Mi acompañante hizo una señal significativa y prorrumpió:

—Aquí le traigo un amigo, padre Verdaguer.

Sobre el fondo blanco de la pared, entre el mueblaje antiguo, recio y oscuro, se irguió el joven y parecía enorme. Cruzó un instante con la mía su mirada negra, brillante y luego la recogió hacia la cruz que pendía de su pecho.

La situación se hizo angosta, y, para salir a una charla más abierta, al darle mi nombre exclamé:

—¡Verdaguer! Como su paisano el gran poeta mosén Jacinto...

—Sí, señor, Verdaguer; pero no Jacinto, ni poeta, ni grande, repuso con rubor de doncella.

Comprendí la ineficacia de las citas literarias. El ligero parpadeo con que, de soslayo, me veía el penitente acabó por angustiarme y fue preciso que el párroco me acorriera:

—Vamos a ver qué hacen esos buenos brutos en mi jardín.

Al respirar de nuevo el aire limpio de la plaza, reanudamos el diálogo:

—¿Verdad que es interesante? Además, ya yo estoy viejo y necesito quien me ayude.

—Y un teniente cura joven, buenmozo, y... arrepentido, le da cartel a la parroquia, sobre todo entre las muchachas.

El padre Regoyo amenazó pincharme con el cabo de su paraguas y suspiró:

—Si por mi fuera, ya mi curita estaría diciendo misa.

\*\*\*

Días después la presencia del padre Regoyo mañanero en mi casa, me sorprendió. Húmeda la cara y a medio vestir, salí a recibirle. En su rostro observé una transfiguración: un gesto de llanto que quería ser sonrisa y un brillo de lágrimas en la mirada. El buen viejo no podía contener la emoción.

—¿Apareció la corona? —le grité desde lejos, como para preparar el terreno.

Días antes habían robado la joya de la Virgen del Rosario, la corona de oro con piedras preciosas que tan bien le sentaba con su manto recamado. Todas las pesquisas habían resultado infructuosas para rubor del ateo jefe civil y para rubor mío, que pusimos suma de buena voluntad en hallar algún indicio.

A este recuerdo, ligera contrariedad nubló la faz del padre Regoyo, pero, inmediatamente, el clérigo recobró su placidez de trozo de campo después de la lluvia y apretóme las manos en jubilosa confidencia:

—Recibí cartas, recibí cartas... Mi pobrecito penitente podrá decir misa... Me da miedo la impresión que pueda causarle la noticia y, sin embargo, no quiero retardársela... Por eso te vine a buscar, para que me ayudes en el trance.

Salimos en busca del padre Verdaguer y lo hallamos en la plazoleta, a la sombra de un jazminero nevado de estrellas olorosas, en un banco rústico. Largo tiempo estuvimos hablando de las siembras, del paisaje, de la próxima festividad patronal y, como cayéramos en los oradores sagrados, me pareció oportuno el momento:



—Padre Verdaguer —le dije— dentro de poco oiremos a usted en el púlpito.

—Ojalá lo dispusiera así la Divina Providencia.

—Y el padre Regoyo... él tiene autorización.

Poniéndose en pie de un salto, Verdaguer me interrumpió:

—¿Es verdad, padre, que pronto podré...?

El viejo cura, atónito, vacilaba. Me miró con asombro, volvió la vista al penitente y vomitó las palabras:

—Sí, sí hijo mío. ¡Y para decir misa también!

La expresión del penitente cambió por completo. Se le hundieron los pómulos, se le agrandaron las orejas y se ausentó la sangre de sus mejillas. Pálido, apoyado en el tronco del jazminero, mecíase como si fuera a caer. El padre Regoyo lo sostuvo.

—¿Qué tienes?

El penitente, abrazado al párroco, abrumado, convulso como una histérica, repetía entre sollozos:

—¡Qué bueno es usted, usted es el mejor de los hombres!

Yo, entretanto, temeroso de aquella escena patética que podría resultar ridícula, avizoraba a todos lados por si alguien se antojaba de cruzar en aquel instante la plaza, desierta de costumbre. Lejos, encorvados sobre su cuadro, el jardinero y el ayudante no se daban cuenta de nada, pero experimenté un deseo loco de gritarles: “¡No vean para acá!”

Confieso que no dejó de conmoverme la escena.

El domingo la iglesia rebosaba de gentes del pueblo y temporadistas que habían ido a oír al penitente. Fluida, metálica, vigorosa, la voz del padre Verdaguer magnificaba a la gloriosa Virgen e increpaba al sacrílego que se había robado su bonita corona de oro con piedras preciosas.

Alternábase en velos de lágrimas, estallidos de cólera, unción de plegaria y ruegos conmovedores. La gente sentía que el curita les llegaba a lo hondo y a no ser por hallarse en el templo, lo hubieran aplaudido.

Tanto es así que, a la salida, una sirvienta decía a su señora: “¡Ave María Purísima!... Si el ladrón estaba hoy en la iglesia, de seguro que confiesa y devuelve la joya”.

Por desgracia no vimos el milagro. Transcurrió una semana y no apareció la corona; ni tampoco había aparecido tres meses después, cuando finalizando mi temporada agreste regresaba yo a la capital.

\*\*\*

Años después embarcábame en La Guaira a bordo del trasatlántico “Cádiz”, que izaba insignia gualda y roja y parecía estar lleno de chulos desde las bodegas a la toldilla. Caras y chispas de la chulería tenían marineros y camareros, el capitán y el capellán y los que en la tercera se hacinaban como piara, en torno de una cazuela de despacho y de una cantimplora de vino.

Entre todos estos típicos rostros ibéricos llamábame más la atención el de un joven a quien advertí al tercer día de navegar y poco después de haber hecho escala en una isla del Caribe. Alto de estatura y fino de facciones, al cruzarnos paseando por la cubierta me pareció sorprender en él una insinuación de saludo que disimuló en seguida, arreglándose la visera de su gorra a cuadros. Aunque el traje, por holgado, denunciaba su procedencia de un almacén yanki de ropas hechas, la tez morena del hombre, sombreada de azul por la afeitada reciente, y sus andares rítmicos en las caderas, me hicieron recordar los toreros y cómicos españoles que había conocido, pero no pude fijar a aquel rostro nombre ninguno.

Una tarde atracó el “Cádiz” al muelle de un gran puerto antillano, donde permanecería cuarenta y ocho horas que los pasajeros nos apresuramos a gozar bajando a tierra.

Por la noche, ya tarde, al entrar en un cafetín del malecón, un saloncillo azul donde Caruso enjaulado en un fonógrafo limaba el son melancólico de una canzoneta napolitana, vi a mi compañero de abordo, en un diván, extendidos los brazos apresando a un par de mujerzuelas que fumaban y reían. En una mesa de mármol, copas y botellas a medio vaciar y, cerca, las dos únicas sillas desocupadas, pues en torno de los otros veladores parejas análogas compartían júbilo y aguardiente.

Por la curiosidad que en mí despertaba aquel individuo, tentado estuve de ocupar una de las dos sillas, pero un rato de vacilación me hizo ver que estando con mujeres aquello era, por lo menos, una majadería de mi parte.

Pero, cuando me dispuse a marcharme, oí que a mi espalda me citaban. El hombre, agitando su gorra a cuadros, hacía-me señas:

—¡Eh, caballero, no se marche usted! Aquí hay sillas.

Cuando me excusaba como avergonzado de que hubiera podido adivinar mi pensamiento, agregó:

—Es un favor que le suplico; ¡me siento tan solo, a pesar de que estas nenas son tan cariñosas!... Vamos, con tal de que me acompañe le regalo una de las muchachas.

Y empujó hacia mí la que estaba más próxima. Su expresión y ademán delataron que no había sido parco en beber. Palmeteando y riendo, gritó:

—¡Muchacho, trae más aguardiente!... ¿Usted que toma?

—Whiskey y soda. Pero, antes permítame que me presente.

—Si ya nos conocemos hace muchos años, en su tierra de usted... ¿No se acuerda de mí, de Verdaguer?

Verdaguer... Verdaguer... —repetía yo haciendo memoria.

—Sí, hombre, con el padre Regoyo, cuando...

Rápidamente evoqué las figuras de tres años atrás:

—¡Ah, sí! El padre Verdagner, el penitente... Pero ¿quién lo iba a reconocer con ese traje? ¿Ahorcó los hábitos?

Por no ahorcarme yo.

Y quitándose la gorra me mostró el occipucio.

—Ya se está tupiendo la coronilla, de aquí a España no quedarán ni señales. Hice dinero en su tierra de usted; ¡qué país tan rico y tan caritativo! Pero estaba loco por quitarme la sotana que me estorbaba hasta para caminar...

Las mujeres soltaron el trapo de la risa. Campanearo el trozo de hielo dentro de la copa de whiskey con soda, veía yo en sueños mi lejano pueblecito, verde, blanco y rojo; y veía a su cándido pastor, el beatífico padre Regoyo, predicando que mejor que edificar en la tierra era echar cimientos de fe en los corazones ariscos. Recordaba el sermón inflamado del penitente y la corona de la Virgen del Rosario, robada sin que nadie pudiera sospechar quién había sido el autor del sacrilegio.

## Eclipse de sol

Arrodillada delante de la nena, su cabeza de rizos castaños a la altura de la rubia llovizna de cabellos lacios y recortados, le tiró con golpecitos nerviosos del garibaldi, le compuso el cuello marinero y, después de besarla en ambas mejillas, le dijo con maternal reproche:

—Ya sabes: derecho para la escuela. Después de la escuela, te puedes ir a almorzar a casa de abuelita... con mucho fundamento, ¿eh?, que yo te voy a buscar a la tarde.

—¿Y el eclipse, mamáita?

—Lo ves allá, con los muchachos, que tienen vidrios ahumados y aparatos...

—¿Es muy bonito?

—Yo no sé, nunca he visto un eclipse de sol, pero dicen que es muy bonito... Ándate, ándate, que van a ser las nueve...

Y poniéndole la cesta de libros en las manos, la condujo hasta el portón y se quedó mirándola descender, como una cabrita, por la enlajada cuesta de la calle de barrio; todavía, cuando llegaba a la esquina, le gritó, curvándose en el quicio:

—¡Cuidado con los automóviles!

Y al entrar, juntó tras de sí las hojas de la puerta, de madera pintada de verde.

Sola en la casa, pues, más bien adrede que por falta de recursos, no tenía servicio. Berta se puso a arreglar los bibelotes de la peinadora, a llenar la jarra de agua limpia, a lustrar los espejos, dando, de paso, un halago a su vanidad de mujer hermosa, al detener por instantes en la verídica mudez de las lunas el reflejo de sus ojos almendrados y la turgencia de sus hombros, duple descenso de un cuello de marfil —¡*Turris eburnea!*— por donde caballero en conquista, el beso de amor trepara a coronarse en el sitial de púrpura de sus labios gordezuelos... Pero, a saltos nerviosos, carreritas de pájaro, por momentos dejaba sus quehaceres de coquetería, para atravesar la sala y, abriendo un postigo, otear la calle solitaria, honda, llena de sol, de silencio y de moscas.

\*\*\*

De pronto un despertador sonó su alarma obligatoria:

—¡Las diez!

El pecho de Berta se esponjó en angustia de espera azucarada en deliquio. Sus sentidos se afilaron hacia el zaguán... Nada... Transcurrieron unos minutos largos. En el silencio parecíale que el despertador andaba a zancadas sobre el mármol de la mesilla. Un eco: un leve ronquido de goznes, un aldabón isócrono contra el maderaje, otra puerta que se abre y, en el corredor, un hombre.

—¿No te vio entrar nadie?

—Nadie... ¿Y la nena?

—En la escuela.

Pero...

—Va a almorzar casa de su abuelita.

—¿Y tu marido?

—Ayer recibí telegrama de Villa de Cura, sigue hacia el Llano...

—Entonces... podemos estar tranquilos.

Al rápido diálogo inquisitivo, de susto, de palabras entrecortadas como presuntas acusaciones, sucedió el golpe de las amarras que se sueltan, el ímpetu de las pasiones irresponsables y, en un arranque, salvando el tembloroso escollo de la mesa de mimbre, él se abalanzó sobre Berta, anidó en el cuévano de sus manos el haz de serpientes de los cabellos castaños y la besó en la boca y mordió la pulpa blanca y olorosa que se desollejaba entre los encajes del descote.

\*\*\*

—¿Sabes? —decía él— ahora tengo que venirme por la calle de arriba. El maldito boticario de la esquina de abajo me conoce, se ha fijado en mí, como tipo extraño en la parroquia, y, aunque esté detrás de las vidrieras, dándole al mortero, cuando paso estira el pescuezo como una grulla, saca la cabeza por sobre los frascos y sale a la puerta machucando sus píldoras...

—¡Ja, ja, ja! —la risa cristalina de Berta saltó como un diablejo por las canales.

—Estate quieta —regañó él, amoroso— sostén la vela firme, para que el vidrio se ahumé parejo.

Berta apoyada en el respaldo del silletón donde estaba su amante, puesto un codo en la mesa, hacía oscilar la llama con la respiración, mientras sus pupilas se clavaban en los párpados del hombre, que sacerdotalmente daba vueltas a la placa.

Detrás del patio, terminado en graderías, se encumbraba el fondo de la casita, construida en una calle de arrabal que aún no había dejado de ser canjilón. Por sobre la pared las molduras toscas de una pila acusaban un segundo patio; luego la chimenea de adobes de la cocina y, más arriba aún, los depilados gredales del corral, donde un copudo guayabo era moña que buscaba adornar siquiera la cachucha de almagre

de un tejado. En hilos de alambre, orébanse, marcialmente, piezas de ropa blanca, entre las cuales no faltaba la impudicia de un túnico y el ademán implorante de una camisa de dormir, colgada por las mangas.

—¿Cómo es un eclipse de sol?, interrogó ella; y sobrepuso: la nena me preguntaba ahora rato y no supe decirle.

—Pues, mira... un eclipse de sol es algo así como... la sombra de tu marido metido entre nosotros dos.

Berta frunció el entrecejo y se replegó a su silla pensativa.

—No digas esas cosas...

—Sí, tonta, prosiguió el mozo, tú eres en mi vida, el sol; tu marido, por razones astronómicas de un instante, fue tapándome tu luz, hasta oscurecerla por completo, pero...

—No, no sigas... por favor... Ya lo veremos... ya sabré cómo es...

—Bueno, anda, pon la ponchera, llena hasta el borde, en el medio del patio; y en el agua verás cómo un disco de sombra oscura y fría puede encerrarse dentro de un anillo de oro, un aro de fuego... Y con este vidriecito, podremos verlo también... Dame un beso...

\*\*\*

El cielo claro comenzó a enturbiarse con un vaho plumizo. De repente, como si los gredales del corral bostezaran invierno imprevisto, una brisa afilada acuchilló las matas del patio, que se cabecearon tiritando. En los hilos de alambre las toallas presumían de banderolas, los calzoncillos daban sucesivas volteretas de saltimbanquis y las camisas se paraban de manos. Un gallo desafinó su clarinada triste de media noche y, en campamento vecino centinelas alertas, otros clarines, desacordes, roncós o agudos, alargaron la falsa alarma.

Los dos amantes contemplaban el cielo. El sol apagaba entre cenizas espesas la lumbre de su tabaco; era como la miaja de un huevo nadando



en superficie de leche cortada y poco a poco tomaba el aspecto opalescente de un ojo con cataratas.

—Tengo frío, balbuceó Berta, aferrándose contra el hombre.

Lejos, un perro destorció medroso, interminable ululato, que lamía las nieblas con humedad de misericordia. La comba celeste se tornaba de gris en violeta, de violeta en malva y el disco de sombra mordía ya el de luz, con avidez glotona, arrancándole un pedazo, como a una miserable galleta.

—Tengo miedo, tornó a murmurar Berta. Y sintió que la mano del amante rodeaba su cintura y se aposentaba bajo las cúpulas de sus senos.

Los pájaros se acogían a los aleros y los follajes, chischibeando temores, aterrados de que una noche prematura les hubiera cortado la plenitud del vuelo.

El perro continuaba su sostenido lamentoso, las sombras se iban densificando; de las casas, de la calle venían ecos de voces como de tumba. Ya luz y sombra formaban un cabalístico monograma, una flava C mayúscula, detrás de una O siniestra.

—Esteban, Esteban, musitaba Berta, con voz de niño, tengo miedo...

El la estrechaba hundiéndosela en sí:

—Mira, mira ahora...

Le puso el vidrio ahumado ante los ojos. En aquel momento, en torno del disco negro, sólo brillaba un filo auricandente; parecía la boca de la trompeta apocalíptica, en cuya cuenca se sumergiera la sombra eterna. El ámbito oscuro era más bien cárdeno y en una tenebrosa sugerencia de Gólgota, las ropas del coral no se definían a la clara, sino bailoteaban, borradas en la penumbra, una abstrusa zarabanda de sayones fantasmales.

—¡No! ¡No! ...—gritó ella forcejeando y soltándose con sacudida histérica— ¡Vete! ¡Vete!

—Berta, ¿qué te pasa? —preguntó el hombre en súbita alarma.

—¡Vete! ... ¡Tú eres mi demonio! ... ¡Tú eres mi estigma! ... ¡Tú eres mi pecado! ...

—¿Pero, Berta? ... —inquirió él.

—¡Tú eres mi condenación!

Recostada de la pared, defendiéndose con las manos extendidas, fulgurantes los ojos en extravío, chillaba:

—¡No te me acerques, Ángel Malo! ... ¿Dónde está mi hija? ... Mi hija, que quiero que me bese, para que me purifique de los besos de este demonio.

Y al resbalar hasta el suelo contra el muro, continuaba gimiendo de rodillas:

—¡Perdón, perdón, Lorenzo! Yo te confieso...

El hombre trataba de calmarla y a los continuos rechazos retrocedió al centro del corredor. Electrizada, de un salto, Berta le rodeó el cuello:

—No, no te vayas... tú eres mi salvación, no me dejes; él viene y me mata... perdámonos juntos... en esta última hora debemos estar unidos en la muerte...

—¡Pero, Berta, ¡si no va a suceder nada! ...

—Sí, el cielo está bajo, me pesa en las sienes, lo siento sobre mi cabeza, como un castigo...

—No pasará nada . . .

Ella hundía la cara pálida sobre el pecho del hombre y las manos hábiles y amorosas de él suavizaban la fiebre de su cabeza atormentada. Parecía que a la caricia se fuera refrescando el espanto y sólo el hipo de los sollozos sacudía, mientras el cielo torvo entrecruzábase de présagos rumores y el viento polarizaba sus tentáculos. Poco a poco, Berta levantaba la cabeza, buscando con la vista el refugio del cuarto contiguo. La violencia de un empujón casi derribó al amante y un grito horrible estridió en el ámbito.

—¡Míralo! ... ¡Míralo! ... ¡El diablo! ...

En el cuarto, debajo de la cama, el gato, erizada la felpa negra y fosforescentes las pupilas, arqueaba terrores eléctricos en una fantástica postura.

El hombre sintió como si lo conectara aquella sobrenatural acumulación de fuerzas terríficas en un símbolo resumido. Trató de espantarlo con un puntapié, pero el gato se engrifó más todavía, bufando.

Berta desesperaba:

—¡El diablo! ¡El diablo!

Una energía salvaje poseyó al hombre. Agarró a la mujer por las muñecas, la empujó contra el ángulo de un rincón y, sujetándola con todo su cuerpo, le tapó los ojos y la boca con las manos. Ella trataba de morderle la piel tensa de las palmas y él le besaba la frente ardida.

Así, no vieron que la luz volvía desbaratando tinieblas.

Cuando dirigieron de nuevo los ojos al patio, el cielo estaba claro, venían ecos jubilosos como de un retorno a la vida, la brisa movía blandamente los trapos del corral y la copa del guayabo; y él, pasándole la mano por el cuello, le increpó con dulzura:

—¿Te convences, tonta de que no iba a suceder nada?

Y ella, respirando en fatigosa entrega, repuso:

—¿Por qué no sentiremos nuestro pecado sino cuando el mundo se pone feo?

—No sé. Tal vez por cuentos mal contados en la infancia... Ve, busca un brandy para que te tonifiques.

—Dos, querrás tú, jacaréó ella riendo; acuérdate de que hoy estamos solos y podremos almorzar juntos...

—¡Y besarnos más que nunca! ¡Y pecar más que nunca! —remató él, poniendo un anticipo sobre la boca gordezuela y picara.



## El atronado

—¡Sin duda, Vidoza tiene talento!

El director puso las pruebas sobre el mesón y con aire de magisterio agregó:

—Es de la madera de los periodistas, lástima que sea tan loco; le falta fundamento. Casi las dos de la madrugada y no aparece por aquí, a pesar que le recomendé mucho el editorial. Ya ven: ni Montesinos, ni Rangel, ni Pérez, supieron hacerme nada que valiera la pena. ¡A Pérez tuve que romperle tres veces los originales!... Se lo recomendé a Vidoza y no he tenido que tacharle sino un parrafito.

Haciendo voltigear los lentes de carey en la tirilla negra, el director gritó desde la puerta al jefe de los talleres:

—Arrieta, si viene Vidoza que le eche una ojeada al editorial!

Y se marchó por el pasadizo, voceando:

—¡Mañana ese artículo va a dar el palo!

—¡Si, oh, chico!... ¡Pero no me aumentas el sueldo!, —dijo en tono burlesco, cuando ya advertía lejos los pasos del director. Y después:

Por detrás de un estante surgió Vidoza, como una aparición:

—Este carrizo cree que con trescientos bolívares puede vivir un hombre que se estime.

—Cien menos gano yo, —murmuró Cañizares, el segundo de la corrección—, y, ya ves, soy casado...

—Yo no soy casado, pero tengo tres queridas... ¡Ah, Arrieta!

—¿Quieres ver las pruebas?

—Qué pruebas, ni pruebas; que las vea el Papa... Yo vengo a comerme un muerto frito. ¿No ha caído ningún muerto?

\*\*\*

En la vida farandulera del diarismo hay una costumbre trágica: comerse los muertos. Entre los chicos de la prensa, los verdaderos “chicos”, redactores y cronistas, los humildes laboriosos que tienen a cuentas “hacer el periódico”, gente alegre y nocharniega que no dispone de fajos de billetes, ni de la chequera del director, no tiene a su orden la caja del club, era necesario “comerse un muerto”, cuando, a altas horas, no cogía una descampada, con los bolsillos vacíos, la sed de whisky abierta, el crédito cerrado y a las puertas un auriga implacable, como un guarda aduana.

En medio del “trueno”, de la borrachera, del vocerío y del escándalo de mujeres, cuando el botiquinero inflexible a nuestros ruegos y promesas nos negaba un préstamo más, al palparnos la faltriquera escuálida, surgía la idea macabra, el recurso supremo, ir a buscar dinero al periódico. ¿Cómo? Pasada la medianoche las oficinas están cerradas, el hombre de los caudales, el administrador, duerme en su casa sueño beatífico, para levantarse con la aurora a echar números y contar centavos. Sólo quedan vivos a esa hora los talleres; en la corrección de pruebas se oye la voz del lector, monótono chorro de agua interrumpido a veces por un error de importancia o para darle un mordisco a la tostada que se enfría sobre una cuartilla mantecosa; dentro, los linotipos en atareo fingen un son militar de rápidas carga y descarga de armas; es la hora en que el frío y el sueño se meten en el taller como dos manos enormes que todo lo arropan; ya no se lanzan chistes ni bromas de chivalete a chivalete, ni se tiran pelotas de papel mojado, ni se cantan estribillos populares. Acaso alguno suspira por un trago de café o de aguardiente que le despeje la

imaginación y la vista. El mazo de la imposición da rudos golpes sobre la forma que va a entrar.

A esa hora, ¿quién podría tener dinero?

Los muertos nos salvaban.

Allí estaba Arrieta o el impositor de guardia para preguntárselo:

—¿No ha caído ninguno?

Al vernos aparecer con cierto aire gatuno, adulón, al darle un golpecito en el hombro, Arrieta comprendía que veníamos contra las invitaciones de entierros, el ingreso nocturno de los diarios.

Avisos grandes no “caen” de noche sino muy raramente; o por lo general son de casa de confianza, a quienes se les pasa cuenta. Los “económicos” y las tarjetas se pagan al llevarlas y el jefe del taller guarda el dinero para entregarlo, al siguiente día, al administrador.

Con mimo, brindándole una copia y pasándole la mano, en esos momentos de tragedia fantástica en que nos encontrábamos sin un real, sabíamos conquistar al bonachón de Arrieta, para arrancarle el producto de otras tragedias verdaderas, treinta o cuarenta bolívares para seguir la juerga.

Y nunca nos detuvimos a meditar que las orlas fúnebres y las cruces que en la hoja del diario adornan los nombres de aquellos que dejaron de ser cristianamente, enmarcaban también muchas veces, una página de nuestra juventud tormentosa, una noche de amor y de locura, en que cantamos la vida y la bohemia, mientras en otra parte, en tomo del féretro, se lloraba la despedida para siempre jamás.

Cuántas noches, impacientes porque no había “caído” nada renegábamos, al oír que de fuera nos llamaban con el golpeteo del timbre desde el pescante:

—¡Caray! ¿Esta noche no habrá ningún pendejo que piense emprender viaje para el otro mundo?

\*\*\*

—¡Ese Vidoza sí que tiene agallas! ... ¡Todas las noches se come un cementerio!

En efecto, siempre se nos anticipaba; cada vez que recurriamos a Arrieta, nos contestaba con una frase sacramental:

—¡Uhm! Lo que había se lo llevó Vidoza.

No le faltaba cada noche un baile, una cita o una juerga, muchos tragos en la cabeza, y la frase ritual del director:

—¡Qué lástima! Es un loco.

A pesar de la tez pálida, del cabello fino y lacio y de la nariz alta y aguda, Roberto Vidoza llevaba impresas en las facciones la huella de mestizaje. Irreprochable en el vestir, elegante, musculado; figuraba en los salones, galanteaba a las damitas de calidad, se le consideraba uno de los escritores de más talento entre los de la generación joven y sus amigos —como suele ocurrir a la gente de redacciones— lo eran todos, hasta los más empingorotados “sportmen” que lo invitaban a jugar *tennis* en las canchas del Paraíso.

Pero, su familia no figuraba en las notas sociales, ni llevó nunca a su casa un camarada.

\*\*\*

Hijo único de Balbina Iriarte, este apellido era el suyo. El de Vidoza no le correspondía legalmente.

Pero, aunque aquel Vidoza, que acabó por ir a morir en el hospital, se hubiera comportado canallamente, Balbina quiso que el hijo llevara el nombre de su padre. Para su corazón de mujer, sangrando siempre sobre aquel amor desgraciado, nada ni nadie en la tierra podía impedirselo: y desde pequeño lo acostumbró a firmarse Roberto Vidoza.



No era venganza del odio, ni póstuma piedad de perdón, sino un derecho justiciero; Balbina Iriarte se resignó a no tener esposo, pero le causaba un dolor enorme que su hijo apareciera sin padre.

Después de tantas lágrimas, ¡cuánto sacrificio y cuántas privaciones para educar al niño! Vigilias sobre la máquina de coser, noches enteras aplanchando, un teje y maneje con las casas de empeño, con prestamistas y corredores.

Sobre sus rodillas le enseñó las letras, luego lo envió a la escuela parroquial, después lo puso en un colegio de varones.

Vivaz, inteligente, Roberto aprendió pronto, pero un día, malos días de miseria, la madre no pudo sostener la pensión. Quiso retirar al niño y el maestro se opuso:

—¡No, señora! Yo no consiento en perder uno de mis mejores discípulos. Usted pagará cuando pueda, mientras tanto, déjeme al niño.

Y lo puso de profesor de geografía de los más pequeños. Desde entonces Balbina no tuvo que pagar la mensualidad del colegio. Roberto se graduó de Bachiller, pero a poco abandonó los estudios.

\*\*\*

La había dado por ser literato y, para ganar algo, le fue fácil conseguir empleo en un periódico, con el nombre que ya tenía y la recomendación de un escritor viejo.

Balbina Iriarte se dolía de la profesión escogida por su hijo. Ella soñaba un doctor, un médico, con la clínica llena de clientes, un abogado que defendiera ruidosos pleitos o un arquitecto que levantase palacios de maravilla...

Además, esa vida que había cogido Roberto y que parecía ser intrínseca de la literatura, una especie de obligación del oficio, la mortificaba mucho. No comprendía por qué, para escribir, debiera beber tanto,

emborracharse casi a diario, pasar largas sesiones en cenáculo en torno a las mesas de las botillerías, dormir fuera de casa, transcurrir hasta ocho días sin que se le viera la cara. En la redacción mismo no sabían de él durante semanas enteras.

Y de dinero para la madre, nada o casi nada. Ella llevaba la misma vida de angustia y desamparo de cuando él era niño. La pobre vieja se sentía mal, escasa de fuerza y las fatigas y depresiones del corazón la habían sorprendido muchas veces sola, completamente sola...

Eran cerca de las tres de la madrugada. Se detuvo un coche y rechinó el portalón de la casa colonial donde estaban las oficinas del Diario. Oíanse voces de hombres y mujeres:

—¡Anda, pues, chico!

Roberto cruzó los corredores solitarios, la sala de la corrección de pruebas, oscura. Para entrar en los talleres trató de disimular el paso tambaleante de ebrio y se enderezó, tirándose de las solapas del gabán.

Arrieta al verlo exclamó:

—Pájaro de mar por tierra.

—Tú no eres bruto... Una necesidad muy grande; tengo ahí a la Chinga y a Carmencita en el coche de Cara de Diablo... Estoy de a locha... Necesito comerme un muerto. ¿No ha caído ninguno?

—Esta noche la cosa está malojera, repuso Arrieta.

—¿Nada? ¿Nada?

—Hay por ahí dos económicos y una invitación pequeña, de a una columna; casi un pobre de solemnidad.

—¿Cuánto por todo?

—Doce bolívares.

—Vengan, yo me conformo.

—Te los doy si me ayudas a corregir la prueba. Toma, llévame el original.

Y Arrieta comenzó silabeando:

—Ha fallecido cristianamente la señora Balbina Iriarte, su hijo...

Roberto cayó de bruces sobre el chivalete más cercano. Se ahogaba en sollozos, convulso, y a la solicitud cariñosa del otro respondía bebiéndose las lágrimas:

—¡Es mi mamá... valecito... es mi mamá! ... ¡Qué malo soy yo... qué malo!

\*\*\*

Así llevaba, llorando, media hora.

El auriga, conocedor de la casa, se introdujo hasta los talleres y al verlo en aquella actitud, ignorante de todo, le tocó la espalda y le dijo en son de chercha.

—Roberto, ¿como que te pegó el plomo? ¡La cogiste llorona! ... Las muchachas te mandan a decir que las tienes secas!



## Aire de mar

Los tres eran primos. Juntos habían jugado en su infancia en el jardín de la casa de los abuelos, la casa grande donde aún se reunían a menudo a visitar a las tías viejas y beatonas.

Ella solo llevaba un apellido extraño en la familia. Saúz, y tenía en efecto esbeltez cimbreante de árbol.

El tren trepaba trepidando hacia La Guaira; y eran aquellos juegos de niños, en unión de los otros primos casi todos de la misma edad, lo que rememoraban durante la charla, al compás del balanceo de los vagones.

Arcadio, torcido sobre el respaldo de mimbre del asiento para dirigirse a la pareja que venía detrás—, soltó como un suspiro, absorto en la serena belleza de su prima:

—¿Recuerdas, Belisa? Entonces decían que tú te ibas a casar conmigo.

—¡Pero se casó conmigo, je, je!

Y la risa del marido resolvióse en un golpe de tos hepática y antipática.

Se miraron alternativamente y los tres sonreían. Belisa con suave vanidad de mujer que ha sido disputada, mientras por los ojos azules de su esposo cruzaba un relampaguito triunfal de acaparador y Arcadio con un esguince mordía el cigarrillo en la comisura de la boca.

—¡Tú siempre más afortunado!, repuso Arcadio; y, además, eras mayor y te hiciste hombre antes que yo.

Buscaba al hablar un tácito asentimiento en las pupilas de la mujer.

Ella bajó los párpados por decir lo menos.

El marido —ya no era aquel Fidel de los tiempos juveniles sino un hombre achaparrado, entrecano y amarillento—, se arrebujo en su sobretodo y volvió a toser, al escozor del viento frío de la sierra.

El tren seguía subiendo con la pulsación infatigable de sus émbolos.

\*\*\*

—¡Fidel, el mar!, gritó Belisa con alegría de muchacho, en ímpetu hacia la ventanilla del vagón. Arcadio sacó la cabeza por la ventanilla lindera.

—¡El mar! ¡El mar!

A las voces se iban asomando los rostros de los demás viajeros.

Por el abra de los cerros hirsutos se columbraba allá abajo una faja leve, como si el horizonte se estuviese fundiendo en aluminio. De pronto se perdió tras las escarpaduras; pasaron en rápidas visiones una casa de tejas, unas cercas de cactus, un rebaño de chivos, un túnel... El tren silbó duramente. El mar aparecía de nuevo, pero ahora más distinto y amplio, semejante a una azul bambalina que se arrugara. Junto a la playa caratosa del Lazareto la ola rubricaba en blanco.

Belisa miraba por aquella ventana errante hacia la inmensidad que parecía inmóvil. Arcadio miraba a Belisa. Su perfil duro, su blancura algo mate, la boca gordezuela y entreabierta y la caída suave de la garganta. El viento huracanaba en los cabellos.

De pronto una racha nueva los envolvió. Fue como si una gran boca les insuflara en los rostros un aliento tibio y acre. Era la gran boca azul del mar, cuyos pulmones expelen vida y tempestades. Con las narices en puntería aspiraron hondamente aquella primera caricia salobre. Olía a tierra de montaña, a carbón, a hierro, a yodo.

El tren se echó a rodar, patinando por una pendiente. Y cuando llegaron abajo, donde se distinguen ya las avanzadas sucesivas de las olas,

los cocoteros, los caseríos y los barcos, aún estaban ambos en las ventanillas, entre breves admiraciones y preguntas curiosas de Belisa, a quien todo sorprendía como nuevo. En cambio, Arcadio se obsesionaba con las pulseras flojas y tintineantes sobre el brazo blanquísimo de su prima.

Fidel tosía a cada rato, arrinconado entre molicies de mimbre.

El pulmón del mar les arrojó una poderosa bocanada de aire caliente que les hizo respirar con fuerza.

Era en abril y viajaban gaviotas por el cielo.

\*\*\*

Y, luego del paso fugaz por La Guaira y seguir a orillas de la costa, que les soplabla encima, azotándoles la cara con yodo y música de olas, la llegada a Macuto, al balneario elegante, entre sus revuelos de palomas y de trajes claros, sus abanicos de palmas y las pequeñas cúpulas movibles de las sombrillas de colores.

Aquí el mar parecía arreglado de encargo para la aristocracia. Un mar comfortable como esas pieles de bestias feroces que terminan en alfombras de sala rica, a los pies de las lindas mujeres; viejo romancero ronco, alquilado para divertir a los señores, va y viene y se resigna a modular lo mejor posible su tonada sentimental; se bate tranquilo, con pesantez de jarabe o de vidrio hirviente, trasluciendo sinuosidades verdosas, lametazos de añil y listas de azul claro en el moaré de la saya antigua, con que coquetea sin cesar desde hace siglos y sacude encajes de espuma sobre las cabezas de dogo de los peñascos.

Es un mar que a primera vista no sabe otra cosa sino arrullar sueños de enfermos.

Pero, cuando Arcadio y Belisa, después de haber dejado a Fidel en la casa de su hermana, donde llegaban a pasarse el domingo, se acercaron a la orilla del mar, no pudieron sustraerse a la influencia misteriosa y profunda del monstruo insaciable de caricias, cuyas ansias voluptuosas

a fuerza de lamer la tierra se la comen, poco a poco, a manera de esos hombres ya maduros y sabios en amor que se casan con una mujer más joven y la etican.

El mar soplabla su sinfonía. El sol arriba, casi en el zenit. Y primo y prima, junto al contrafuerte de la playa, viendo las olas, levantaban los brazos en signos extraños, en ademanes cabalísticos, rayaban con el dedo el horizonte en seguimiento de un vuelo de alcatraces o, de cuando en cuando, volvían la cabeza hacia el término de la alameda, hacia una casita de dos pisos, pintada de verde, semioculta entre uveros y en cuyo corredor se había quedado el marido, el pobre Fidel, en una mecedora, tosiendo.

Echaron a andar bajo la sombrilla abierta de Belisa. Los envolvía un hálito de calor y de luz; respiraban con animalidad. Él se le acercó mucho, casi le cosquilleaba en los oídos al hablarle:

—Yo te quería entonces, lo sabes demasiado, y te sigo queriendo... tú eres quien no me quiso, a quien cegaron de ilusión... Ahora yo soy más rico que él, más joven y sé vivir lo que poseo... Si también fueras mía, te hubiera hecho más feliz... ¡Todavía podemos ser dichosos!

—No, Arcadio, no... Tú sabes que no; yo no soy capaz de eso, se quejaba Belisa con un tenue reproche.

Tropezaron las manos. Y ella impulsivamente, inconscientemente apretó con fuerza. Un tinte de sangre en su rostro acentuó el arrebol de reflejos de la sombrilla sobre su piel marfileña. Separóse brusca de al lado del joven:

—Déjame, te lo suplico; es una imprudencia... Voy a bañarme.

\*\*\*

Junto a la mesita de latón, frente al cocktail repetido por tercera vez, Arcadio, fijos los ojos en el bambaleo de las olas, imaginaba a Belisa



dentro del baño; la imaginaba desnuda, translúcida, apenas cubierta por el ollejo húmedo de la camisola, altos los senos, fuertes los muslos, blanca, muy blanca, hundiéndose en el mar como una gran azucena invertida; y las aguas verdes que se levantaban a cubrirla, al resbalar en descenso por sus espaldas, por sus brazos, por sus caderas, hacíanle como una prolongación de sí misma, un onduloso ropaje acampanado, pero siempre como algo floral y viviente.

Era una evocación simbólica en la cual la mujer y el mar compenetrábanse y que Arcadio creía haber visto alguna vez en la portada de una novela erótica; y cuando al rato salió ella de la casa de baños, suelto el cabello y la toalla a través de los hombros, al joven parecía conocer ya el armonioso secreto escultural oculto bajo los pliegues de la bata.

Arcadio se puso en pie y fue a alcanzarla. Estaba radiante e impregnada de olores marinos. Se supondría que el mar, enamorado también, se había venido todo con ella; sus carnes tenían rosadeces de caracol y era como si del cabello empapado le colgasen algas y madréporas, como a una diosa de leyenda nibelunga. Arcadio no la miraba, la olía, la aspiraba, se la sorbía por todos los poros, la sentía en su ser íntimo, transformada en el mismo perfume recio que dimanaba allí de todas las cosas; y en la punta de sus dedos temblaba el deseo de sujetarla no fuera a disolverse en el aire, la luz, la música y el fuego coruscantes de esa playa...

Y hablando poco, regresaron a la casa.

\*\*\*

El almuerzo fue en familia, en un comedor estrechito, cerrado en romañilla, tras la cual la escalera del piso alto. Fidel y Belisa; la hermana de Fidel, recién viuda con tres niños, un varón y dos hembras; a la cabecera Arcadio.

Hubo vino que decía ser de Burdeos, al final el *pousse-café*. Y cuando se levantaron de la mesa, fuera ardía el sol sobre el atenazo color de lava y sobre la urente lámina acerada del mar. Brillo de metal en las aguas, brillo de cota de malla, de espadas ágiles entrecruzadas, temblor de azogue, como si en la superficie saltaran cientos de miles de millares de sardinas en espasmos de agonía. Un calor de campana de cristal al rojo blanco, suspendida en el ámbito, agobiaba. Cielo inmóvil, aire inmóvil; el mar hozaba apenas. Los ojos se iban cerrando. Los hombres molían una soporífera digestión, sentados en el corredor. Pasaba el tiempo estirando silencios. Dentro sonaron las tres.

—Si quieres echar la siesta, insinuó Fidel, observando que a Arcadio se le caían los párpados.

—No estaría mal . . .

—Allá arriba hay una habitación amueblada. Mi hermana y los muchachos todos duermen abajo.

El joven no se hizo de rogar, se levantó y fuese y cuando cruzaba por junto a la romanilla encontró a Belisa sorbiendo un vaso de jarabe con hielo. Tuvo una sorpresa vergonzosa, subitánea, a la vista de su prima; pero, se repuso y le dijo mirándole a los ojos:

—Voy allá arriba a dormir un rato, si puedo, mientras llega la hora de la playa.

Casi le hizo una señal imperativa con la cabeza y trepó la escalera a trancos.

\*\*\*

Era un cuarto largo, de paredes desnudas. En el ángulo un catre sin sábanas. Unos muebles de módico arriendo. La jarra, bajo el aguamanil, vacía. Una ventana abierta sobre la playa, por donde asomaba una rama de uvero y en ella dos palomas ovilladas en refugio de sombra.

Arcadio, en camisa, abierto el cuello, suelta la faja, se echó boca arriba en el catre. Por la ventana miraba el mar, un brochazo azul profundo y próximo; movía sin dormirse la cabeza enfebrecida, apoyada entrambas manos. Un pesadillesco fuelle de fragua soplabla candela en la habitación por la ventana arqueada como boca de horno. En la quietud cristalina todos los ruidos acrecentábanse y para él todos eran ecos de Belisa. Parecíale oírla hablar en voz baja, caminar, mover objetos allá abajo, respirar junto con el tic tac del reloj.

De pronto, unos pasos evidentes en la escalera, un desliz de la puerta y apareció ella. Traía contra el pecho una almohada y unas sábanas limpiísimas.

—Por Dios, niño, ¿cómo te acuestas así en ese catre pelado? Anda, levántate para tendértelo.

Y se acercó acomodando sin por qué los cigarrillos y los fósforos y la leopoldina del reloj puestos sobre el velador.

Arcadio extendió el brazo sin violencia y suavemente la tuvo por una mano; ella no hizo ningún esfuerzo por rehuir la caricia.

—Oye...

Incorporándose, la trajo a la orilla del lecho. Belisa se sentó, como si cayera. El mozo, trémulo y ardido de deseo, le corría las manos locas por dentro de las mangas de muselina:

—Oye, Belisa... tú me quieres... ¡Di que es mentira! ... Dame el beso que te he pedido tantas veces... No martirices más mi vida contra lo imposible...

Forcejeaban un poco. Las palabras salían a borbotones, las manos se encontraban para rechazarse. Las sábanas cayeron al suelo...

—¡Suéltame, mijito! . . . —Y en el mijito hubo ternura delatora de algo más. —Suéltame... Nos pueden oír. Este catre cruje... por el comedor anda mi cuñada...

Se levantaron casi simultáneos, con elación mecánica. Arcadio rodeóla por el cuello con sus brazos, la besó en la boca, estrujándola de tal manera que, bajo la furia de aquel beso, ella murmuraba, sin bríos: “mi vida, mi amor” ... y lenta, suavemente fueron cayendo sobre el entablado.

\*\*\*

En la noche, en la tertulia de la alameda, Fidel apologetizaba los aires marinos:

—¡Oh, el mar! ¡El mar es la gran panacea! Yo me siento regenerado; y no digo yo, observen a mi mujer: ella siempre tan tristonera y callada, está feliz, gozosa, le brillan los ojos, ¡parece que tuviera en sí algo nuevo!

Y, pasos más allá, en la sombra, en su vaivén de la baja marea, el mar cómplice reía burlón, cascajeante, arrastrando piedrecitas por el declive de la playa.

## El matador de palomas

—Yo no tuve la culpa, señor juez...

Y recostado sobre la baranda de caoba, cubierto el rostro con ambas manos, se curvó en un hipo de sollozos.

En la barra que apeñuscábase a las puertas del juzgado hubo un murmullo de comentarios. Decíase por las calles que era un hombre feroz, un monstruo, el asesino de aquella muchacha, conocida en el arrabal por el apodo de “La Pompón” y que amaneció muerta en su lecho, muerta sin sangre y con evidentes signos de violencia. Decíase de un borracho brutal que ni siquiera intentó huir a la acción de la justicia y hablábase de que la moza, a pesar de las duplicidades de su oficio, tuvo para con el criminal desdenes generadores de la tragedia.

Sin embargo, el que se veía ahora en presencia del Juez de Instrucción era un joven de veinte y cuatro años a lo sumo, huesoso y pálido, con el color enfermizo del mestizaje, la mirada estrábica bajo el carbonazo de las cejas y la cabeza grande y prolongada hacia atrás. Tenía cierta desenvoltura elegante en el ademán, mientras hablaba; y hablaba de una vez, mucho y sueltamente, como un alucinado; empero, tornábase lastimoso y miserable al derrotarse, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo y hundiendo en el pecho la barbilla.

—Explíquese, vamos a ver, sea más preciso en sus declaraciones.

Alzó la cara, se secó los ojos y tomó la palabra torrencialmente, con un gesto abstracto, como si mirara dentro de sí mismo y hablase sin auditorio:

—Sí, no lo niego, fui yo... yo la mate, la mataron mis manos... pero, ¡yo no tuve la culpa! Ella no me había hecho nada, al contrario, se mostró siempre cariñosa y buena. La conocí una noche de tragos, la hice mi querida y de tres semanas atrás dormíamos juntos en una cama. Yo la quería, estaba enamorado de ella con locura, pero era muy blanca, ¡demasiado blanca! ... La culpa fue suya, de esa blancura excesiva en una mujer, una cosa viviente no debiera ser tan blanca ni tan blanda, porque resulta peligrosa para un hombre enfermo como yo... ¡Ya ve usted hasta donde me ha traído la desgracia! ... Yo padezco de una sensibilidad nerviosa, aguda, concentrada en las manos; a mí me ha asustado siempre acariciar a los niños; a alguien, a los ciegos, por ejemplo, debe de ocurrirles lo que a mí, que a veces pienso, siento y comprendo con las manos... Toco en la oscuridad y adivino algo más que las formas exteriores. El tacto domina en mis sentidos y la voluptuosidad de mis manos supera a toda otra vibración de mi ser, que afluye íntegro en una corriente impetuosa a la punta de mis dedos... Fue lo que sucedió; ella era blanca y tibia, tenía una blancura de paloma... ¡Ah! Eso es, parecía una paloma... por eso la maté... No, no; su blancura no tuvo la culpa, yo he visto muchas cosas blancas y jamás les he hecho daño... Ya recuerdo claramente: la maté porque parecía una paloma... Ahora sí voy a poder explicarme con precisión y el señor juez verá como no soy yo quien tiene la culpa... Permítame un momento rememorar hasta los tiempos de mi infancia: cuando niño viví en el campo durante varios años; mi casa tenía un corral muy grande, con árboles, gallinas y un palomar... Había muchas, muchísimas palomas, de tal manera que mis padres vendían los pichones o se los comían. A papá le gustaban extraordinariamente. Cuando querían comer pichones, era yo el encargado de matarlos, porque a mis hermanitos les daba lástima. Aprendí a matar palomas en mis correrías por el monte con los demás muchachos... El señor juez debe saber cómo se matan: se cogen por el pechito,

entre las dos manos, así, formando una tenaza que parezca un nido, y se aprietan, poco a poco... En las palmas de las manos repercute el latido del corazoncito... taquí... taquí... uno aprieta más y el latido se va apagando lentamente, hasta pararse por completo... Las palmas de las manos recogen la última palpitación, apenas perceptible, la paloma estira las patitas en un espasmo agónico, abre el pico y se le descuelga la cabeza... no queda sino una pequeña masa tibia y blanda, descoyuntada, que ya no tiene importancia... Desde entonces adquirí el afán de estrujar todo lo blanco, suave y palpitante... ¡Ella era tan blanca! Tenía en el cuello una viva turgencia de paloma y el pecho subía y bajaba rítmica y armoniosamente. Aquella noche dejé el libro que estaba leyendo acostado junto a ella y me puse a mirarla; la contemplé largo rato sin atreverme; despedía una tibieza de inocencia inofensiva; en la penumbra de la alcoba, las sábanas, las almohadas, tenían blandura de plumaje y por la garganta de ella corría un ronroneo completamente animal... se me engarfiaron los dedos... yo no quería, pero una tentación imperiosa me aconsejó: no le voy a hacer nada— me dije— no la maltrataré, no será sino una prueba; y alargándome junto a su cuerpo, como un reptil contra una pared de mármol, mis manos alcanzaron el pescuezo... Después, ¡oh, qué locura! ¡Qué formidable descentración! Todo yo estaba en la punta de mis dedos, torcidos, apretando, apretando... Jamás había sentido un corazón tan grande para su marcha dentro del hueco de mis manos... Yo no la vi, no pude mirarle la cara, pero sentí su cuerpo desgonzarse en el último estertor... Ya comprenderá, señor, que no es mía la culpa; yo me acostumbré desde chiquito a matar pichones para que papá se los comiera.





## Marcucho, el modelo

*A la memoria de Pablo W. Hernández, alumno que fue de la Academia Nacional de Bellas Artes, en la cual se despertó su espíritu de artista a las verdaderas emociones de la belleza, y donde, en cordial camaradería, adivinamos la grandeza de su alma y de su talento.*

Cuadrado de espaldas, liso y apelmazado el cabello, que se partía en una raya recta, casi sobre la sien izquierda, teniendo en el color un vago reflejo ambarino del indio ancestral, Marcucho, el modelo de la Escuela de Pintura, a primera vista confundíase con un mandadero cualquiera, con un individuo sin relieve ni importancia, acostumbrado a cargar carretilla, o a encorvarse bajo la mole de los fardos.

Su estatura baja, sus blusas de dril descolorido entre los estrujones de la batea y la caliente opresión de la plancha, sus manos entretejidas de gruesas venas y siempre colgantes, congestionadas al peso de la sangre, no revelan la menor particularidad que pudiera destacar junto a los demás hombres de su clase.

Pero, Marcucho era un elemento primordial de belleza para el grupo de aquella incipiente Academia. Cuando, despojado de la ropa, subíase a la tarima del modelo, asumía a los ojos de los estudiantes proporciones inconmensurables. Desnudo crecía. Adquiría una alteza espectacular de ilimitadas proporciones para los alumnos, que lo miraban, con los párpados entrejuntos, lamiendo con la vista los variables secretos de su armoniosa contextura. Al saltar a la tarima, en ágil pirueta que hacía sonar la tabla al golpe de los talones y al erguirse en una pose preparatoria impensada, dijérase que con un impulso muscular se estiraba como si recóndito sentido de la plástica lo magnificara, lo elevase de su

condición vulgar de hombre del pueblo a una simbólica serenidad de sacerdocio y de mando.

El cajón destartelado prestábale trono. Dominando su cabeza por sobre todos los que le rodeaban, cualquiera que entrase al salón en horas de estudio lo primero que vería al abrir la puerta era a Marcucho, imponente e inmóvil como un dios o pensativo y ceñudo como un personaje de tragedia griega o a veces en una contorsión resignada de mártir cristiano.

Los demás, en torno suyo, doblegados sobre los caballetes o sobre las tablas de dibujo, parecían venerarle sumidos en devoto silencio.

Al chichisbeo del carboncillo o los pinceles sobre el grano del papel y de la tela, buscaban fijar el contorno estatutario, apresar en líneas firmes la amplitud del tórax, abombado al ritmo de la respiración potente; el torso lleno y duro como una montaña; la red de sus músculos pujantes sin alarde, eslabonados en suaves declives, la cadera saliente y brava, las piernas sólidas...

O en afán ferviente perseguían —ya logrado el trazo— en la reciedumbre de la masa los secretos del claro oscuro que torturan y enfebrecen al artista y que en el cuerpo moldeado de Marcucho ascendían hasta los tonos cálidos del cobre, envolviéndose en grises mortecinos, en dulces ocre, con reflejos azuluscos y verdores inasibles, valores que se mezclaban, se desvanecían, se profundizaban en la gama e iban a ahogarse en las frescas oquedades del rojo de Venecia y del sepia. La cabeza retostada, soleada, se cortaba a base del cuello en una línea precisa como el plumaje tornasol en el cuello de las palomas montañeras; luego los hombros, el pecho, el vientre, lividecían en tenues luminosidades que resbalaban a flor de piel, iban a dividirse en las piernas, como la horqueta de un río de aguas opalescentes bifurcadas por un islote fértil y sombrío, devanescencias relamidas que se arremolinaban en el nudo rosáceo de las rodillas.

Abajo, más abajo, los calcañares donde engañosos bermellones fundidos entre sombra, con las vetas protuberantes de arterias y de nervios, le daban la fortaleza y el apoyo de un zócalo rotundo. Y los pies, pesados como cimientos.

Para los presuntos artistas el cuerpo de Marcucho era un universo de cotidianos hallazgos.

¿En qué pensaba Marcucho, mientras encaramado en la tarima aguantaba inmovible las horas de pose de la Escuela? En ese largo ocio mental, donde las ideas se adormecen como bajo la influencia de un exceso de cigarrillos, ¿qué visiones, qué recuerdos, qué propósitos pasarían en lenta tornavolta por la mente del modelo?

En los descansos, sentados al extremo del cajón, con las manos entrecruzadas sobre las rodillas, ¿era cansancio, resignación o menosprecio de toda voluntad lo que doblegaba su espalda y hundía su barba entre los pulgares, dilatando sus pupilas en abstracto espionaje del vacío?

Silencioso, aliviando su forzada inmovilidad en otra inmovilidad nueva, Marcucho parecía reflexionar o idiotizarse en la monotonía de su trabajo al igual de un burro de noria.

Pero, no, Marcucho había nacido para aquello. Amaba instintivamente su oficio, se sentía partícipe de la obra de arte como el tipógrafo incluye algo de su ser en las ideas que compone. Amaba su tarima como este se apega al chivalete, como el marino al barco; y como el marino, al erguirse en su cajón, pensárase de pies en una proa escrutando, fijo, lejanías de horizonte de donde hubieran de surgir fantasmagóricas corporeizaciones de antiguas leyendas.

Había nacido predestinado. La mano modeladora de la greda humana le hizo una caricia antes de echarlo al mundo y ennobleció su barro tosco. Ya consustanciado con la belleza esencial, al hacer un movimiento elástico, al caer como involuntariamente en una actitud eurítmica, sonreía satisfecho y orgulloso si algún estudiante entusiasmado exclamaba:

—¡Qué bien está así! ... ¡Quédate así!

Y sonreía también, sin perder la posición, a las bromas habituales de los pintorcetes:

—Marcucho, no muevas la oreja izquierda.

—No engurruñes el dedo gordo, Marcucho.

—Caray, Marcucho sí que tiene la piedra del zamuro para las mujeres. ¡Dios como que le echó la bendición con la zurda!

Y reprimía la carcajada, moviendo sólo en vientre, cuando un dicharacho obsceno estremecía la parvada estudiantil alborotándola en cacareo de gallinero.

Cumplía su trabajo con severidad de ritual. En ocasiones iba de caballete en caballete observando las “academias”. Miraba los dibujos y luego se miraba sus propios brazos y sus piernas, en comparativo conocimiento de su cuerpo como si se lo supiera de memoria y lograra verse entero a sí mismo. Su espejo multifaz, durante años de años, lo tuvo en las tablas de dibujo y parecía exponer un gesto desaprobatorio cuando alguno lo reflejaba deforme o sin semejanza. Y, con humildad, preguntando: “¿lo necesita?”, solía pedir un estudio que le gustara entre las innumerables imágenes suyas que poblaban la Escuela, clavadas por aquí y por allá o tiradas por el suelo, para llevárselo a “su pieza” cuyas paredes eran un museo unipersonal de sí mismo.

Ya para los últimos tiempos, Marcucho se entregó al alcohol. Bebía demasiado. Las facciones se les fueron abotagando, enflaqueció algo y los tonos rojos de su encarnadura se iban tornando más calientes. A veces, al tomar la posición, lo sacudía un latigazo nervioso, pero, luego, en pie, apoyado en la vara, se mantenía rígido, sereno, delatándole sólo un casi imperceptible movimiento giratorio, como el de una peonza.

Por fin un día, después de tantos años de haber sido el modelo predilecto, el único, Marcucho faltó a las sesiones y al cabo de una semana

llegó a la Escuela la noticia deplorable para todos: había muerto en el Hospital.

\*\*\*

Pulpa de anonimia, corazón sin amores inmediatos, balsa a la deriva, su cuerpo sepulcral no dio con el puerto y encalló sin reclamo sobre la mesa del anfiteatro; él, que había servido para que lo estudiaran por fuera, se ofrecía íntegro en el momento de abandonar la vida para que lo estudiaran por dentro, como esos muñecos sin más voluntad que su destino, a los cuales los niños curiosos, hastiados de jugar con ellos, les sacan el aserrín.

Llegó el profesor seguido de los estudiantes a la clase de anatomía práctica. Rodearon el cadáver y comenzó la postrera lección de dibujo para Marcucho, que, inmóvil más que nunca, resistía la pose definitiva. Comenzó la lección y los bisturíes afilados como carbonillos iniciaron el trazado, ya no sobre el papel y el lienzo, sino sobre aquellos mismos músculos moliciosos, siguiendo la red de los nervios, perforando la carne empalidecida, abriendo como las páginas de un libro secreto el pecho magnífico... En medio de su perorata didáctica y de sus minuciosas explicaciones, el profesor se empinó en un súbito ¡oh!... Y después de una pausa alargó la exclamación, acomodándose las gafas:

—¡Oh, qué anatomía tan estupenda la de este hombre! ¡Vean ustedes qué admirable! ¡Debe tener un esqueleto precioso, precioso!

Los discípulos se inclinaron sobre el muerto siguiendo la lección del maestro, como sobre un mapa. El profesor se entusiasmaba con los músculos, con las arterias, con las vísceras. Lo iluminaba un gozo risueño y sapiente. E interrogó:

—¿Este cadáver no tiene reclamantes?

—No tiene ni familia —respondió un estudiante burlón.

—Pues, vamos a aprovecharlo; en la sala de anatomía de la Universidad, prosiguió el maestro, nos hace falta un buen esqueleto: este es un bello esqueleto, ¡perfecto!

Era la consagración total de Marcucho. Los estudiantes se dieron de nuevo a la tarea; pronto desbarataban articulaciones, desprendían miembros completos, limpiaban huesos hasta dejarlos mondos, encumbraban montículos de carne sanguinolenta, en sugerencias de matadero.

Ya de Marcucho no quedaba sino una masa fragmentaria. Pero, luego apartaron con cuidado su osamenta, la calavera de ojos estupefactos y sin luz, los fémures gruesos como piernas de buey...

Y, más tarde, en procedimiento macabro que legaliza la augusta ciencia, lo cocinaron, lo hirvieron, pulieron sus huesos como valiosos marfiles, armaron de nuevo el esqueleto, soldando y embisagrandando las piezas y allí, en el anfiteatro de la Universidad, dentro de una larga caja, colgado por el centro del cráneo con un alambre de acero, está Marcucho, sin carne, sin nervios, sin vida, en su última pose, predestinado a servir hasta más allá de la muerte para el estudio de la belleza y del dolor, porque antes de echarlo al mundo la mano modeladora de la greda humana le hizo una caricia y enalteció su barro tosco.

## Los pierrots negros

Pierrot siempre había sido blanco, todo blanco y melancólico hasta la faz; blanco, solo y triste, con grandes botones negros y su gorrilla de punto de media a manera de solideo.

Fue el Círculo de Bellas Artes, aquella extinta asociación de pintores y otros artistas jóvenes, quien introdujo en Caracas el modelo del pierrot negro, que a título de novedad y elegancia pronto lo imitaron, modificaron y multiplicaron en pierrots con galas de todos colores, siempre sobre la veste negra; esos que ahora, en llegado el carnaval, vemos con tanta frecuencia apresando en cálices de tul, rojos, anaranjados o azules, a modo de extrañas flores vaporosas, el rostro sonriente y grácil de las mujeres que pasan trepadas en los capacetes de los carruajes.

\*\*\*

Pierrot siempre había sido blanco y melancólico y al tornarse en negro no pudo abandonarle la ingente melancolía de su destino; así la historia de su metamorfosis, que en su origen fuera oleada de risueña, cascabeleante juventud, viene a desvanecerse en el recuerdo, en el horizonte borroso donde anhelos y cariños, alegrías y miserias, ensueños, amores y esperanzas pasadas, se funden y levantan en un vapor frío de toda frialdad y tristeza y en cuya nébula, apenas coloreada por resplandores de crepúsculo, brilla como la bengala solitaria de una estrella, la gota luminosa de alguna lágrima.

\*\*\*

Última reliquia de paganía, fiesta de dioses cándidos y obscenos, el carnaval subyuga más que a nadie a los espíritus hechos al color y la música y los desbordes de franca libertad.

El carnaval —dígase lo que se quiera— es en su barullo fiesta de arte, donde cada quien pone su pincelada, desde la grotesca y primitiva hasta la depuración de la más femenil delicadeza.

Por eso la mayor parte de los artistas lo aman y el Círculo de Bellas Artes, en pareja de otros de igual índole —gente moza y ruidosa, por ende— todos los años organizaba su comparsa, buscando la nota de la originalidad y de la gracia fina.

En cierta ocasión, después de alegres controversias y deliberaciones en el Círculo, no se llegaba a un acierto con el disfraz del año, hasta que alguien propuso unos “pierrots al revés”.

¿Cómo al revés? Pues, muy sencillo: unos pierrots negros, con los botones y los cuellos blancos... todos iguales: era algo de gusto muy francés y barato; hechos de tafetán o de un raso cualquiera...

Y, pocas noches después, partieron en bandada como de un nidal promiscuo, los pierrots negros, agitando sus amplias hopalandas y su bullanguera alegría por plazas y bailes.

Más que pierrots leyendariamente tristes, parecían grandes pajarracos torvos enloquecidos de pronto por el contagio de los cascabeles.

\*\*\*

Solo, fatigado, zabullido en la nada entre los brazos de la poltrona, viendo caer sobre mis rodillas en pliegues de luciente negro la túnica pierrotesca, agotaba el cigarrillo de una cena de restaurant tardío.

De cuando en cuando y en la calle, el tintinear de unas colleras, el bocinazo de un auto. Una risa por allá adentro ...

Era imposible reunir a los compañeros; andábamos todos desapersegados; la comparsa disgregábase en fiestas y aventuras distintas, cada



quien por su cuenta y, si acaso nos encontrábamos dos bajo las máscaras, debíamos preguntarnos quiénes éramos —tal la uniformidad— y reconocerse para separarse en seguida, con premura y un pretexto a base de un plazo o de una cita jamás cumplida.

En lo relativo a la circular unidad de otros años, los pierrots negros habían sido fatales.

—¡Qué bonito tu disfraz! ¿De qué es, ah? ...

Al levantar la vista la reconocí en seguida, aparte de que no había cambiado mayor cosa, ni hiciera tanto tiempo que dejara de verla. Era Isabelita, una de las tantas Isabelitas, amiga de noches salteadas, amorosa de cualquier momento y olvido de cualquier madrugón, romántica de versos en alcohol y jayana de tabernas con apodos de casino, reina del disparate, hija del qué hubo, timón del mañana sabremos y afiliada a los ayunos de hartura vieja, pero espiritualizada por la bondad de su indomable alegría, con filos de inteligencia a fuerza de reírse brutalmente de todo y respuntes de sentimentales congojas afirmadas por experiencias de camello.

Su blanco de perlas excesivo, el cerco que profundizaba la negrura de sus ojos indianos y la ficticia frambuesa de sus labios, descomponían por momentánea seriedad en gestos de languidez, de verdadero pierrot, la máscara de su tragedia vulgar, inconsciente.

—Siéntate, acompáñame.

—No, ahora no, chico. Estoy con unos mozos. ¡Venme a buscar mañana, me llevas un disfraz de esos y pasamos un carnaval de flor! ...

Me dio una dirección arrabalera, un mordisco en el pabellón de la oreja y, batiendo la mampara del salón, salió en carrera, entre risas.

La mampara quedó un rato oscilando pendularmente sobre mi aburrimiento.

\*\*\*

—Para andar solo por ahí, yo no me disfrazo más, me había dicho Federico Delgado, el joven pintor, uno de los compañeros de Círculo:

—Entonces, préstame tu pierrot.

—¿Para qué?

—Para una amiga.

—Guá, velo a buscar.

aquel año Isabelita, la bohemia, y yo, disfrazados de pierrots negros —ella con el disfraz de mi amigo— apuramos la locura hasta el frenesí de la alegría.

Pájaros locos, sin más deberes que cantar a la juventud y al amor triunfantes sus triunfos percederos, arrastramos, gorjeándolo en risas, nuestro atolondramiento por donde quiera que el carnaval erigía sus altares de papel pintado y sus coros báquicos atronaban el azul estrellado de las noches febre-reñas.

Discordancias de gritos entre el enlace de una serpentina y la escarcha policroma de los papelillos, en el carruaje lanzado al trole por los claros de la avenida; en las tardes, la libertad de meterse con todos, bajo los antifaces alcahuetes, y —después de la comida a la ligera en el restaurant— otra vez a la juerga, al coche, al baile, en un ímpetu de agotar el placer y el alcohol.

Cuántas veces rodamos abrazados, como dos gatos negros, por el suelo inmundo de los mabiles, agarrándonos a las piernas de los demás, entre protestas y carcajadas; cuántas iniciamos un coro en rueda, en medio de las parejas furiosas; y cuántas los ojos turbios del amanecer nos vieron desayunando a la puerta de un figón o en los puestos del mercado, con arepitas y un brebaje que, en honor a Momo, se disfrazaba de café.

—¡Qué gozar! —repetía a menudo Isabelita restregando contra mí su cuerpo en donde se juntaban flexibilidades voluptuosas y achaparramiento de flacura.

Y a la hora en que la luz de los arcos se vence ante el día, emprendíamos, apoyándonos uno en otro para tambalear menos, el camino de la calleja sórdida y de la casa aquella encalada y estrechita, donde, como si no nos hubiéramos besado toda la noche durante la lujuria descoyuntada de los pasodobles, buscábamos el reposo abrazado, entrelazados, besándonos todavía...

—¡Qué gozar, mi amor! —decía ella chupando a ratos su cigarrillo y levantándolo al extremo de su brazo desnudo, como un lápiz con que escribiera en el aire parábolas de humo. Y yo, empeñado en tomar el sueño que me impedían los nervios en tensión y el martilleo de una tos frecuente, pregunté una mañana:

—¿Quién tose tanto en el cuarto de al lado?

—Cándida Rosa, mi hermana.

\*\*\*

Después, cansancio, deudas, sal de frutas...

Vino el Miércoles de Ceniza y los dos trajes de pierrots negros, quedaron, ajusticiados sombríos de las tradicionales creencias, colgantes en dos clavos, sobre la pared de cal, en cuarto de Isabelita.

Habíamos hecho muchos proyectos para después de la Ceniza, pero yo no volví más a la casita aquella de la calleja sórdida, ni en mi nueva vida de corrección, casi de arrepentimiento laborioso, volví a saber más de la muchacha con quien compartiera todas las horas en una semana de existencia loca.

Federico Delgado fue a buscarme un día:

—Perdona, chico, me dijo, que te reclame esa pequeñez, después de tanto tiempo, pero tengo una modelo preciosa, una rubia linda, y se

me ha antojado pintarla en traje de pierrot negro, entre unos cojines de color, a la luz de una ventana de cristales... ¡Verás! Será un efecto bellísimo... ¿Me haces el favor de devolverme mi traje?

Di una disculpa: estaba, junto con el mío, en casa de Isabelita. Se lo llevaría al taller... ¡Qué diablos, aunque corriera el peligro de recomenzar la juerga... sin disfraz!

\*\*\*

—¡Isa! ... ¡Isa! ...

Apareció en chancletas, por la puerta que daba al corral y arreglándose, en habitual impulso de coquetería, la cabellera en desorden.

Llamándome ingrato y sinvergüenza vino hacia mí y me tendió las dos manos, riendo; cuando le dije el fin de aquella visita a deshora, hizo un gesto de espanto, abrió mucho la boca, aquella boca de donde ni para asombrarse huía la risa y me repuso:

—¡Ay, mi hijito! ... Yo creí que no ibas a volver más por los vestidos esos! ... Del carnaval en ocho, ¿tú no sabes?, murió Carmen Rosa, mi hermana, y como yo no tenía con qué comprarle ropa de luto a las huérfanitas —porque Carmen Rosa dejó dos chiquitinas, tú sabes— como eran negros, cogí los pierrots y los piqué: los pierrots con que habíamos gozado tanto! ¡Lo que son las cosas chico! ... Mira: allí están las nenas.

Sentadas en el suelo, bajo el sol de las once de la mañana, junto a la música del chorro y entre las macetas de “novios”, las dos huérfanitas jugaban con nada, como juegan los muchachos pobres, y conservaban en sí cierto aire de pierrots negros que parecía investido por algo sobrenatural e intangible, luminoso y romántico, como el alma misma de las leyendas y suave como el perfume que se esparció en las horas de nuestras pasadas venturas...

## Obsesión

—¡Marisabel! ¡Marisabel!

El grito de la vieja se abocinaba por la puertecilla de la cocina abierta al corral. Un soplo de brisa sacudió una mata de *gallitos* y las semillas cayeron repiqueteando una risotada burlesca. La muchacha saltó de una enjalma que, a tope de un cajón, le servía de parapeto para hablar con su novio, Luciano, por sobre las bradas florecidas de pascuas en aquella mañana de diciembre, lisa, fría y azul como una hoja de cuchillo.

El pasitrote de un caballo se alejaba por el camino lindero.

\*\*\*

—¡Marisabel! —repitió el eco, acurrucándose lejano tras unos naranjos.

Y cuando la muchacha se presentó al fin, fingiendo que se secaba las manos en el delantal, desbordóse iracunda la voz materna:

—¿Dónde estabas metida, demonia?

—Le estaba poniendo agua a los pollitos.

—¿Agua a los pollitos? Las criaturas de Dios tienen bastante con la que Él les da. ¿Por qué no te has vestido para misa? ¡No me respondas, que yo sé! Porque le estabas avisando a ese muérgano que íbamos a misa de siete; ahora no sales de casa en todo el día, ¿sabes? Mira: tú vas a traernos la perdición encima; ya me duele el hocico de decírtelo: ¡qué no, que no y que no! Que no queremos amores con ese hombre y aunque te haya jurado palabra de matrimonio, no te casas con él mientras tus padres tengan los huesos de punta, ¿comprendes? ¿Tú crees que si

ese mozo sirviera para algo, no buscaría una cosa mejor que tú entre su gente de Caracas, en vez de venir a enamorar una campurosa? Pero, él no es sino un sinvergüenza, un borrachín, un pendenciero. Por eso está aquí zampado en la hacienda y en el pueblo no pueden aguantarlo. Quítate esos humos de la cabeza, mijita; si no, ¡vas a ser muy desgraciada!

Contra amenazas, encierros y sermones, María Isabel, la chinga, se casó con Luciano.

Fue la boda un acontecimiento en el pueblecito lleno de granjas y de casas cuadradas que parecían haber caído rodando del Ávila y que al resbalar por las laderas se hubieran traído engarzadas en los picos de las tejas las enredaderas de los barrancos.

Para los rústicos significó un escándalo del que no había igual de muchos años atrás, cuando la hija del farmacéutico se fugó con un secretario de la jefatura civil; para los temporadistas de la capital un chisme distinto a las hablillas de su círculo. El suceso se comentó en las cocinas, junto a las zubias de los sembrados, en la estación del ferrocarril a la hora del paso del tren y aún más en las tertulias aguardentosas de la ranchería donde Luciano era *tercio* obligado.

—¡Luciano se sacó a la chinga!

Pero, a los pocos días de tenerla en la hacienda, se casaba con ella, con ostentación, como desafío a la repulsa de los padres de la niña.

—¡Era verdad que la quería!

\*\*\*

La pequeña iglesia poblana de una sola nave, se vio en la noche nupcial atestada de curiosos. La muchacha estaba linda con su velo de novia, sus azahares, su naricilla retadora —sobre la cual los ojos almendrados de mestiza parecían ver alma adentro— y su barbilla partida en dos como algunos duraznos parchos.

El novio, muy serio, muy brusco, respondió a las preguntas rituales del sacerdote:

—¡Sí, la quiero!

\*\*\*

Luciano no había vuelto más a la jugada, ni a la gallera, ni frecuentaba los joropos, como antes, con el pelo de guama ladeado, el liquilique abierto, dejando ver en la faja burrera, como un alarde, la cache de nácar del revólver.

Pero una noche, a las diez, se metió jinete en la pulpería, sofrenando el caballo cuando iba a llevarse de pecho el mostrador y lo saludaron con eco múltiple y jovial: —¡Adiós, cara!

\*\*\*

—¡Yo conozco esta cara!, la dije al recibirme con un “¡guá!” admirativo.

—¿No me recuerdas?, preguntó después, poniéndome ambas manos sobre los hombros y acercando su rostro al mío, como para la identificación por el aliento capitoso de rosal campesino: María Isabel.

—¡Marisabel! ¡La chinga! ¿Tú aquí?

Era la misma, fresca, empulpada, restregona con los hombres, haciéndose acariciar a modo de una bestezuela doméstica, pero con ojos evasivos, absortos, siempre mirando hacia dentro. Era la misma que los mocitos caraqueños cortejábamos en el pueblo, a pesar de la fama de guapeza de su novio, pero más dada, con desenvoltura de mujer que, ya conoce su secreto.

¿Cómo había rodado hasta aquella casa de alquileres de amor?

Pedimos unas copas y me contó su novela.

\*\*\*

—¡Tenían razón los viejos! ¡Luciano no podía dejar el aguardiente!

Pasaron uno, dos meses de luna de miel. Correctísimo, amoroso, de su casa al trabajo y, al amanecer, otra vez a la faena. Pero, un sábado, después del pago, se presentó borracho. Una disculpa, un pretexto, unos amigos.

Valido del primer perdón, al siguiente día —domingo— no fue ni a almorzar, ni a comer y llegó en la madrugada, en peor estado, áspero, brutal, rechazando los mimos y las caricias.

Ella le reclamó, lloró, y sus lágrimas tuvieron por respuesta unas palabras soeces, que le dieron rabia y después miedo.

Pasadas unas semanas, ya la misma escena se repetía a diario y comenzaron los maltratos; de los empujones se pasó a los golpes; una noche con una de sus manazas de peón apretó las dos suyas que temblaban y con la otra le dio tres cachetadas.

—Mira: ¡si al contártelo me parece que todavía tengo la marca!

Muchas veces, mientras él roncaba sudoroso, humedeciendo la almohada con un vaho de trapiche, María Isabel sintió ganas de huir de su lado, quitarle el revólver y salir corriendo por el campo, sin saber hacia dónde, lejos, muy lejos, donde no la encontrara más nunca.

\*\*\*

Fueron días horribles. Y todo... ¿por qué? Por nada, por celos, por fantasías corporizadas en la imaginación del hombre cuando la locura alcohólica le alborotaba los sesos. Si reía, porque estaba acostumbrada a pellarles el diente a los muchachos; entonces manifestábase seria y era porque pretendía hacerse interesante, ¡la mártir!

Y la insultaba, le pegaba, la estrujaba, la tiraba sobre el lecho, y se dormía echado casi encima de ella, dejándole en los brazos y en los senos la huella de mordiscos bestiales.



\*\*\*

¡Aquello fue el colmo! Si ella no se agacha, le quita la cabeza con el florero que le tiró y que estrellóse contra el copete de la cama.

—¡Tú no puedes ser sino lo que eres! ¡Perra!

Y se abalanzó contra ella; pudo dominarlo abrazándole y buscando besarle en la boca.

Rodaron a la cama y al amanecer, mientras él roncaba y sudaba, María Isabel le retiró una pierna velluda que le tenía encima—parecía que los vellos, como púas de alambre, iban a hincarle los dedos...

Y salió a la calle. Tiritaba de frío y de susto bajo el abrigo de lana. ¡Ni un alma en aquellos tortuosos andurriales!

Cuando las primeras recuas campanilleaban en el camino, tocó en la puerta de sus padres.

\*\*\*

—¿Nosotros no te lo dijimos? ¡Ahora aguántate! Ya es tu marido; es un borracho, te pega... ¡Bueno! ¡Vuélvete con él y aguántate!

\*\*\*

¡Volver! ¡No! Si los viejos, rencorosos, no querían acogerla, se iría a otra parte, a la ciudad, a donde le dieran la comida, a fregar platos, a pedir limosnas, pero al lado de esa bestia, ¡nunca! Primero arrimada en casa de unos parientes, ¡qué vergüenza! La madrina Eugenia, aunque tampoco la quería mucho, podía ser por el momento su salvación.

Tomó a pie el camino de la ciudad.

El sol sobre aquella carretera interminable como su desgracia, el polvo, la angustia de sentirse perseguida, viendo a Luciano surgir espantoso, vengativo y ebrio, de cada recodo, al creer que todo trote de caballo que sentía detrás era para alcanzarla y que ya iban a agarrarla por los

cabellos, la obligaban a caminar más a prisa; secábansele los labios y sus piernas movíanse automáticas.

Entró a Caracas por los lados de Quebrada Honda. Cuántas cosas extrañas le cruzaron al lado. Los tranvías pasaban rozándole. Imaginaba desfallecer y que la arrastraban vuelta un fardo de huesos rotos y de sangre. ¡Si la arrastrasen de veras y acabar de una vez!

Al aletazo de un mal pensamiento, cogía instintivamente la acera, pegándose a la pared.

—¡Madrina Eugenia tan lejos, en La Pastora, y yo en Candelaria, sin un centavo!

Vio una casita frente a un hospital. Una casita de hierro refrescada por trepadoras que le cubrían el techo. Las puertas y las ventanas estaban abiertas; por ellas vislumbrábanse las armaduras de un botiquín y unas mesitas, en torno de las cuales charlaban varias mujeres con vasos de cerveza y refrescos por delante. Al verlas, sintió aún más sed... ¡Una caridad no se le niega a ninguno!

Entró a pedir un vaso de agua.

\*\*\*

¡Qué simpáticas las muchachas! Le trajeron café con leche, después unos sandwiches. Al poco rato tuteábanla como antigua conocida. Confiada, relatóles su historia imaginándola cosa inaudita, pero ¡qué casualidad!, cada una le contó algo semejante de sí misma, con la diferencia de que ninguna habíase casado con el hombre que la arrancara de casa de sus padres.

No obstante, su profundo sentimiento de gratitud y simpatía, María Isabel se sintió superior a ellas y observó que tenían muy pintadas las mejillas y los labios y en la mirada y en el cuerpo una enorme fatiga.

La más afectuosa, una chica reidora que lucía un diente orificado, llamó a la dueña de la casa, una señora muy insinuante, con picaresca gracia de andaluza, y le dijo en secreto a voces:

—Clarisa, ésta no tiene dónde quedarse, ¿por qué no la dejas aquí?  
En la noche, María Isabel bailó con un joven de smocking.

\*\*\*

¿Cómo averiguaría ese diablo donde estaba?

*Muchacho*, el perro de cacería, no hubiera levantado una perdiz con tanto olfato. ¡Claro! Como que Luciano había enloquecido buscándola.

Tres noches pasaron sin que él pudiera pegar los ojos, tanteando en el vacío, estrujando el lienzo húmedo de las sábanas. Tres días preguntando, inquiriendo en los contornos del pueblo, en los recovecos de la hacienda, entre temeroso y avergonzado.

Y cuando fue a casa de los padres de María Isabel apenas pasó de la puerta del zaguán, como un mendigo, y le tiraron unas pocas palabras como piedras:

—Ella estuvo aquí, después no sabemos. Búsquela en otra parte.

\*\*\*

Alguien le dio el rastro y fue a buscarla. Ideas tremendas de venganza le aborrasquinaban el cerebro; pero la encontró sola, sola en un sofacito de mimbre, no esperaba a nadie; llegó como un fantasma y cuando María Isabel abrió la boca para un grito la contuvo:

—Cállate.

Le tomó ambas manos; ella cerró los ojos, inclinó la cabeza de cordelillo y se arrimó contra el pecho de Luciano. La bofetada no se descargó.

Después, reproches, disculpas, lágrimas, perdones, y acabó por tener la culpa él, él nada más. Ella no tenía más pecado que las cuencas de las manos muy tibias y unos labios que sabían besar crispándose.

Una *lechuzca* los condujo al segundo creciente de la luna de miel.

Luciano, en esa renovada etapa, simulaba haberlo olvidado todo, quererla más, como si fuese una mujer nueva. Nunca, ni en el día en

que escapara de la casa bardada de pascuas azules, la había besado tan pasionalmente, con mayor furia.

Entre beso y beso una palabra que dicha por él parecía de los dos:

—¡Perdón!

\*\*\*

A los ocho días se repitió lo inevitable. Luciano volvió borracho.

Entonces, ¡cuánta rabia, cuántos celos! Un ejército de enemigos donjuanes poblaba el cuarto. Risueños, tendiendo los labios, se aparecían a Luciano en sus visiones todos los hombres que hubieran podido estar en aquella casa, la maldita casa de las enredaderas, durante los tres días en que su mujer le faltó de su lado. Los había de frac, de blusa, jóvenes y viejos y algunos iban desnudos, retorciéndose con desesperados ademanes de lujuria. Todos iban a besar en la boca a María Isabel y sus sombras se desvanecían dentro del arco blanquísimo y mórbido de sus brazos.

—¿Dónde están? ¿Dónde están? Yo los mato, gritaba Luciano, recorriendo la habitación a tumbos, como un alucinado, con el revólver en la diestra.

El arma, a la luz de la lamparilla de aceite, brillaba con cierta gracia de juguete. María Isabel, con la cabeza debajo de la almohada, esperaba la muerte.

Luciano se durmió aquella noche mordiéndole más fuertemente los hombros y los senos y gruñendo como un animal:

—A ti no... Contigo no es... No tengas miedo... Pobrecita, yo te quiero mucho, mucho, mucho...

Sin esperar el alba, María Isabel se fue otra vez. Ya conocía el camino de la casita de hierro cubierta de trepadoras.

\*\*\*

Y allí me contaba entre sorbo y sorbo, los capítulos de su novela.

Concluyó:

—Cuando me le fui por segunda vez, volvió a buscarme, aquí mismo; me lloró, me rogó, se me arrodilló por delante, infeliz, besándome las manos y diciéndome que eran las de una santa, pero, no quise volver con él. Desde entonces me persigue, me espía, y viene a visitarme los jueves y los sábados. Aquí me respeta —¿verdad, Clarisa? — y no molesta a mis amigos. Entra cuando se convence de que estoy sola y me besa, me muerde hasta sacarme sangre de los labios. Para calmarlo, tengo que llevármelo a mi cuarto.

—¿Y no tienes miedo de que en cualquier borrachera te mate?, interrogué.

—¡Qué va! ¡Me hubiera matado hace tiempo! Es un niño, un enfermo: siempre se duerme sobre mi brazo, llorando. Y en la mañana encuentro sobre la mesita de noche tres o cuatro fuertes. Tú me darías más, pero, ¿a mí qué?, es una obra de caridad; yo sé que le hago falta a ese pobre hombre.

\*\*\*

Vimos una sombra chinesca que aparecía, encorvada, y desaparecía, a través del biombo de muselina con ramazones.

María Isabel se levantó de mis piernas y poniéndome otra vez las manos sobre los hombros me dijo:

—Vete, mi amor: ahí está Luciano, hoy es sábado...

\*\*\*

La dueña del establecimiento, mientras yo cogía mi sombrero, se levantó refunfuñando:

—¡Estas románticas lo que hacen es echar a perder el negocio!



## La Gitana

Para la vida sin rumbo de Esteban Olánéz aquella casa de vecindad vino a constituir refugio de aburrimientos y centro social, ya que su carácter juvenil, más dado a las libertades universitarias, a la aventurilla fácil y a los cenáculos de literatura que a las fiestecitas íntimas de tisana y dulce de duraznos, lo alejaba del amor virgen, con ventana y puesto fijo en un rincón de la casa.

Aquella casa, una casona colonial de dos pisos, enclavada en un barrio extremo de la ciudad, llamábala “El Paraíso de los Pobres” el buen humor de los habituales a ella y, como todos los vetustos solares abueleníos, tenía su leyenda de apariciones, de ecos espantables y de pasos sin piernas, diluidos en la sombra, a lo largo de los pasadizos, todo lo cual no era de extrañarse verídico, pues, con la calidad de los habitantes y contertulios, gente moza y amiga de la copa “que enciende el corazón y alegra el espíritu”, y, abundando en las reuniones las hortelanas de la poma donde cuajó el pecado, nada de sobrenatural tenía que en altas horas oyérase crujir de chocozielas, furtivo abrirse de puertas y el jadeo con que se sube la cuesta en cuyo ápice brotan los tres manantiales del amor, del olvido y de la muerte.

A Esteban Olánéz lo llevó allí, a “El Paraíso de los Pobres”, su amigo, el fiestero Álvaro, que alrededor de un frasco de encurtidos inventaba un almuerzo, con prolongación a comida y baile por la noche. Álvaro en la casa era “jefe” y ocupaba con su querida, la chinga Ernesta, el cuarto mejor, la antesala, al extremo del corredor claustreal.

Con la fuerza de la simpatía generosa que alienta en alma de juega, en bromas y risas perpetuas, Álvaro imponía su jocunda voluntad a todos, desde el amo del negocio hasta la más retraída de las mujeres y los más hoscos de sus amigos; a su voz de imperiosa alegría movilizábase aquella promiscua sociedad, donde alternaban futuros doctores y periodistas en ciernes, un sastre, un fotógrafo, el dueño de un restaurant barato, que tenía sus realitos, “pero sabía gustarlos”, dos choferes con sus queridas, un tabaquero, una muchacha, dudosa de si entraba en una Escuela de Comercio o en casa de Juanita Lugo, y otra reata de mujeres más que hacían paréntesis de honestidad en el décimo capítulo de su novela, bien porque abrevaran la calma pasajera de un cariño o porque al casero inflexible no se le puede pagar con moneda que no se cuenta.

Entre tales mujeres y en tal vida, Esteban conoció a la que él llamaba La Gitana. Desde el primer momento le impresionó, con otro de tierras remotas, la luz de sus pupilas misteriosas, profundas y grandes, absorbidas en la nébula de un más allá impreciso. Le cautivó la flexibilidad de bejuco de su cuerpo esbelto y delgado, la boca doliente para sonreír, el matiz cetrino de su piel, donde se adivinaba la triple aleación en que, a través de los siglos y las vicisitudes, se fundieron el hierro mohoso de las cadenas etíopes, el azul acero de las espadas castellanas; y el oro en bruto del aborígen incauto. Parecíale que aquella mujer no era de donde estaba, sino que había venido andando de muy lejos, de la tierra donde suenan las panderetas y bailan los osos de la montaña negra, que había venido cruzando praderas florecidas de margaritas, bosques espesos y pueblos donde los hombres entretejen sus picudos sombreros con cintas de colores.

Y la bautizó La Gitana.



Para vísperas de Carnaval, Álvaro había soliviantado un baile “de escote” en “El Paraíso de los Pobres”, ¡la gran fiesta! Irían todas las “niñas” de la casa y algunas más, anunciaba frotándose las manos.

—Un musirán, un sifón de cerveza de los grandotes, para los que les gusta ir al corral con frecuencia y, para nosotros, ¡aguardiente *p’alante!* ...

Y Esteban pensó en acercarse aquella noche a La Gitana, de quien ignoraba todo, fuese amorosa o perversa, firme o tarambana, si tenía un querido o si vivía sola, porque ella pasaba siempre discreta, hermética, se sentaba retirada de las bulliciosas tremolinas y apenas si probaba, de cuando en cuando y como tímida o desconfiada, una copa de vino dulce... Y a pesar de insinuaciones e indirectas, dejando ver que La Gitana le interesaba, la chinga Ernesta se había hecho la sorda para ofrecer a Esteban la intervención de sus amistosos oficios.

Cuando llegó al baile tuvo una sacudida nerviosa, semejante a la realización de un sueño no olvidado, el anuncio de una dicha que se espera. Hubo de afirmarse en sí mismo para comprobar si no lo asaltaba un desvarío fantasioso: en el fondo del corredor estaba ella con un pañuelo de colores atado sobre las negras guedejas, un mantoncito de flecos en los hombros, la falda de cúpula erigíase sobre los vuelos del farfalá profuso y, a los reflejos de las bombillas, brillábanle encima, con prodigalidad milagrera, las grandes ajorcas, los collares de cuentas y las pulseras de abalorio.

La Gitana estaba disfrazada... de gitana.

\*\*\*

Al romper la música se dirigió a ella y le ofreció el brazo. Bailaron y Esteban apretaba contra sí el cuerpo vibrante y ágil, que le dejaba adivinar achaparradas durezas, junto con recio calor vital y un perfume inalterado de agua limpia. Después, en el intermedio, en la sombra protectora, sentáronse detrás de un pilar entre los tiestos con matas y macizos de palmas.

Esteban habló:

—¿Sabe cómo la llamo yo a usted?

—No —respondió ella sin mayor interés.

—¿No sabe? ... Entonces, ¿por qué lo hizo? No puede ser pura casualidad o sugestión que usted haya escogido el traje en que yo la imaginara como usted debiera ser de verdad. La Chinga le habrá dicho algo, para que usted se disfrazara de gitana...

—No, si usted supiera... —y la vio reír por la primera vez con una leve risa.

—¿Si supiera qué? —persistió Esteban.

—Que no quería venir sin disfraz al baile, sino como han venido todas; no tenía con qué comprar la tela y cogí la colcha de la cama y me hice un disfraz de lo más barato, ¡de gitana! —Su risa repicó de nuevo como una campanita triste y concluyó: —Con cuatro reales me compré estas pepas y estos perendengues.

Esteban le miró las pupilas profundas que no parecían mentir y puso un velado intento:

—Pero, ¿por qué no le pidió a... su marido?

—No tengo marido, cortó ella secamente.

\*\*\*

Bailaron otra vez, muchas veces. Esteban no se la dejaba quitar, la tenía monopolizada. Arrastrado por Álvaro, bebió mucho y ella le acompañaba con algo en ciertas ocasiones. La fiesta tornábase baraúnda, locura; se agotaban las botellas por filas y ya habían hecho varias contribuciones entre los íntimos, para comprar whisky, para otro sifón, “para que siga la música”.

Esteban sentíase feliz y no escatimaba el peculio; quería que aquella noche no tuviese aurora o le amaneciese muy lentamente al lado de su

Gitana. Ya la cogía de la mano, ya había rozado con sus hombros la punta eréctil de sus senos, ya había apretado contra sí el vientre cálido y le había dicho casi besándola: usted me gusta mucho... hace tiempo.

En otro descanso vino la etapa de las confesiones:

—¿Cómo te llamas?

—Dora o Dorila; me llaman así desde chiquita, pero mi nombre es Salvadora.

—Es muy lindo Dorila...

Y se repitió la melancólica historia de todas las caídas vulgares. El amor casual, el abandono premeditado, la chiquilla sin padre, el hambre, la miseria, la venta...

—Yo tengo una niñita y no pude sacarla a ver el carnaval porque no tiene zapatos; yo soy aquí la más pobre de todas... Coso un poquito cuando me prestan una máquina. Ellas me ayudan, me dan comida, cuando les sobra; pero, yo les pago bien, les pago con mi paciencia, porque les permito que me burlen y me humillen...

En efecto, poco después pasó una del brazo de cualquiera y le dijo delante de varios:

—¡Uhm! ¡Cuidado con eso! ¡Los veo muy apuchungados! Dorila, ¿con qué túnico recibes tú a tus visitas?

Y se perdió bajo la arcada de la escalera en medio de una risotada general.

Esteban conocía los misterios de “El Paraíso de los Pobres”. Sabía de la diplomacia del amo del negocio, el cual, al amago de alguna bronca, sacaba de tras de la puerta de su cuarto un *liniero*, para evitar escándalos, porque aquella era una casa respetable; pero, cuando veía bajar del alto algún huésped de una sola noche, que no se había pensionado con él, sino al rebujo de una falda, fingíase distraído en componer las

matas, agachado, silbando un airecito popular, porque —como decía— el hombre es hombre y todo se puede hacer, con tal que no se altere el orden, ni se le falte el respeto a la familia.

Práctico en las complacencias del patrón para con los de su confianza, Esteban se atrevió a insinuar a La Gitana:

—¿Quieres que me quede contigo esta noche?

—Sí, repuso ella, abandonadamente, pero no bebas más... Y me esperas con disimulo en el pasadizo del alto, con cuidado de que ellas no te vean, porque mañana me volverían loca y después, me desacreditarían contigo.

\*\*\*

Degeneraba el baile en borrachera soñolienta cuando Esteban trepó la señorial escalera de piedra y aguardó arriba. A poco vino Dorila y lo condujo, llevándolo de la mano, por pasillos oscuros y estrechos barandales.

—Mi cuarto es el último de la casa —murmuró ella— ;ten cuidado, por aquí están las tablas podridas y hay un boquete!

Al final de esta peregrinación angustiante, después de un corredor seccionado por tabiques de coleta y remendado con papel de periódicos, desembocaron sobre un patio, donde glugluteaba la pila bajo el encantamiento de la luna y, al abrir Dorila una puerta, al hedor de los desperdicios amontonados abajo se unió un hálito de ladrillos húmedos.

—Espera, adelantó la mujer antes de entrar.

Al tic de un switch, se encendió el prodigio de la luz sobre la horrrura de un enorme desván destartado, cuyas viguetas desnudas y paredes roñosas contempló Esteban, con una apretura de dolor enchapada en vagos miedos. A un lado de la habitación, un catre desnudo con un barullo de sábanas en medio. En otra parte, un aguamanil de deshecho, cajones, ropas en clavos, una vieja silla y, como una irrisión,

en el eje de tanta miseria, la lámpara eléctrica con pantalla de cristal rizado y róseo.

La voz de Dorila lo trajo de su ensimismamiento:

—Un momentico, déjame arreglar la cama.

E inclinándose, sacó de debajo del catre unas coletas y unos trapos, los extendió en el suelo, los mulló amorosamente con las palmas de las manos y, de entre el lío de sábanas, extrajo el cuerpo de una muchachita dormida. Al ponerla en el suelo y besarla, la chica abrió los ojos y, con un repentismo, como si tuviera también las palabras dormidas a flor de labios y se le hubieran despertado al contacto con la madre, murmuró:

—Mamaíta... ¿me cogiste los coroticos del Carnaval?

—Sí, mijita, mañana, mañana...

Esteban miraba con la carrera de la sangre en parálisis en el hueco de su corazón; de pronto, con movimientos febriles, empezó a registrarse los bolsillos, buscó en la cartera, vanamente. En un rincón del chaleco sus dedos tropezaron con unas pocas monedas que contó a soslayo: ¡nueve reales!

Y cuando Dorila vino a él nuevamente y le insinuó, penosa, mientras desanudaba el pañuelo, “desvístete”, Esteban imitó un balanceo, fingió el inseguro equilibrio del beodo, aunque en verdad la cabeza parecía írsele de su dominio en tropel de pensamientos absurdos, y balbuceó gagueando su comedia sentimental:

—No... Dorila... no puedo... Otro día me quedo, mi Gitana... Esta noche estoy muy borracho... Me siento mal... Aquí te dejo esto para que mañana... le compres los juguetes a la niña...

Y de espaldas, vacilante, emocionado, tropezando contra la puerta y las barandas del balcón, se fue, se perdió en el dédalo de los pasillos, tanteando en la sombra.

\*\*\*

Al día siguiente me contó el lance, con los ojos húmedos de ternura y la voz tocada de piedad. Antes de una semana, Dorila desapareció de la vecindad de “El Paraíso de los Pobres” y Esteban no volvió más nunca a las reuniones.

Ahora, hace poco, una mañana, al detenerse el tranvía en la esquina de Las Gradillas, lo vi en la acera de enfrente. Llevaba de la mano una chiquilla como de doce años, primorosamente trajeada, con un sombrero hasta las cejas, y en cuyo rostro moreno esplendían las pupilas magníficas, esas pupilas que andan sin moverse y que yo había visto antes, porque eran grandes, oscuras y misteriosas como un destino, como los ojos negros y soñadores de La Gitana...

## La cajita de pinturas

Ese pequeño recuerdo de mi infancia —y ha llovido de entonces acá! —lo tengo en la memoria grabado con trazos más firmes que muchas cosas de ayer y, al renovarlo, la parte de niño que aún subsiste en mí, se rebela y se duele como entonces, con una indignación que se resuelve en lágrimas recónditas.

Los ojos azules del alma lloran su inocencia y su orgullo maltratados, la ilusión burlada; pero el arco de una sonrisa sobre la fatiga de mis labios afianza en mí el convencimiento de que las pequeñas amarguras que, unos por otros, vamos recibiendo desde niños, preparan a los hombres según su temple para los grandes odios o para las piedades ilímites.

Abuelos: aquella inconmovible mesa de caoba, con las patas adelantándose en zarpas de león, aquel sitial de brazos, cuyos clavos de cobre encuadraban arabescos heráldicos sobre el cuero del respaldo; aquellas horas largas, largas en que ustedes me ponían a hojear un volumen enorme, un suplemento ilustrado de *El Correo de Ultramar*, con grabados en acero y lecturas de guerra, exploraciones y cacerías, engendraron esta vida mía soñolienta e inmóvil, la costumbre de traer el mundo al cuarto, en vez de irlo a buscar bajo el sol, contra el aire, en la carrera por el campo, en la elación del músculo.

Ensimismado en *El Correo de Ultramar*, colgantes las piernas endebles fuera de la vetusta silleta, o sentado a la turca, con mi caja de creyones, de niño, en la casa solar, se me iba el tiempo pintándole de amarillo la pera a los innumerables Napoleón III de mi libraco; de verde puro los

árboles; ocre las cintas de los caminos; azul y grana los uniformes de los soldados franceses, y una escupida de fuego y una bola de humo en la boca de los cañones...

Solferino, Magenta, iluminan el despertar de mi conciencia con relámpagos de bengalas teatrales, no obstante que aún no sabía explicarme por qué todos los soldados franceses, se me parecían a Guzmán Blanco.

Y los tiznaba de azul y de rojo, como eran mis soldados de plomo y como los había visto en unas etiquetas de madapolán.

Pero, a mis aficiones de pequeño Vernet resultaba insuficiente la cajita de creyones que Iginia, la cocinera, me trajo una vez dentro de la cesta del mercado.

Yo quería una cajita de pinturas.

\*\*\*

Vinieron los Reyes y puse mis zapatos.

Al desperezarse del día, fui a recogerlos, en camisola, a la ventana, con la seguridad de un regalo opulento. ¡Qué alegría! Los inefables magos habían sido más de buenos conmigo: me dejaron una pelota de goma que rebotaba arriba en mi cabeza; me dejaron una caja de construcciones de madera, con pilares, cornisas y lindos vitrales de papel transparente; me dejaron un muñeco de cuerda barrigudo que al andar se movía como mi tío Ramón; me dejaron unos boliches... ¡y hasta un corte de vestido! ... De seguro que los Reyes se hablaron antes con la abuelita que no le gustaba darme juguetes, porque todos los rompía.

Tantas cosas bonitas les costarían a los Reyes en la tienda lo menos cinco pesos; pero, ¡ay! no me trajeron la cajita de pinturas, cumbre de mis ambiciones... ¡Si ellos lo hubieran adivinado!

\*\*\*



Aquella mañana, bien jugara a la pelota, levantase la fachada de mis castillos liliputienses o derribase los boliches tirándoles con furia, tuve la obsesión de la cajita de pinturas imposible. No hice caso al tomo de *El Correo de Ultramar* que empinado en mitad de la mesa me invitaba a una tregua; los creyones sufrían en la gaveta un ingrato olvido despectivo.

Vino después, en visita ritual, mi padrino; con todos mis juguetes cabalgué en sus piernas y, en un descuido, le expuse a hurtadillas mis quejas para con los Reyes:

—No me trajeron lo que yo quería: una cajita de pinturas.

Padrino, con dulce gravedad, abrió su portamonedas de plata tejida, pendiente de la cadena al otro lado del reloj, y entre dos dedos pescó luciente disco.

—¡Un fuerte!

Salté al cuello de padrino, besándole y restregando mi cara con la suya, adulante, zalamero y cayeron al suelo boliches, sostenes y cornisas... El viejo barrigudo de hojalata rodó produciendo un traqueteo risible.

\*\*\*

Ese mismo día, antes de acostarme, debía tener mi caja de acuarelas “de las buenas”. Yo las había visto en una vidriera y sabía que costaban un fuerte, porque lo pregunté desde la puerta de la tienda, una tienda donde se hacinaban muchos cuadros con figuras de santos, mazos de flores y pájaros muertos colgados por las patas.

No se borraba de mi imaginación dónde estaba la tienda y dónde estaba “ella” con su tapa de madera amarilla levantada y sujeta por goznes brillantes; con sus ringleras de pastillas de colores, para mí mejores que dulces; con sus dos platillos de porcelana fileteados de oro y sus pinceles

de cabellera ríspida sujeta por un cintillo rojo, unos pinceles de pluma a los que se les metía un palito, que también estaba allí, y quedaban largos, esbeltos... ¡Yo sabía dónde, y podía ir solo!

Aprendido casi de memoria, guardaba el orden de las pastillas: blanco, negro, amarillo, azul, encarnado, un verde oscuro, otro verde brillante, después las sombras, y en el rinconcito, uno solferino, como para pintarle el dormán al tercer Napoleón. Encima cada pastilla tenía en relieve un escudito sujeto por dos leones, rodeado de una leyenda que tal vez fuera divisa de un antiguo caballero cruzado: *Couleurs sans danger...* ¿Acaso habíame yo pasado inútilmente voluptuosos ratos de deseo, con las narices pegadas al cristal de la vitrina, para no conocerla a “ella” en sus menores detalles?

¡Cómo no iba a poder ir solo un hombrazo de diez años!

\*\*\*

Llantos, súplicas, esguinces de niño malcriado, conquistaron al fin el permiso. Vistiéronme el traje de dominguear y con mi fuerte apuñado hasta marcarme las estrías en la palma gordezuela de la mano, me eché a la calle; crucé sin detenerme a nada cuadas que me eran indiferentes y al llegar a los barrios comerciales enfilé hacia la tienda donde estaba mi caja de pinturas.

Afanábame taconeando. La figura de alguna vieja envuelta en su pañolón, parecióme tal vez sospechosa y apreté más la moneda entre mi mano. Si imaginasen que llevaba aquel tesoro, eran capaces de apretarme por el cuello y arrebatármelo. Iba contando las esquinas y a distancia presumía, en el fondo de la calle, el término de mis anhelos: después de aquella casota gris, me decía ...

Qué ansiedad cuando el señor de la tienda me envolviese en un papel de seda la caja de pinturas, que era mía, porque yo le había dado su fuerte, cuando la tuviese entre mis manos, apretada contra mi pecho, y

qué fruición al volver a casa, en medio de la admiración de todos, sin dejar que nadie me la tocara, abrirla sobre la gran mesa, mojar el pincel en el vaso de agua y, por primera vez, de aquellas pastillas vírgenes fluiría el hilo de color maravilloso, de tonalidades estupendas como las que en los sueños de los niños brillan en las túnicas esplendentes de las hadas... Y llegué.

¡Pero, estaba cerrada la tienda!

Entonces fue cuando vine a darme cuenta de que casi todas las casas de comercio mantenían las puertas herméticas. ¿Era, acaso, día de fiesta? ¿Los Reyes que no se acordaron de traerme la caja de pinturas tan exigida, entregábanse a holgorio, para que no pudiera comprarla por mi cuenta?

¡No! ¡Imposible! Eran cosas del dueño, perezoso aprovechador. En esa tienda donde no entraba nadie, aquel señor tenía cara de flojo. Seguramente debía existir otra tienda, de un hombre más activo, que estuviera abierta, y donde hubiera también cajas de pintura ¡quizás mejores!

En vano anduve calles, crucé esquinas e hice cálculos luego fallidos. Cada sitio que imaginaba respondíame con una puerta como un baluarte inexpugnable y al tropezar al azar alguna abierta y entrar esperanzoso, desfallecía mi pregunta: “¿Hay cajitas de pinturas?”, ante una negativa casi muda.

La noche se me venía encima envolviendo en su oscuridad la amenaza de un regaño paterno. Dando vueltas hacia casa, tomé por el pasaje Ramella. Catedral me advirtió que eran las siete; poco tráfico, todo cerrado; apenas si de una que otra tienda de turcos volcábase sobre la acera un manchón de luz opaca.

Marchaba cansino, desalentado, escrutando las vidrieras, repitiendo como un monomaniático mi pregunta:

—¿Hay cajitas de pinturas?

Un toquecito en la espalda llamó mi atención y una voz con amagos de cariño me dijo:

—¡Guá, chico! ¿Tú que haces por aquí?

Era un zagaletón como en dos jemes mayor de mi altura y robusto. El traje de dril entre sucio y desteñido, gorra oscura sobre las greñas y pantalones a media pierna. No recordaba conocerle, pero le respondí con simpleza:

—Buscando una cajita de pinturas, pero, todo está cerrado, se ha hecho tarde...

—Yo te acompaño a buscarla.

—No, me voy a casa; es tarde y me van a regañar.

—¿Tu casa queda muy lejos?

—Como a siete cuabras.

Caminamos juntos unos metros —ahora recuerdo que parecía meditar— y me dijo:

—¿Cuánto trajiste para eso?

—Un fuerte.

—¿Un fuerte? ¡Qué va!

—Sí, míralo... Y le enseñé el canto de la moneda entre los dedos.

Dándole a la voz gravedad de persona experiente se detuvo para increparme:

—Pero, chico, ¿cómo llevas así el dinero en la mano?

¡Y sin cambiarlo! ¡Mejor es llevarlo cambiado, porque si se te cae puedes encontrar por lo menos una parte! ... ¡Dame acá, yo te lo cambio y te acomodo, no te vaya a pasar un chasco!

Maquinalmente le entregué la moneda al muchacho, que, rodeando una pilastra, se internó en el Pasaje, en el comercio de un árabe.

Tuve un momento de incertidumbre, de inquietud, de temor... Pero, no hay derecho de desconfiar siempre de nuestros semejantes; mi consejero espontáneo regresó en seguida, trayendo en la mano un paquetico, que cariñosamente introdujo en el bolsillo de mí marinera y llevando mis manos a posarlas encima, me dijo:

—Aquí está, sujétalo bien.

—Muchas gracias. ¿Cómo te llamas tú?

—Pedro.

—¿Dónde vives?

—¡Buh! ... Lejísimo, en San José.

Ya éramos amigos; pero, nuestra amistad fue muy corta; al llegar a San Jacinto, Pedro me dijo:

—Yo tengo que coger por aquí...

Y dobló hacia la parte alta, mientras yo seguí orillando la Plaza de Abril.

\*\*\*

Cuando entré en casa, ya estaban en el comedor, dispuestos a sentarse a la mesa, cada quien recostado al respaldo de su silla. Eludí alguna mirada severa, pedí la bendición, temeroso, y antes de que estallara la reprimenda, la voz maternal intervino conciliadora.

—¿Por qué te dilataste tanto?

—Porque no encontraba ninguna tienda abierta, repuse con la cabeza baja.

—¿Y la caja de pinturas?

—No la pude comprar.

—¿Y los reales? ... Dame los reales para guardártelos, que después los botas.

—Toma, me apresuraré a contestarle sacando del pecho el paquetito en cuanto comprendí que la atmósfera no estaba cargada. Y la madre al coger entre sus dedos aquel torcido de papeles maltrecho, hizo un gesto sospechoso.

—¡Uhm! ¿Aquí está el fuerte? ¡Ya este gastó los centavos!

—No,... no,... fue que un muchacho me lo cambió así para que no se me perdiera, tartamudeé.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó mi madre, entre condolida y burlona, mientras acababa de desbaratar el envoltorio— ¡si aquí lo que hay son unos terrones de cal de la pared!

¡Unos terrones de cal! A mis ojos aparecieron como piedras enormes que se desmoronaban sobre el primero de mis más intensos ideales... Y de bruces contra la pared, lloré, lloré mucho, más que la cajita de pinturas, con sus ringleras de pastillas y sus platos de porcelana luciente, la rabia de mi inocencia y la maldad inconsciente que de un golpe desgarraba, antes de tiempo, la fe en los hombres y la confianza en sus halagos.

Convulsivo, entre el tumulto de los sollozos, rompiendo las nieblas de mis lágrimas incontenibles, oía las burlas y risas de mis hermanos mayores y una voz gruesa y pausada que decía:

—¡Ah, muchacho bien zoquete!

\*\*\*

Sin embargo, de entonces acá, ¡cuántas cajitas de pinturas con que pensé colorear mis sueños, las he perdido sin adquirirlas!

## La declaración

La señorita María Antonia, después del señor cura y del señor Jefe Civil, era la figura más prominente del pueblo; y podía vanagloriarse de serlo; en aquel puño de casas, apenas de veinticinco manzanas, y en los campos aledaños, remendados de hortalizas y de malojales, tenían tanta fama los deliciosos merengues de su receta exclusiva como sus obras de caridad desperdiciadas al azar, con un ímpetu de ser amable para todos, tal vez desbordamiento de una ternura reprimida en el fondo de su corazón, tesoro de cariño que no habiendo encontrado un dueño absoluto rebosaba, derramábase inundando generoso a cuanto se le acercara.

La señorita María Antonia disponía siempre del remedio para el enfermo, la camisita para el niño desnudo, la palabra oportuna para halagar, la tercería gentil aparejadora de noviazgos o la aguja, el hilo, el bicarbonato o el pedacito de cinta que pudiera necesitarse al acaso.

Así se la veía siempre solicitada, siempre rodeada, más aún de la gente joven, pues las muchachas gustaban de sus relatos de cuando ella había vivido muchos años en Caracas, después de educarse en un colegio adonde sólo iban niñas de las familias principales, y de sus cuentos de subrayado sabor galante que muchas veces terminaban con algo dicho en voz baja y entre risotadas.

Veíasela, sin faltar jamás, detonante de seda, afeites y arrequives, en los paseos y fiestas, en las tardes en la estación, al paso del tren, con un grupo de vecinitas primaverales entre el cual se destacaba, violento, su otoño mal disimulado; María Antonia cantaba en el coro en las

solemnidades religiosas; y en su piano —uno de los tres que había en el pueblo— un pleyel antiquísimo, abrumado de tallas y con un cromo en el centro de la caja, rememoraba canciones y romanzas de zarzuelas, o vals del noventa y ocho, y olvidadas mazurcas que mozuelas y mocitos trataban de bailar desacompasadamente, aprovechándose del simulacro de abrazo y de los empujones.

Nacida en una hacienda de los alrededores, María Antonia volvió al pueblo, tras una ausencia larga, cuando su familia cayó a menos y perdió las propiedades; era entonces una mujer en plenitud, traía el barniz de la capital, de la vida de los salones; dominaba con igual destreza el manejo de la risa y el arma defensiva del abanico; llevaba con garbo las modas de su tiempo y sabía ver por encima de los hombros la corte de sus galanes.

De eso hacía ya, por lo menos, veinte años y fue como si en aquel instante del cambio brusco de vida, para ella se hubiese detenido la marcha del tiempo.

Se quedó soltera, pero esperanzada después de desdeñar mucho. Se resignó a trabajar para vivir luchando por no envejecer. Los enamorados rurales tal vez tuvieron miedo a aquella mujer de espíritu superior.

Y se dedicó a coser para la calle, en el último refugio, en la casa del pueblo, resto de la fortuna disuelta, con dos tías y el padre, baldado, que murió a poco. Todo el día se la encontraba en el corredor, junto a la romanilla de listones en losanges, a la luz del patio perfumado de rosales, albahacas y resedas. Dando vueltas velozmente a su Sínger, tarareaba o charlaba, porque allí iban a tertuliar a toda hora las muchachas, a contarle sus confidencias, a recibir, en cierto modo, lecciones de coquetería. Rodeada de juventud, sentía reflorar la suya y se imaginaba aún apta para la conquista de un varón.

Y se cruzaban bromas:



—¿Sabes que Marianita tiene mucho nuevo que contar?

—¿Yo? Tú eres la que te haces la mosquita muerta y yo sé que aquello de Rafael José está muy adelantado.

—Mucho cuidado, pues, con Ercilia que también pica por allí. ¿Ustedes no se fijaron en las miraditas de arroz con coco que le echaba ayer en la misa?

—¡Por poco le tumba el libro con la vista!

Y luego, por oírle, torcían la punta hacia María Antonia:

—Bueno María, ¿qué nos cuentas? ¿Qué hubo del catire aquel que vino de Ocumare? ¿Y de Panchito Moraso?

—¡Ay, mijita! Ninguno se decide, pero yo no quemo mis últimos cartuchos, todavía hay tiempo, todavía...

—A María Antonia quien le gusta es don Salustio, porque es un hombre serio.

—No, chica, don Salustio no pasa de ser un antiguo amigo... Yo soy la enamorada de los imposibles.

—Sí, como aquel que bajó un día del vagón y te brindó una kola... ¿Iba para Caracas?

—Iba... hacia el imposible.

—Romántica, romántica.

—No crea, Josefina, todo no es romanticismo: ustedes no han puesto cuidado en una cosa: en que Javier Castaño, el de la posada de la Cruz, está viniendo mucho por aquí; al principio creí que era por ti, pero fíjate cuando vuelva: se sienta al lado de la máquina y no le quita los ojos de encima a María Antonia...

Esta, sonriendo a la chanza, levantábase para el tocado del paseo vespertino y volvía transformada, con su cintura a la antigua, sus coloretos excesivos, sus postizos entre el peinado alto y por el cuello, que fue

lindo y mórbido, inevitablemente una cinta de terciopelo negro con un medalloncito de oro dentro del cual un trébol seco de cuatro hojas.

\*\*\*

Javier Castaño llevaba más de una semana yendo todas las tardes a casa de María Antonia y sentándose al lado de la máquina. En la tertulia mariposeaban Marianita, Ercilia, Rosa, Josefina y las otras loquillas habituales. Entraban, salían alborotaban, reían; y Javier, un poco displicente y como zorado, miraba la labor, la máscara de blanco de perla y carmín de María Antonia y la tela que se deslizaba, rápida bajo la puntada.

Ya María Antonia no esperaba la hora del paseo para componerse; cosía de saya y peinada, y sonreía a Javier mientras pedaleaba tarareando.

Las compañeritas preguntábanle con picardía:

—El hombre... ¿no se zumba?

—¿No se ha declarado todavía?

—Nada, chica, yo no sé qué les pasa a los mozos de aquí, son tímidos, montunos, al lado de una mujer pierden el habla... Son los mismos de cuando yo vine al pueblo.

—Es verdad, hay que empujarlos.

—Y Javier es muy simpático, ¿no les parece?

Simpatiquísimo.

\*\*\*

Marianita, la más traviesa, combinó el plan y aquella tarde, a poco de haber llegado Javier y ocupar su puesto habitual, fueron pretextando pequeños quehaceres para marcharse y dejarlos solos.

Javier dijo:

—Con su permiso —y encendió un cigarrillo.

María Antonia contestó:

—Usted es muy dueño —y siguió dándole vueltas a la máquina.

En el silencio, el ajetreo de la costura, unas semillas de la enredadera que tumbaba el viento en el patio, el canto de un pájaro...

—Qué cuenta de nuevo, Javier?

—Pues... nada...

—Le agradezco mucho su asiduidad, pero no creo que sus visitas de todos los días sean para mí, sin más interés que la amistad: a usted le gusta alguna de las muchachas... ¿Rosita?... ¿Josefina?...

—No, no se imagine, es con usted directamente con quien deseo hablar.

María Antonia se estremeció y dejando la costura le dijo con voz turbia:

—¿De veras? ¿Y por qué no ha hablado?

—Como usted siempre está tan ocupada y en compañía... Hay asuntos que no se pueden hablar delante de nadie...

—Pero, ahora...

—A pesar de estar solo, me da vergüenza, siempre he sido penoso para ciertas cosas íntimas...

—Hable, hable...

—Usted lo sabe, yo soy un hombre solo, vivo solo en mi negocio... me hace falta la mano de una mujer...

—Lo comprendo: un cariño doméstico es la norma en la vida de los hombres... ¿No ha pensado nunca en casarse?

—Lo he pensado muchísimas veces; pero, ¡no sé! Se me ha pasado el tiempo...

—Nunca es tarde para conquistar la felicidad.

—¡Quién sabe! Yo necesito, es cierto, una mujer que me cuide mis cosas, mi ropa, mis intereses de la casa, pero... no la he conseguido... ¡qué se hace!... ¡No por culpa mía!...

Se hizo una pausa embarazosa. Javier hacía girar entre sus manos el sombrero de fieltro; María Antonia, emocionada, le miraba fijamente, queriendo desentrañarle las palabras:

—¿Y? ...

—Me da pena, señorita María Antonia, muchísima pena...

—Hombre, por Dios, no sea tonto, ¿no ve que le brindo toda confianza? Aquí ninguno nos oye. ¡Decídase!

—¡Pues bien— concluyó Javier, bajando la voz e inclinándose mucho hacia ella— yo me he dirigido a usted, señorita María Antonia, con mucha vergüenza, porque allá en casa tengo una tela blanca y quisiera saber cuánto me pide por hacerme unos calzoncillos...

María Antonia se irguió en la prepotencia de la rabia, le temblaban los labios amoratados de pintura y en sus ojos chocaron el despecho y el desprecio. Señalando con el índice hacia el vetusto portalón, en actitud de reina ultrajada, gritó:

—¡Salga, salga de aquí inmediatamente, canalla!

—Pero, señorita María Antonia...

—¡Salga de aquí!

\*\*\*

Después, encorvada, gimiendo sobre su costura, representaba en dolor el deshojamiento de las últimas rosas de su vida rebelde a marchitarse.

## Las últimas palabras

Olor de drogas y desinfectantes efúndese por el patiecito lleno de sol mañanero. Un silencio enorme ahóndase en la casa y el más leve ruido tiene en ese silencio repercusión inusitada. Un balde arrastrado por el pavimento de las habitaciones interiores, el choque de una cucharilla contra el cristal de un vaso, el pío pío del canario, alárganse, distiéndense a perderse en el fondo del patio, con ecos adelgazados, hasta morir en el pasadizo.

Una sirvienta con una jarra de peltre al brazo, sale y juntando las hojas de la puerta con mucho cuidado, se aleja en puntillas.

La luz reverbera sobre el embaldosado de arcilla roja, vibrando junto a la sombra violeta de los aleros y refractándose en el pabelgue nuevo de las paredes.

Alineadas en latas y cacharros las matas florecidas mecen sus pompomes. Los “novios” sangran entre las hojas frescas, las rosas se inclinan con reverencias de pavana y, de la canal al suelo, una trepadora desparrámase cubierta de flores amarillas, como una cabellera adornada de luceros.

Es un jardinillo común, donde no faltan la “cuarenta días”, redonda y rosada y la albahaca medicinal, pero que denota en el orden y en la poda un amoroso cuidado.

Hay paz. En medio de tanta luz y de tanto color, una paz dolorosa cuya pesada influencia parece acrecentarse cuando un golpe de brisa sacude las flores y remueve el hálito de drogas y desinfectantes que satura la casa.

Por un postigo abierto sobre el patio se percibe en la galería el trémulo resplandor de una lamparilla de altar.

\*\*\*

—Debes estar muerto de cansancio —dice Juan Antonio a su amigo que, con los brazos abiertos sobre el respaldo del sofá y el cuerpo laxo, tiene vuelta la cara al cielo y los ojos fijos en el azul.

—No tanto —responde Eugenio, inmóvil.

Y Juan Antonio se lo queda observando con una larga mirada de cariño y de ternura, donde rebosa toda la gratitud para el amigo abnegado, para ese Eugenio, corazón de sacrificio, que durante la enfermedad de su mujercita no lo abandona y que en los últimos cinco días, llegado el mal a períodos álgidos, no sale de la casa sino a buscar un remedio para Carmen Rosa, a avisar al doctor Bracho o a cambiarse de ropa y pronto está de vuelta, con su aire sereno, preguntando en voz baja al llegar:

—¿Cómo sigue?

\*\*\*

La enferma, a pesar de la postración y del letargo en que se halla, a ratos esfuérase por expresar el mismo agradecimiento que su marido alimenta para el amigo fiel. Cuando despierta y los dos hombres entran a saludarla, ella saca de bajo de las sábanas sus manos exangües y enflaquecidas, pero todavía bellas, de donde las sortijas amenazan soltarse, y apretando la diestra del amigo, aunque su boca dibuja un triste rictus, le sonrío con los ojos.

Juan Antonio besa en la frente a su mujer y ella vuelve al marido las grandes pupilas cloróticas.

—¿Has dormido, Eugenio? —preguntaba Carmen Rosa.

—¡Buh! Bastante.

—Que va —interrumpe Juan Antonio —una hora apenas estuvo mancornado en la silla de extensión... Yo sí, aprovechando lo fuerte que es este hombre, me tendí largo en mi cama.

—Entonces, ¿cómo sabes que yo no he dormido?

—Me lo dijo Zoila, la cocinera, que te estuvo dando tazas de café toda la noche. No me explico cómo puedes resistir cinco o seis trasnochadas casi en claro. ¡Eres de hierro!

—El café... La preocupación... yo no puedo pegar los ojos cuando...

Y Eugenio se turbaba como un chiquillo, disculpándose.

La enferma volvía a sonreírle con su mirada negra y débil; él comenzaba luego a animarla con la esperanza de una convalecencia próxima, en Los Teques, en el parque de pinos azulados, respirando oxígeno en abundancia, o en Macuto, junto al mar, el viejo mar que despilfarra el mejor tónico para recobrar fuerzas el cuerpo y llenarse el alma de sonoras músicas y de anhelos de vida.

Eugenio le atenuaba las frases y ella entornaba los párpados, en abandono completo a aquella canción de salud y de alegría, urgente para su joven cuerpo martirizado, mientras el marido contemplaba el cuadro hilvanando recuerdos.

Eugenio no era el amigo de años, el amigo de la infancia, pero lo quería como un hermano. En verdad, ignoraba lo que se llama hermanos, pues no los tuvo; pero, de tenerlos, seguramente no les hubiera debido tanta devoción, tan firme apego ni desinterés más puro.

No recordaba cómo ni cuándo se conocieron; eso sí, más de cuatro años habían corrido y sólo tenía Juan Antonio la seguridad de que él ya estaba casado con Carmen Rosa cuando llevó a Eugenio a su casa y desde entonces fue uno más en la pequeña familia. Huérfano y solo Juan Antonio y Carmen Rosa sin más parentela que dos hermanos de mala cabeza, dos troneras que marcharon a buscar fortuna a otras repúblicas

de América, aquella amistad sin desconfianzas, de una pulcritud exagerada, era como necesaria, como una confortación para el matrimonio pasada ya la resplandeciente jornada de la luna de miel, pues el amor cuando llega a la época de la serenidad gusta de expandirse ante testigos.

Siempre en la mesa de los esposos estaba el puesto de Eugenio, en espera de que se presentara sin aviso previo si antes no se lo había traído Juan Antonio del bracero; y rara vez llegaba aquél sin el ramo de flores para la dueña de la casa o el paquete de dulces para el autócrata del hogar, el único hijo, un querubín con cinco años de caído del cielo y sonriente bajo el haz de los cabellos rubios, con el rostro atezado y los ojos oscuros de la madre.

El chico llamábale “Tío Eugenio” y el amigo avivaba el parentesco de pega con besos y regalos de bombones, para beneficio de Carmen Rosa, quien, a pretexto de un empacho de pequeñito, le daba sólo dos o tres y se comía los demás con el perfecto goce de la gula infantil.

Algunas veces le habían dicho los esposos en conversación íntima:

—Eugenio, tú serías un buen padre de familia, un hombre de hogar, ¿cuándo te casas?

—Nunca...

\*\*\*

Aquella mañana el doctor Bracho permaneció en prolijo examen, encerrado en la alcoba de la enferma, con la criada por sola ayuda. Los dos hombres esperaban en el corredor, embebidos, más que en el claro ambiente matinal, en sus temores présagos y en el apuntar de sus esperanzas, puestas todas en la ciencia de aquel viejo médico, cuya franqueza mezclaba a cierto cariño apostólico una ruda honradez de fiscal tribunalicio.

Cuando abrió la puerta de la antesala y aparecieron los pantalones grises, el paltolevita oscuro y las barbas blancas del doctor Bracho, los dos amigos se pusieron en pie, adelantándose a recibirle.



El médico se apresuró a hablar:

—Juan, lo que te había dicho: la operación es inevitable, si la operan puede salvarse, si no...

Las miradas de Juan Antonio y de Eugenio se buscaron atónitas.

—Tú sabes que yo no soy sino un medicucho, un doctor de yerbas, a la antigua; —prosiguió Bracho, intentando dar a sus palabras sentido humorístico para dulcificar la impresión— te recomiendo que la llesves a una clínica moderna, a un buen cirujano, que tenga aparatos... Yo no me comprometo, el caso es difícil, un caso precioso, precioso...

—Y ¿con qué recursos? ... —balbuceó Juan— ¡yo no tengo cómo pagar una clínica!

—Entonces... al Hospital; ¡te aseguro que te lo agradecen allá porque es un caso precioso!...

—¡Es horrible! ¡El Hospital! ... La sola palabra, doctor, ¡llevar mi mujer al Hospital!

—¿Por qué? ¿Verdad, Eugenio? En un departamento especial estará como en su casa, mejor que en su casa... y dispensa. Allí la pueden acompañar todo el tiempo.

—Sí, Juan Antonio —dijo lentamente Eugenio— es necesario; buscaremos un servicio especial.

El marido fue a ocultar las lágrimas apoyado en el hombro de su amigo, mientras el doctor Bracho salía haciendo inclinaciones de cabeza que se quedaron sin respuesta.

En ese instante irrumpió por el pasadizo el querubín de los bucles rubios y de los ojos negros, gritando:

—¡El automóvil! ... ¡El automóvil! ...

E imitaba gutural un sonido de sirena.

Eugenio se desprendió de Juan, corrió hacia el niño y, poniéndole la mano en la boca, le dijo muy bajo, después de besarlo:

—¡Psit! Tu mamaíta está enferma.

\*\*\*

Tres días pasaron después de la operación, Carmen Rosa permanecía en un estado somnolente, fatigoso, y los hombres no se habían alejado sino por instantes del cuartito, donde brillaban el lecho blanco y el lavabo con abrazaderas y tubos de metal bruñido. Sobre la plancha de mármol se desvanecía un ramo de hortensias, traído por Eugenio. El primer día trajo claveles, al siguiente rosas reinas...

En la dulce quietud de aquel establecimiento, en la poesía del ramo de flores en el cuarto pequeño y limpio, sólo detonaba un balde donde entre aguas lívidas se deshacían algodones y vendajes maculados de sangre y antisépticos.

Una hermana estaba en continua ronda y, de hora en hora, venía un practicante, barbilampiño y jovial, tomaba el pulso a la enferma y algunas veces le aplicaba una inyección.

Los dos amigos casi no hablaban, vigilantes y fatigados. De cuando en vez las sábanas del lecho abultaban sobre el seno de Carmen Rosa y volvían a bajar al escaparse un suspiro profundo. Con un “nada”, dificultoso, eludía las preguntas solícitas por si deseaba algo.

Cerca de las doce de esa tercera noche estuvo el practicante a su visita, y después del servicio, a requerimiento de Eugenio en el pasillo, respondió:

—Está muy débil, pero algo mejor. Así puede seguir días de días, hasta levantarse. El único peligro asoma en una crisis violenta, una reacción inesperada que la deprima en seguida...

—¿Usted cree que podemos retirarnos esta noche a casa? —interrogó Juan Antonio.

—Quedémonos aquí, murmuró Eugenio.

—Es demasiado... ¡Te vas a enfermar, Eugenio! Estás demacrado, los ojos se te cierran...

—Yo creo que pueden irse tranquilos, terció el estudiante. La hermana San Dionisio no se separa de la señora y yo entro de guardia ahorita, hasta el amanecer. Cualquier cosa le mando a avisar, don Juan.

A las instancias de Juan Antonio cedió Eugenio y juntos bajaron por las calles solitarias hasta la esquina de La Torre, donde encontraron bullicio de cocheros y nocharnegos. Allí tomaron por diversos caminos, el uno a su casa, el otro a su pensión, y cuando Eugenio llegó a su cuarto de soltero casi lo extrañó a fuerza de no verlo en varios días. A poco cayó en la cama como un leño.

Cuando Eugenio, rato después, volvió a despertar aterrorizado y encendió la luz, también le costó trabajo reconocer el lugar donde se hallaba. Era su habitación misma; en la ventana se encuadraba un pedazo de cielo negro claveteado de estrellas y sobre el velador el reloj marcaba las cuatro menos veinte de la madrugada.

\*\*\*

¿Había soñado? Tal vez. Pero todo lo vio patente: el lecho blanco, el lavabo bruñido, el ramo de hortensias desfalleciendo sobre el mármol, el rostro nacarado de Carmen Rosa que se iba tornando lívido, ceráceo, y la hermana San Dionisio, de rodillas, rezando con un grueso rosario negro y un libro de oraciones. Vio también un sacerdote y, luego, deshojarse las hortensias cuyos pétalos, al tocar el suelo, tornábanse de azules pálidos en pétalos de púrpura.

Y la hermana San Dionisio le había cruzado las manos sobre el pecho a Carmen Rosa, encima de un crucifijo, cerrándole después los párpados con la punta de sus dedos piadosos. Luego la visión se disolvió en una niebla gris y una mano invisible le había apretado a Eugenia el corazón.

Vestido a la carrera, con la respiración ahogada, sobresaltándose al menor ruido que imaginaba en torno suyo, Eugenio salió a la calle con la intención de ir a despertar a Juan Antonio.

Al llegar otra vez a la esquina de La Torre se recapacitó:

—¿Cómo le voy a decir que he soñado la muerte de su mujer? ¿Y si resulta una puerilidad, una impresionabilidad de mi parte, un desvarío? ¿Si no fuera más que un sueño?

Alentado por feble esperanza, enderezó el paso viril hacia el Hospital, con todas sus fuerzas. Cuando cruzaba la calle, junto al Panteón, temeroso de sombras fantasmales que pudieran surgir al eco de sus pisadas, percibió el rumor confuso de un coche y el trote repiqueteante de los caballos. Varias veces volvió el rostro, hasta que se encendieron en la sombra dos faroles bermejos, pero no quiso esperarse.

El carruaje lo alcanzó, le pasó al lado y se detuvo a unos cuantos metros adelante. En la penumbra se definió una cabeza de varón y Eugenio oyó la voz de Juan Antonio, inmediatamente reconocida, que lo llamaba.

En el trayecto hasta el Hospital se refrieron por qué se habían encontrado. El practicante cumplió su palabra de avisar al esposo. Eugenio, por su parte, hizo un breve relato de su sueño terrífico.

Y cuando bajaron en la casa de salud, cruzaron como locos, guiados por una misma angustia, bajo las arcadas de los corredores y pasaron frente a las salas de donde escapaban gemidos de dolor y ayes de agonía.

Al llegar a la puerta del cuartito, en el departamento especial, se abrieron paso por un grupo de enfermeras y hermanas.

Carmen Rosa entre las sábanas blancas no respiraba; lívida como de cera, tenía cruzadas las manos sobre el pecho y entre las manos un crucifijo.

La hermana San Dionisio no rezaba ya, sentada a la cabecera, y rodaban por el suelo vendajes de lino empapados de sangre.

Juan Antonio se abalanzó sobre el cuerpo inerte de su mujer y hundió la cabeza entre la almohada y la cabellera profusa, llorando desesperadamente. Eugenio, en pie, se llevó el pañuelo a la boca como para contener un grito; la mano le temblaba y a la luz que le daba de pleno en el rostro, hubiérasele visto congestionarse; en sangre se encendían sus mejillas bañadas por las lágrimas.

—Fue una reacción violenta, lo que les dije... Luego le vino una hemorragia terrible —sopló el practicante al oído de Eugenio.

Y la hermana San Dionisio, levantándose, se acercó a Juan Antonio y para consolarle en su desespero, poniéndole una mano en el hombro, con voz angelical, de timbre claro y armonioso, le dijo:

—Resignación, hermano. Dios es la suma bondad, y ella estará en la gloria del Señor... Yo no lo conozco a usted, pero comprendo que es bueno por la abnegación con que le he visto atendiendo a su esposa. Y ella también le quería, ¡le quería mucho!, sus últimas palabras fueron para usted, murió pronunciando su nombre:

—¿Sí? —exclamó Juan Antonio, levantando la vista y dejando correr una cascada de sollozos.

—Pocos momentos antes de expirar —continuó la sor— pocos minutos antes de cerrar los labios para siempre, suspiró:

—¡Eugenio, Eugenio, amor mío!



## Un sombrero de paja de Italia

Carlucho Sirgüela dio por terminada la limpieza de la moto y echó sobre níkeles relucientes y engranajes lubricados una mirada amorosa. Era una bella máquina último modelo, regalo de su padrino el día de su santo. Cómo se la envidiaba Atilio Morró que apenas había podido comprar una moto de medio uso. salida de fábrica hace dos años; lo mismo que Pepe Calzada envidiábale sus raquetas. Jacinto Febre sus zapatos de sport y el infeliz de Graciano Lugo sus guantes de boxeo.

Sonrió satisfecho, soltó el arranque y una epilepsia estrepitosa sacudió la máquina; el latido del motor fue apagándose lentamente en un suave silencio; luego Cariucho trajo de la sal un cojín búlgaro y lo tiró al descuido, como una gran ave muerta, sobre el side-car.

La llevaba hacia la calle con el cuidado de quien conduce una novia, pero, al pasar por el corredor, no pudo dejar de detenerse ante el espejo de la sombrerera, a darse los toques finales.

Estaba bien, casi bien.

Retocó la caída abandonada exprofeso de su cuello byron, corrió la lengua por los labios finos y rojos, echó hacia atrás, pisándolas con el sombrero cow-boys dos mechass que le salían bajo el ala... Sin darse cuenta le vino a la memoria la frase con que la señora Sirgüela solía agasajarlo en sus momentos de expansión maternal:

—¡Tan lindo mijo!

¡Y sin embargo!

Sin embargo, aquella arisca de Virginia Finlay se resistía a tales encantos; no lograba convencerla, a pesar de las frases enamoradas que deslizará a sus oídos durante un fox, a pesar de que lo viera guiando un ocho cilindros de sesenta mil bolívares, a pesar de que una vez en presencia de ella, había dominado las argollas más de doce veces.

Pero, ahora sí. Ya Virginia había aceptado en principio y él estaba dispuesto a todo. Hoy vencería aquella fría indiferencia, se jugaría la última partida y su máquina, limpia, deliciosa, dócil, ayudaría en la jugada.

En la calle, sentado ya en su motocicleta, hacía estas reflexiones; de pronto sacudió pensamientos y arrancó como un rayo.

Detonaciones. Polvo. Escándalo. El pitazo estridente de un granuja. Ladridos de perros. El eco de una bocina distante...

\*\*\*

Ahora Carlucho va devorando la carretera. Pero no va solo: ahora le acompaña Virginia Finlay en el side-car.

El viento, en la carretera, agita un chal color naranja y manojos de rizos rubios que se chocan, se levantan y caen como retozando. La muchacha mete la cabeza contra el viento y ríe.

Carlucho siente bajo sus piernas acelerarse el corazón de hierro de la motocicleta:

—Pah! pah! pah! pah! ...

Una curva. Virginia da un grito de pájaro asustado. La máquina parece que vuelca por poco.

La pulsación de los nervios de acero se comunica por las manos de Carlucho, aferradas a la manivela:

—Pah! pah! pah! pah! ...



El paisaje a las lindes de la carretera es una cinta borrosa que corre. Pasan vegas verdes, revolucionadas por la brisa; pasa la mancha sepia de los terrenos de sembradío, en cuya lontananza un yugo de bueyes se resigna y marcha; pasan pueblos tristes, casi solitarios; muchachos linfáticos, desnudos y barrigones; paredes de cal sucia; un mendigo ulcerado; una negra con falda roja y con una lata de agua en la cabeza; pasa una hilera de chaguaramos, al sol la gloria de sus penachos marciales...

—Pah! pah! pah! . . .

Carlucho no piensa en el consorcio de luz, de amor y de miseria que hay a su alrededor; no piensa en el paisaje, ni en Virginia, ni en nada. Está poseído por la fuerza y la música de su máquina y por el vértigo de la velocidad.

Pero, Virginia sí piensa en él, mejor dicho, lo mira; echada atrás en el side-car, lo ve de espaldas, inclinado sobre las manillas; ve el paleta de seda que transparenta sobre el lomo robusto la curva de las elásticas; ve el pelo recién cortado azuleado en el cogote; ve el lóbulo de las orejas, rosado de caracol, como en un niño. Y masculla:

—¡Lástima que sea tan necio!

Ella quisiera para novio otra clase de hombre, otra clase de espíritu; tal vez si Carlucho, cuando bailaban el fox y le hablaba de amor, la hubiera besado en los ojos o en el oído, ella hubiérase abandonado al deliquio; si cuando pasaba, solo en el automóvil, le brindase un asiento a su lado... ¡Quién sabe! Ella era una mujer de carne, nervios y sangre, educada con cierta libertad y su ascendiente extranjero, mezclado a la savia búllante del trópico, despertaba en sí una ebullición de ideas violentas y absurdas. De haber nacido varón, gustaría de aventuras, conquistar doncellas, engañar maridos, armar pendencias, volar, ser aviador, ser soldado, trashumante, hampón, cómico y poeta... Ay, pero, Carlucho puede ser muy capaz, con esa fuerza suya, con tanta juventud... ¡Si ahora, en la

misteriosa soledad de los campos, se le ocurriera detener la motocicleta y en un callejón, camino del río que gargarea allá abajo, la agarrara por las muñecas, la estrujara contra sí, la batiera contra el suelo... y la besara bestialmente rompiéndole los labios...

Virginia se estremeció de manera visible; un calofrío corrióle, electrificante, por la médula espinal.

—¿Tiene frío? —preguntó Carlucho, volviendo un poco la cara. Y tras una pausa: —Ya nos vamos a devolver, es tarde...

Era la primera vez que él hablaba en todo el trayecto; sus palabras en el hálido vespertino tenían también la flojedad babosa de lo que se muere.

Habían pasado otros pueblos, con iguales fondas, casas sucias, hombres lánguidos, mujeres turbias y muchachos barrigones, sin advertir que ya la noche violada desmayábase sobre la cresta dispareja de la ciudad fundida en el confín de occidente.

De pronto un estallido, como un disparo a quemarropa. La motocicleta desdibujó un zig-zag violento y fue a detenerse a orillas de una zanja, sobre la grama.

Virginia crispó las manos en los bordes del side-car fijando los verdes ojos interrogantes en Carlucho, que echaba pie a tierra:

—¿Qué fue?

—¡Buena broma! ... Una piedra... tal vez un vidrio —murmuraba el joven dándole vueltas a una rueda. —Lo peor es que ya está oscuro, no veo bien...

La brisa de la tarde le apagaba los fósforos al encenderlos.

—Indudablemente, esto no puedo componerlo sino donde haya luz o mañana, con el día...

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué chasco! ...

—No se ría, Virginia, yo estoy apenadísimo; avergonzado por mi motocicleta, yo que pensaba que esta máquina no fallaba nunca... ¡Si hubiera por aquí una casa!

—Claro, exclamó la muchacha en congestión de carcajadas, porque, si no se compone, no podemos pasar la noche al sereno. ¡Y yo tengo hambre! Lo que voy a divertirme cuando cuente en Caracas la aventura.

—Ayúdeme usted, ayúdeme a sacar la moto.

Y caminaron silenciosos. Él arrastrando la máquina muerta; ella se quitó el sombrero y lo llevaba con ambas manos, colgado por las bridas; los rizos rubios jugueteaban como angelitos traviosos en torno de la cabeza de la Virgen.

—¡Mire aquella estrellita! —exclamó de pronto Virginia; Carlucho ni siquiera alzó la cabeza; parecía querer hundir el gesto de contrariedad en el tizne del atardecer.

Tocaron a una casa de corredor. Salió a abrirles una vieja de cabellos blancos con una lámpara de petróleo en la mano. Carlucho explicó el accidente; la dueña de la casa hizo una advertencia: ellos no daban hospedaje; pero, en un caso así, tratándose de gente decente y por una noche no más, cederían lo único de que podían disponer, su cuarto; ella y su marido —que estaba allí, en el corredor— se acomodarían en otro sitio; por una noche, ¡válgame Dios!, en cualquier parte se duerme.

Carlucho, dentro, seguía revisando la motocicleta y chirriando los dientes. Virginia, entre tanto, conversó como una perica; después de comer pan isleño con leche y un pedazo de jalea, la señora los condujo a la alcoba y los dejó solos.

Se miraron las caras. Carlucho, atontado; Virginia reventando de risa.

En el centro de la pieza había una cama antigua, solemne, matrimonial, de caoba. En la pared, un San José al óleo, con cara de comendador.

Dispersos, un velador, aguamanil, dos sillas, un ropero y más nada. La puerta para el otro cuarto, condenada con un listón de pino.

—¡Quédese usted aquí!, Virginia, yo me voy a dormir al corredor...  
—dijo Carlucho.

—¡Jesús, va a coger un resfriado! A ustedes no se les ocurre nada. En campaña como en campaña; fijese bien: la cama tiene dos colchones: paramos uno de los dos, a lo largo de la cama como un tabique, lo sujetamos del copete y usted, muy fundamentoso, del lado allá, se desviste y se acuesta y yo, muy seriecita, del lado acá hago lo mismo y santas Pascuas...

Poco después, separados por aquel muro de paja improvisado, se despiden:

—Hasta mañana, Carlucho.

—Buenas noches, Virginia, hasta mañana.

—¿Qué simpático todo esto, verdad, Carlucho?

—Sí, bastante, pero ¿qué pensarán en su casa?

—Nada. Esta noche llamarán a la casa de usted, a preguntar si ha regresado; mamá le dirá a papá que soy loca y mañana, cuando yo les cuente, se tranquilizan.

Al joven se le iban cerrando los ojos; a Virginia le costó trabajo pescar el sueño.

Cuando ella se levantó por la mañana, encontró al mozo en el corredor armado con una llave inglesa:

—¡Ya estamos listos! En su casa deben estar angustiadísimos.

Ella le miró con una piedad un poco despreciativa:

—¡No se preocupe de eso!

—Regresaremos volando.

La motocicleta corría de nuevo, carretera abajo, como un diablo perseguido por una legión de diablas; corría, corría, estrepitosa en la mañana azul. Brisa madrugadora de marzo doblaba sauces y maizales, agitaba el chal de seda naranja, los rizos de oro contorsionaban e impelía el ala del sombrero de la muchacha.

La motocicleta corría, corría carretera abajo.

El aire enfilado en el vacío que dejaba la máquina, le arrancó el sombrero a Virginia y lo elevó como una mongolfiera.

Carlucho detuvo y bajó. El sombrero, burlescamente, a compás, pavoneábase en el aire, dejándose llevar por la brisa. Carlucho seguía el viaje del sombrero, viendo hacia arriba, con los brazos abiertos y las manos engurrñadas, en actitud bastante cómica. Una bocanada de viento le dio al sombrero un brusco giro y lo empujó a caer detrás de la tapia de una posesión; una tapia alta, gris, larga, muy larga, por encima de la cual surgían guamos y araguaneyes.

—¡Ay!

Un alarido desolador se escapó de la garganta de Virginia:

—¡Mi sombrero! ¡Tan lindo mi sombrero! ¡Era de paja de Italia y me lo estaba estrenando!

Carlucho la miró, mingona; miró hacia el este, hacia el oeste, siguiendo la línea de la tapia terrosa: no se hallaba una puerta a todo el largo. El joven sin desalentarse gritó de lejos:

—No importa: yo se lo cojo.

Agarrándose en los agujeros con un tronco de palo, metiendo los pies en las descalabraduras, arañando, resbalando para luego subir con más fuerza, Carlucho ganó la altura de la pared y desapareció tras ella. Después, un salto y regresaba con el sombrero. Sonriente, triunfador, se acercó a la muchacha, a entregar su trofeo:

—Tome... ¿Qué le parece? ... ¡Usted desconfiaba de mis músculos!

Ella le miró de reojo y mascando el borde de su sombrero repuso entre ruborosa y socarrona:

—Dispense: yo creía que un hombre que no brinca un colchón era incapaz de saltar una tapia...

## El hombre de los ojos de gato

Cuando me lo presentaron me dijo su nombre, con una voz nasal, meliflua y alargada, así como un maullido:

—Mario Mariño.

Y me pareció que algo felposo y blando se restregaba contra el ruedo de mis pantalones, se enroscaba acariciante entre mis piernas. Enseguida le miré la cara y, ahincándose en los míos, me sorprendieron sus ojos de pepermín, puntuados en el centro por una niña alargada y negra como una caraota diminuta. El nuevo contertulio tenía ojos de gato; pero, no eran únicamente los ojos de aquel hombre lo que le emparentaba de cerca con la raza felina, sino también su rostro. Mario Mariño tenía cara de gato y no de esos zapirones vivaces y malignos, inquietantes, que parecen siempre en acecho y dispuestos al asalto; su cara denotaba la doméstica apacibilidad de los gatos de fogón, de esos mininos hambrientos y melancólicos de color indefinido, a los cuales parece que se les cayeron hace tiempo los dientes y que la vejez les ha empañado el verde cristal de los ojos, como se empolvan los cascos de botella tirados en mitad de los caminos.

Aún su traje, su mismo traje de un gris difuso en que se entretejían hilos de diversos matices, le prestaba un color de pelambre barcina; aún su manera de sonreír, con la boca apretada en semicírculo hacia las comisuras, imperceptible la línea del labio superior, que se abombaba debajo de las narices, diminutas y respingadas, producían la impresión de que iba a decir “ñau”; aún sus manos, gordezuelas, adelantadas y apoyadas,

una sobre otra, en el puño del báculo, hacían pensar en pequeñas zarpas ocultas y romas.

Desde que llegó el primer día a nuestra reunión, a donde lo llevara no sé quién —uno de los contertulios cotidianos— aquel hombre tan tranquilo, tan parsimonioso, tan suave, comenzó a hacerse inquietante, no porque resultara un extraño en el grupo de íntimos, ni por la tácita desconfianza con que toda sociedad por pequeña que sea recibe cualquier elemento nuevo, ni siquiera porque hubiese caído antipático, no, sino por la misma mansedumbre con que ponía atención a las conversaciones, inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo, por el aire indiferente y bisojo con que parecía observarlo todo y por el movimiento de zarpa con que echaba la mano en el hombro del más próximo de la tertulia y, para comenzar su relato, lanzaba un indefectible: “ahora verán”...

Cuando Mariño, abriendo la boca perezosa y ampliamente, con la lentitud de un muñeco automático de pana, dejaba caer esas palabras, como un par de dados sobre la mesa, todos callábamos y nuestras miradas convergían en sus ojos, cual si de aquellos talismanes misteriosos fuese a fluir la revelación de inescrutables designios. Mientras hablaba, jaladeando las palabras antes de soltarlas, una especie de pavor religioso dominaba el grupo, cierto fetiquismo por cosa indiscutible, una aceptación resignada a escucharle, pues, en fin de fines, el hombre de los ojos de gato no decía nada de particular; sus narraciones eran historias vulgares, de cosas sin importancia, vida y milagros de todo el mundo, husmeados en los residuos sociales, sucesos de viajes por tierras en donde quizás no estuvo nunca, anécdotas de los tiempos de Crespo, historia patria, mentiras de poca monta o cosas mal leídas y aprendidas a medias.

Pero, nadie se atrevía a contradecirle, ni él jamás le quitaba la razón a ninguno:



Eso sí, cuando no se hallaba presente y caía su nombre en el círculo del fastidio, que giraba en torno del platón de copas, en busca de un tema para empatar la conversación, todo se volvía imprecaciones y de-nuestos contra él:

—¡Qué aburrimiento de hombre!

—¡Es obsesionante!

—¡Quiere opinar en todo!

—Y no quiere decir que sea malo, pero hasta cuando está callado molesta.

—¡Esa inmovilidad!

—Es pegajoso...

—Va acabar por echarnos a la calle.

—Hay que buscar otro sitio donde reunirnos.

—¡Ahí viene! —decía uno en tono chusco y bajo, como tratando de romper con un esfuerzo de la burla el dominio de lo sobrenatural.

Silencio supersticioso. Luego una carcajada. Era mentira, no venía nadie, no venía él...

Pero, antes de los cinco minutos, en la puerta del fondo del salón, aparecía el traje gris, fulguraban los ojos de esmeralda lívido, se arqueaba la sonrisa gatuna.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, Marino.

Sentábase, sin más, miraba el servicio puesto y pedía un brandy.

\*\*\*

Inútil, todo inútil. En vano tratábamos de disgregarnos, de buscar otro refugio, de plantar nuestra tertulia en otro establecimiento. Le huíamos, nos le escondíamos, al verlo aparecer por una calle, cruzábamos

la esquina hacia otra. No importaba, él acertaría más allá con nuestro paradero, tropezaría inesperadamente con alguno de los cofrades... Expufeso escogimos lugares poco frecuentados, escapamos a barrios a donde no íbamos jamás, nos amparamos sigilosos en rincones de cafés de lujo o insospechables tabernas del hampa... ¡Rara la noche en que nos retirábamos sin haberle visto! Como si nuestro pensamiento, nuestro miedo, el tácito y mutuo pavor tuviera la fuerza de invisibles hilos para atraerlo, el hombre de los ojos de gato nos caía del techo, surgía debajo de un mostrador, se desenroscaba de una cortina, erguía se detrás de una silla sin que nadie le hubiese visto entrar.

\*\*\*

Un día el hombre de los ojos de gato nos dio una noticia aterradora: había comprado un automóvil.

Nos miramos las caras unos a otros, llenos de susto. Una misma aprensión recorrió el círculo, saltando de mente en mente como una bola de ruleta: ahora sí sería imposible librarse de la persecución; ahora, con un automóvil, nos descubriría dondequiera, recorriendo fácilmente la ciudad, mientras nosotros, infelices peatones, no hallaríamos refugio ni escondite. Nos buscaría, nos localizaría en los más remotos sitios.

En efecto, aquel automóvil llegó a ser nuestra pesadilla. Le conocíamos de lejos el sonido de la corneta, el ronquido del motor, la forma del radiador, los faroles de cristales —¡por cruel casualidad— verdes, la carrocería pintada de gris oscuro... Lo conocíamos en cuanto asomaba la trompa en el marco de una puerta abierta hacia la calle, y a poco descendía el hombre de los ojos de gato, quitándose los guantes de guiar y con su perenne sonrisa silenciosa.

Aquel automóvil fue nuestro martirio, nuestra silla candente. Cuando alguno anunciaba disolver la reunión, el amigo Marino se oponía amabilísimo:

—Espérense, yo los llevaré.

Ante su modo suave, sumiso, era imposible rebelarse, indignarse, ponerle siquiera mala cara; aceptábamos, nos sentábamos en los muelles cojines como en un instrumento de tortura y él nos iba repartiendo uno a uno a nuestras respectivas casas, ideando al paso un último trago de despedida que se afanaba en pagar antes de nadie. Pero, no; hubiéramos querido marchar por nuestros propios pies, mover libres los brazos, hablar a gritos en mitad de la acera, detenernos donde nos viniese en ganas; y, sin embargo, era obligatorio meterse tiesos y circunspectos en aquel suplicio rodante, era imposible eludir la invitación, no existían fuerzas humanas que se negaran a tan dulce insistencia expresada no con palabras sino con una súplica de aquellas mustias pupilas de morrongo viejo.

Mariño tomó afecto preferente por mí, hallaba un goce especial en conducirme a mi casa, situada en las afueras de la ciudad, atravesando un parque en cuya recta y solitaria avenida abandonaba el volante con beatitud y se volvía en el asiento a relatarme las finales confidencias del día.

Con inocente crueldad me dejaba en la puerta de casa y, sonriendo siempre, decíame:

—Hasta mañana.

\*\*\*

A la hora crepuscular hallábame curioseando una variedad de bibelotes modernistas en la vitrina de una tienda, incendiada de luces eléctricas y de refracciones de espejos. De repente todos mis sentidos se concentraron en una lamparilla de velador, símil de una cabeza de gato, hecha de porcelana oscura, pero cuya luz interior fulgecía por los ojos claros, ojos verdes, límpidos ojos de sorpresa, inmóviles, casi ovales y de una vitalidad imperiosa.

Me sentía dominado íntegro por aquella absurda mirada color de menta con una diéresis de tinta china en el centro; me sobrecogía una atracción fatal, me embobaba la hipnótica fijeza de aquellas pupilas que ya me parecía conocer, que las había visto otra vez clavadas en mí, sin ser de porcelana, pero semejándolo... Cuando, de pronto, en el fondo de espejos de la vitrina, miré duplicarse los mismos ojos inexpressivos y brillantes como bengalas, miré los ojos de la lamparilla que me atisbaban desde el cristal y sentí posarse en mi hombro una mano blanducha... Era Marino, era el hombre de los ojos de gato.

\*\*\*

Aquella noche sentíame mal. El alcohol me congestionaba. Los tragos subíanseme a la cabeza sin producirme júbilo, sino al contrario una pesantez dolorosa, como si tuviera el cráneo relleno de plomo. En la frente se agolpaban la fiebre y el latir de la sangre y, en cambio, en los pies y en las manos persistía una humedad enfermiza. De fuera, entrecruzándose por las puertas, soplaban rachas gélidas que me hacían estremecer y en la calle el viento arrastraba una llovizna menuda, sólo perceptible en torno a los focos. Me levanté y me despedí. El hombre de los ojos de gato me indujo a quedarme, prometiéndome que me llevaría a casa. ¡No! Me pareció que el espectro de la fiebre se agazapaba en sus pupilas de agua enferma y traspiraba por su naricilla respingona. ¡No! Me iría solo, solo, libre... Y eché a correr calle abajo.

A medida que me alejaba fue arreciando la lluvia. Ya no era la garúa imperceptible, sino agujas de hielo que me punzaban el rostro y me traspasaban la ropa. Se iban haciendo más densas y más recias. Apreté el paso tiritando y, al tomar la avenida del parque, oí el alarido de una corneta de automóvil como un grito de alerta. El claxon parecía gritarme con una voz conocida: ¡párate, párate. Y yo marchaba más a prisa. Luego díome alcance la luz de los faros reflejando en el pavimento sus

dos conos lumínicos. Se acercaba, pero yo no quería volver el rostro temeroso. El auto aminoró velocidad hasta igualar el paso de un hombre a mi lado. De adentro me dijo alguien —¿quién iba a ser sino él? — con hablar pastudo y manso:

—Sube.

Escuché la portezuela que se abría y, sin volverme, repuse autoritario:

—¡No!

—Sube, que te vas mojando.

—No, no —repetí.

—Mira que estás quebrantado y te va a hacer daño.

—Ya voy a llegar a mi casa.

La lluvia foeteaba las hojas convulsas, desesperadas, y los árboles gemían al impulso del ventarrón. Parecía que todo el parque, como una sola masa, se encorvara cobarde a los latigazos del chubasco y chorrease sobre mí las gotas de su llanto. Estaba empapado y el frío me agarrotaba la médula. La luz de los faros continuaba caminando junto a mí y él, invisible bajo la capota, repetía:

—Entra, chico, que te puede hacer daño.

Sobrevino la rebelión. Parándome en seco, detuve con el gesto el automóvil y le grité furioso al hombre de los ojos de gato:

—¡Déjeme! ¡Váyase! Yo sé llegar solo a mi casa. No necesito su automóvil, ni lo necesito a usted... ¡Váyase! ¡Váyase!

—Chico, ¿estás loco? ¿Te han hecho daño los tragos? ¿Estás loco? —farfullaba el hombre de los ojos de gato, mansamente, dolidamente en un largo maullido.

Sin hacerle caso seguí, a grandes trancos, rebasé la calzada y me metí por una callejuela tan rispida que, de seguirme, hubiera perdido un neumático.

\*\*\*

Sólo recuerdo, de aquella noche, que subí la escalera, de cuatro en cuatro peldaños, como huyendo, me quité las ropas ensopadas y me zambullí en la cama, bajo doble cobija, acurrucado, calofriante, dándome casi con las mandíbulas en las chocozielas. Mis sienes ardían. Penosamente pude apresar el sueño; cuando cerraba los ojos veía círculos morados, naranjas, verdes, cintilantes, y surgían en la sombra monstruosas cabezas deformes que me hacían morisquetas, guiñaban los ojos y sacaban la lengua. Luego tuve pesadillas con ríos crecidos y luchas con gatos que se volvían tigres y a los cuales lograba ahorcar y abrirles el vientre con enormes cuchillos.

Dormido sentía fiebre y el torniquete del dolor de cabeza y oía mis propios gritos de delirio, hasta que, por la mañana, en un fondo de oscuridad y lejanía, escuché el acento de mi madre:

—Enrique, Enrique.

Abrí los ojos como quien levanta una pesada cortina y vi a la viejecita en la puerta de la alcoba.

—Enrique, estabas enfermo y no me habías dicho nada. ¿Qué tienes? Aquí está un amigo que viene a saludarte.

Sentándome electrizado en el borde de la cama pregunté:

—¿Quién es?

—Soy yo, Enrique.

Y sin esperar más, el hombre de los ojos de gato se coló por entre mi madre y la hoja de la puerta hasta el centro de la habitación.

Fue un salto de jaguar, un alarido de bestia furiosa y lo agarré por el pescuezo; él se abrazó a mí con fuerza, como para triturarme las costillas. En lucha, gritándole yo: “¡vete, vete!”, y modulando él palabras de cariño y de calma, llegamos al balcón. Logré hacerle cimbrar por la

cintura en el barandal, y lo empujé de espaldas al vacío, pero, aferrado a mí y con la violencia del empuje, me arrastró en la caída...

Cuando me recuperé, tendido en mi lecho, me dolían todos los huesos, me parecía tener la cabeza desgonzada y rotos los codos. Un pañuelo húmedo me envolvía el cráneo, y las sábanas pesaban sobre mi cuerpo. En un sillón junto a mi cama estaba mi madre y en la penumbra del cuarto advertí borrosas otras figuras familiares. Tuve un turbio recuerdo de lo sucedido:

—¿Qué pasó, mamaíta? —interrogué quejoso.

—Nada, hijo, un delirio, un delirio terrible. Te volviste loco por la fiebre y le saltaste hecho una furia a ese señor tan fino que vino a verte: uno de ojos verdes... El trató de defenderse y sujetarte y en la lucha cayeron los dos por el balcón. Tú caíste de espaldas y recibiste un golpe horroroso en el cerebro y en la columna. ¡Por poco no la cuentas!

—¿Y él? —inquirí con angustia.

—Tuvo más suerte: cayó de pies y no le pasó nada.

—¿Nada? ¿No se mató? ¿Ni siquiera se quebró una pierna?

¡Oh! El hombre de los ojos de gato tenía siete vidas. Era inmortal como el tedio, eterno como la imbecilidad humana y como el humano fastidio.



**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-104-6

**Depósito legal**

DC2022001039

**Caracas, Venezuela, Julio de 2022**





La presente edición de  
**MIS OTROS FANTOGHES**  
fue realizada  
en Caracas  
durante el mes  
de julio de 2022,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Mis otros fantoches** Los dieciséis cuentos que reúne este libro tienen un hondo sabor nativo. Son paisajes, o cuadros, que reflejan el sentimiento del venezolano sus tristezas y carencias, su tragedia y sus continuos avatares. Sin embargo, la escritura de Leo —el “Dibujante del pueblo venezolano”, como lo llamara Aquiles Nazoa— puede subvertir este orden al ofrecer aquello que, entre tanta ternura, el propio autor supo contener más que nadie: el humor. Personajes picarescos en los cuales se distinguen algunos indicios de una venezolanidad inquieta, movediza, que intenta de alguna manera superar sus propias adversidades, por ejemplo, a través de la música o el carnaval. Vida y obra se confunden en este autor; se percibe que muchas de las anécdotas que dan vida a los relatos son recreaciones de lo que le rodea. Cabe preguntarse hasta qué punto Leoncio Martínez debió mantener su generoso y esforzado ánimo para no caer en las situaciones de sus propias creaciones. Lo cierto es que a través de sus cuentos podemos apreciar su particular mundo, como si viéramos el pasado caraqueño por el agujero de una cerradura.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

